EPISODIOS NACIONALES

LA VENGANZA DE UNA LOCA

0

DRAMAS DE LA DICTADURA

NOVELA HISTÓRICA, ORIJINAL

POR

Luis de la Mar i Rotti

PRECIO 1 \$

SANTIACO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACION CHILENA
BANDERA, 50-A
1891

EPISODIOS NACIONALES

LA VENGANZA DE UNA LOCA

0

DRAMAS DE LA DICTADURA

NOVELA HISTÓRICA ORIJINAL

POR

Luis de la Mar i Rotti

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACION CHILENA
BANDERA, 50-A
1891

EPISODIOS NACIONALES

CAPÍTULO PRIMERO

El testamento de un padre

León Carvajal era un honrado comerciante.

Sus padres ricos agricultores de Talca le habian dejado al morir un considerable patrimonio que era acrecentado por un trabajo asiduo y constante.

Los hábitos sobrios y modestos de la vida provinciana se habian incul-

cado profundamente en el alma de León Carvajal.

Esos placeres de la vida cortezana que tanto entretienen y gustan á la inesperta juventud, los consideraba vagas y vanas sombras que se dicipan, como el humo de nuestro cigarro.

Al morir sus padres, en hora temprana para su amor, únicos séres á quienes amaba sintió hastío é indiferencia hácia la vida: era el recuerdo del pasado el que le atormentaba: la nonstaljía del alma que consume y devora como la fiebre al loco.

Carvajal fué desgraciado desde el primer instante de su vida, pues al

nacer tuvo la desgracia de perder á su madre.

No habia tenido, como otros tantos mas felices, la dicha inmensa de poder reclinar la cabeza acalorada sobre el regazo materno, ni habia oido esa voz que es el arruyo cariñoso que cierra los ojos del pequeñuelo que repoza en la cuna.

Ni en la niñez pudo escuchar esos consejos maternales impregnados de amor y de ternura que guarda en su corazón la muger para el hijo de su seno: palabras que aún cuando reprenden, son cariñosas y conmovedoras

cuál las notas que entona el cisne melancólico.

El jóven era muy querido de su padre; pero jamás el hombre igualará en amor á la madre. No importa que el hijo sea ingrato, ella lo amará más, si esto es posible: su amor es grande, entusiasta, puro y eterno como la vida de su alma inmortal.

¡Desgraciados aquéllos que no conocieron á ese ánjel de bondad y de

amor!

Si la adversa suerte los hace escépticos é incrédulos suya no es la culpa: fueron los huérfanos del cielo lanzados al torbellino de la vida sin esa áncora de salvación sin ese piloto amante y abnegado.

El fuego ideal de la vida se desarroya en la infancia bajo la égida maternal y es su calor el recuerdo que alienta en los dias de la desgracia

cuando el entusiasmo muere y la fé vacila.

El jóyen Carvajal nada de esto habia tenido, pero, sin embargo, conservaba la esperanza de un porvenir mas risueño.

Su padre antes de morir le había dicho, llamandole a su lado:

«Hijo mio, voi á morir: voi á abandonarte para reunirme, con mi esposa, con tu madre. Siento dejarte en el mundo huérfano y sin familia, mas esta es la ley inexorable de la naturaleza. Conformémosnos con la voluntad de Dios, él es grande, él es justo. Ántes de morir quiero recordarte algo que tú no debes olvidar jamás, si te precias de no ser ingrato: tu madre ya moribunda y sin vida, con los ojos llenos de lágrimas, sosteniendo con nerviosa mano sobre su seno tu cuerpo infantil me hizo jurarle que sería el sostén de tu infancia y que haría tu felicidad. Su último suspiro fué una plegaria á Dios y un recuerdo á tu memoria! Tú habías sido, sin embargo, la causa de su muerte, más, ¿qué importa eso al ángel que muere dando la vida al sér que lleva su sangre y su alma? Yo he tratado de inculcar en tu corazón moral y prácticamente las virtudes del cristiano y contribuído con el egemplo ha señalarte cuál es la senda que guía al hombre á la felicidad. He apartado con sumo cuidado de tu vista todos aquéllos falzos mirages que podian trastornar tu imaginación. Recuerda esos veinte años en que he sido tu compañero inseparable y tu amigo más intimo; recuerda tus diversiones y alegrías infantiles y todos esos pormenores de la infancia de los que ya nos separan tantos años: en esos cuadros comprenderás lo que tiene de dulce y de santo la virtud y la inocencia. Trata de conservarla siempre como las joyas más preciadas del corazón. Cruzarán tu camino como rápidos meteoros muchos jóvenes que se dirán tus amigos, más, no le creas, y desconfía de ellos que bajo las fórmulas zalameras de la amistad se esconden ruines intenciones, corazones y conciencias deprabadas por el vicio. No ballas jamás, hijo mio, ha perder tu inocencia en esos saraos y tertulias que son las modernas vacanales donde se pierde la enerjía y se agota la vida: de esa manera labras una vejéz achacosa y prematura. Si algún día, trascurriendo el tiempo, llegan tus ojos a mirar con complacencia á una muger, jóven y honrada como tú, interroga, ántes de arrojarte por la fatal pendiente de las pasiones, si tus ojos no te engañan; y si tu corazón se ha interesado cinceramente: si es verdad que en tu alma ha brotado esa llama divina que une dos existencias; házla tu esposa. Qué un sacerdote al pié de los altares bendiga vuestra union, que tus padres, desde el cielo, la bendecirán también!»

La voz del anciano era a cada momento más débil y trémula. En aquellos solemnes instantes solo le acompañaba la enerjía del espíritu. Sus palabras encerraban el testamento moral que todos los padres desean

dejar esculpidos en el alma de sus hijos.

Sus manos y sus piés perdian el color natural, cubriéndose con la pa-

lidéz y el hielo de la muerte.

Le quedaban pocos momentos de vida: era necesario dar al hijo que dejaba en esta tierra, morada transitoria del hombre, los últimos consejos; era preciso fortalecer su alma con la esperanza de la victoria de los que luchan valientemente.

Era necesario infundir esperanzas en aquél corazón herido de una existencia mejor, como premio á la vida de tormento soportada, durante veinte siglos, por los descendientes de Adan y de Eva, que han recibido al pié del madero sangriento del Calvario la promesa de su redención!

Es verdad que en la escuela del sufrimiento y del dolor se forman los caractéres más indomables y que mejor resisten los embates de la adversidad, pero esos caractéres han necesitado para luchar y vencer uu gran corazón, una luz y un apoyo, un consuelo ó una esperanza, y éstos no han sido otros que las enseñanzas maternales.

Más, no prolonguemos una escena que rapidamente se agota, porque

los instantes del que muere son preciosos.

El padre de Carvajal se había incorporado trabajosamente sobre la cama, ayudado por su hijo. Colocando su flaca y descarnada mano sobre

el hombro del jóven, le dijo:

La voz del anciano era trémula: solemne con el acento de ultra-tumba. El/corazón de Carvajal no pudo contener la emoción que lo ahogaba y prorrumpió en amargos zollozos. Abrazando el helado cuerpo de su pa-

dre, esclamó con indecible enerjía:

—Yo te juro, padre mio, que seré digno de tu nombre y de tu egemplo. Vos y mi madre vivireis eternamente aquí, en mi corazon!......

El anciano se sonrió, como deben reir los ángeles ánte el trono de Dios:

con espresión celestial.

Sus cadávericas megillas se tiñieron con vívido rubor. Estendió hácia León, con reposada calma, su mano. Alzó hácia el cielo sus ojos sin brillo, cristalizado por la muerte y mormuró con voz apagada y apénas perciptible:

—Yo te vendigo León, hijo mio, con todo mi corazón; con toda mi antoridad de padre: bajo el nombre santo de Dios te deseo eterna felicidad!—dijo, y su corazón dejó de latir v sus ojos se cerraron para siempre á la luz de la vida!

Habia muerto en los brazos de su hijo.

El jóven había recogido su postrer suspiro, que cual el de su madre veinte años ántes, le había sido á él consagrado.

CAPÍTULO II

Las obras de misericordia.

Dos meses despues de haber muerto el padre de León Carvajal, el jóven huérfano se vino á Santiago donde estableció un negocio de frutos del país y de mercaderias á abarrotes.

La suerte le fué al principio algo adversa, mas, como el jóven giraba con un respetable capital, le fué fácil, muy pronto, el reacirse de sus pe-

queñas pérdidas.

Conoció á los más acreditados comerciantes de la Plaza; entónces sus

negocios marcharon «viento en popa,»como se dice generalmente.

Dado sus hábitos de trabajo v economía, aquiel jóven era de porvenir. Su firma llegó á ser muy conocida en el mercado y recibida sin desconfianza por sus demás colegas de profesión,

Sin embargo, estos triunfos solo producian al jóven hastío, y le hacian

cada dia más árida monótoma la existencia.

Su alma no estaba suficientemente cicatrizada de las heridas que había recibido.

Es cierto que el puñal del desengaño no se había clavado en su pecho,

ni las espinas punzadoras de los celos habian envenenado su alma.

Pero había algo peor todavía que todo eso, pues se encontraba solo y abandonado en medio de una sociedad que parecía caminar á su completa ruina.

El suelo de la patria chilena conmovíase profundamente bajo la ame-

za de una conmoción social.

El fantasma fatídico de la Dictadura y el expectro maldito de un Tirano amenazaba cubrir de luto y de sangre la bandera inmaculada de la patria, y cuarenta años de libertad!

El jóven Carvajal estaba solo en medio de tantos que vivian á su lado sin sospechar las penosas luchas de un corazón con el recuerdo del pa-

sado.

Algunas veces había acudido á su mente la idea del suicidio como término de la vida.

Esta idea lo hacía estremecerse casi involuntariamente.

Era cristiano y su relijión le prohibía atentar contra la obra santa de Dios.

Bien pronto llegó á mirar con cierto horror aquella terrible idea.

Era un domingo, el día consagrado al descanso y á la oración. León Carvajal se dirigió al templo á oir la misa; costumbre arraigada profundamente en nuestra sociedad: que dígase lo que se quiera, es eminentemente rel ijiosa.

Una anciana modestamente vestida, antes de entrar en el templo depositó en la mano de una miserable mendiga una moneda de plata y al

mismo tiempo le decía con voz doliente:

-Rogad à Dios por la salud de mi hijo enfermo. Pedid al cielo por su mejoría!—la dijo mientras llevaba á sus ojos cubiertos de lagrimas el pañuelo, y se perdía con paso precipitado entre los demás devotos.

Un hombre, sin embargo, no la perdia de vista y seguia sus pasos. Había sido mudo testigo de aquella breve escena de una madre

infeliz.

León había oido lo que la anciana dijo á la mendiga y sus palabras conmovedoras le emocionaron profundamente.

No pudo menos de pensar que aquel óbalo de la caridad, dado por la indijencia era el testimonio elocuente de una alma grande y virtuosa.

De pronto vino á herir su imaginación un pensamiento doloroso. Era el recuerdo de su madre muerta para sus ojos, pero no para su

corazón.

Si ella, (su madre), existiera tambien recomendaría á las almas buenas v virtuosas á su hijo!

Más, ésta ya no pisaba la arcilla de la tierra y por eso la ilusión era

doblemente querida.

Por su sentimiento instintivo había seguido á la anciana señora.

Al acercarse á ella la miró con profundo respeto.

Era una mujer de unos cincuenta años de edad; de rostro pálido y melancólico, surcado por profundas arrugas; en sus labios bagaba una triste y amarga sonrisa como eco perdido de dolores profundos que martirizaban su alma: su frente era como la de nuestros padres y abuelos: noble, ancha y despejada, Sus cabellos estaban blanco como la nieve, pero talvez no por el tiempo ni la vejez sinó por el sufrimiento; su mirada conservaba todavía cierta enerjía estraña y dominadora, y en fin, su talle era aristocrático y elevado, y en su juventud debió ser hermosa.

León se sentó en una banca á su lado y durante todo el tiempo que duró el sacrificio de la misa el joven pudo admirar la estática beatitud

que animaba el rostro de la anciana y caritativa señora.

Fija la mirada en el trono resplandeciente de María, esa inmaculada azucena del cristianismo; imploraba de esa divina madre el perdón de su hijo, sí, de su hijo enfermo, que talvez iba ha abandonarla para violar el mundo de la inmortalidad.

Vosotros los que teneis á ese anjel que vela por nuestros destinos comprendereis el amargo dolor que sufría Carvajal en presencia de aquella

muda v elocuente escena.

Pero calla, corazón tirano que estas emociones son perlas del corazón que el hombre debe guardar avaro!

CAPITULO III.

Consecuencia de la casualidad.

Tres dias han pasado después de la escena que dejamos descrita en el capítulo anterior, y la imájen de la anciana no se ha borrado de la mente de León Carvajal.

El joven provinciano tuvo curiosidad primero por conocer aquella señora que no debia ser rica sino de una condición mui modesta, pero

que no negaba su caridad al menesteroso que la implora.

El tiempo pasaba, sin embargo, rápidamente sin que el joven lograra ver realizado su pensamiento.

Muchos obstáculos se oponian en su camino.

Aquella curiosidad fué ya un deseo que luego se convirtió en una nece-

sidad imperiosa y vehemente de su espíritu.

Aquella eran las faces alternativas porque pasa el corazón del hombre cuando sus deseos no se cumplen á algo que ignora se opone en su camino.

Los seis dias de la semana parecieron interminable á Carvajal.

Esperaba el domingo donde pensaba volver á ver á la caritativa señora.

Los dias pasaron con su interminable monotonía dejando en el alma de León un vacio.

Era la impaciencia que le devoraba.

Amaneció, por fin, el deseado día en que se debía ver satisfecho sus deseos.

El joven había tomado sus precauciones con mucha anticipación.

Pensó que en ninguna parte estaría mas seguro de verla pasar que en la puerta del templo por donde debían entrar todos los fieles.

Tenia la certeza que lograría su objeto con mucha facilidad.

Al hombre le parece todo hacedero hasta el instante en que la prosaica realidad le hace conocer su error.

Entonces se desespera, la blasfemia acude á su labio y llega hasta

maldecir su impotencia.

La desgracia que parece perseguir al joven de una manera tenáz desde la cuna, no le dejó esta vez saborear aquel sencillo é inocente placer.

Todos los devotos habían ya entrado al templo y la señora que espera-

ba León con tanta impaciencia no parecia:

Aquella contrariedad le disgustó sobremanera y le pareció ver allí un pretesto de que se valia la implacable fatalidad para martirizar á su víctima.

Cansado de mirar á uno y á otro lado, principió á sentir cierto malestar que aumentaba al ver disiparse todas sus esperanzas.

El tedio y el desaliento se apoderó de su corazón.

Había sonado la campana en la torre del templo anunciando á los fieles que el sacrificio del hombre-Dios había terminado.

La bendición del sacerdote que santificaba con la palabra de un Dios, se había dejado oir, sonora, grave, majestuosa, el eco repetido por las elevadas bóvedas del templo eran la confirmación de sus palabras modulada por espíritus invicibles y misteriosos.

El templo fué quedando poco á poco desierto. Todos los fieles se habían

ido á sus moradas.

Solo uno, allá en un oscuro estremo de la nave central estaba solitario

y triste cual alma en pena, elevando al cielo una oración.

Parecía uno de aquellos espíritus evocado por una imajinación calenturienta, que desafian impunemente trás el inespugnable muro de la tumba.

Aquel hombre que parecía una estatua inanimada, no era otro que

nuestro conocido León Carvajal.

En esos momentos su espíritu se perdía en mil cabilaciones.

—¿Por qué,—pensaba el joven con melancólica espresión—el recuerdo de aquella desconocida que viera por vez primera me inspira tanto interes? Qué puede haber de comun entre ella y yo? Es acaso este deseo de verla la semejanza que le atribuye mi corazón con la que me dió el ser ó es solamente un vano capricho de mi loca fantasía? Cómo se esplica su no venida? Es por qué haya oido otra misa mas temprano? no lo creo. Su hijo que decía estar enfermo es una causa bastante lójica que le impida salir......

—Puede estar ella,—continuó el joven en su monólogo interior,—enferma, y es la cama la que la retiene en su hogar al lado de los suyos

que la aman.....

—¿Pero si está enferma—exclamó, estremeciéndose involuntariamente —y carece de todo lo necesario, pues se gasta tanto en una enfermedad! ¡Oh! eso sería horrible, verse enfermo y sumido en la miseria sin tener un medrago que llevar á la boca.....!

Más esta idea fué luego rechazada; no podía creer que una persona que socorría de una manera generosa á la miseria se encontrara de pronto

en la indigencia.

—Si ha dado una limosna como tantos otros, debe ser rica ó al menos pretende serlo—pensaba Carvajal dando otro giro á su pensamiento.

El joven reflexionaba sobre una base falsa y positiva.

Muchas veces dá el pobre obrero, á otro más infeliz que él, algunos centavos del mísero jornal que gana, después de seis dias de fatigas.

Cuántas veces no se vé al honrado gañan dejar en el miserable tagurio de su hermano en el trabajo, un pedazo del negro pan con que sustenta su hogar, donde talvez lloran de hambre y de frio sus hijos pequeños que solo tienen, en los helados dias de invierno, para saciar su apetito, la sangre de una mujer generosa, que cual el pelícano de la tradición popular, no tiene otra cosa que arrancarse el corazón para alimentar á los frutos de su amor!

Reflecciones fueron éstas que acudieron á la mente de Carvajal mien-

tras seguía camino á su casa.

León había salido triste y abatido del templo donde muchos hallan la felicidad y el reposo.

En la calle le parecía que iba ha encontrar á la desconocida y aunque quiso arrancar de su mente aquella idea, siempre estaba fija y presente.

Estraña particularidad de las acciones generosas que logran impresio-

nar tan profundamente al corazón.

Pasaron algunos dias y como la desconocida señora no pareció en ningun sitio público de los que el joven frecuentó, aumentaba el intéres ó la curiosidad ó bien el capricho; sea lo que fuere, porque hondo misterio es el corazón humano.

Sin embargo abrigaba la esperanza de encontrarla el domingo siguiente. Más, esta ilusión se desvaneció pronto como se desvanecen todas nuestras esperanzas quiméricas.

Se vió vurlado una vez más.

Se figuraba su honor comprometido y que debia salir triunfante de aquella aventura, los obstáculos que se presentaban solo servian para acrecentar su deseo.

Desde luego pensó en interrogar á la mendiga que serena é impasible

seguía en la puerta del templo implorando la caridad pública.

Esta idea como se comprenderá, era desatinada y loca. ¿Podría r'ecordarfacilmente una pordiosera á la persona que quince dias ántes le diera una moneda de plata?

Nó, era casi un imposible.

Pero en aquella circunstancia era la única persona que podía dar alguna luz sobre aquel asunto.

* *

Quince dias hacian que León Carvajal viera á la anciana y limosnera señora, cuando se acercó á la mendiga que había recibido de su mano el óbalo de la caridad.

Iba á interrogarla sobre lo que tanto le interesaba saber.

La mendiga se encontraba á la sazón, en el atrio del templo esperando la salida de los fieles y devotos.

León se acercó, no sin cierta desconfinza y temor. De aquella infeliz

muger pendía el oscuro secreto de su destino.

Deseaba y temía, á un mismo tiempo, la respuesta que iba á recibir.

—Buena muger—la dijo, poniendo en su descarnada mano tres monedas de á veinte centavos,—voi ha hacer á V. una pregunta que talvez parecerá rara y estravagante: deseo me diga V. si conoce á una señora ya anciana que quince dias ha, os dió algunas monedas al mismo tiempo que recomendaba á V. rogara al cielo por la salud de su hijo enfermo.

Durante el tiempo en que el joven la dirigió la pregunta anterior, la

mendiga no levantó hácia arriba su cabeza.

Examinaba con mudo interes las monedas que había recibido; talvéz las creía falzas.

Viendo su silencio León esclamó con cierta impaciencia:

-Pero ¿porqué no me contesta V?

-¡Ah!...¿qué me necesita el señorito?—dijo la infeliz muger, como si en aquel momento volviera nuevamente á la vida.

El joven volvió á repetir su pregunta anterior.

-¿Porqué se vurla de mí el señorito?—esclamó la mendiga, con mal eprimido acento de despecho y rabia.

-No comprendo-observó Carvajal-el porqué mis palabras pueden

ser una ofensa.

-¡No vé V. señorito, que es dificil, ó más bien imposible, que pueda yo darle razón de las caritativas personas que me socorren!

Luego agregó con amarga ironía:

—¡No vé V. que soi una miserable ciega á quién Dios negó la luz del cielo!¡No tengó ni siquiera el consuelo de ver el semblante de los que caritativamente me socorren!

Las últimas palabras las pronunció aquella muger infeliz con voz cascada y platinera; se conocia el estraordinario esfuerzo que hacía por aparentar

una serenidad que estaba lejos de tener en ese momento.

Solo entónces pudo notar Leon Carvajal, no sin sorpresa, que tenía delante de sí a una ciega.

Y cosa rara: tenía la vista perfectamente clara.

Era indudable que había sido una víctima de esa enfermedad terrible, conocida vulgarmente bajo el nombre de «gota serena».

Aquella circuustancia desgraciada hechaba por tierra hasta la más re-

mota esperanza.

El joven Carvajal se despidió de la ciega dándole otras dos moneda de plata.

La mendiga para manifestar su agradecimiento trajo á colación á todos

los santos de la Gloria y de la Corte Celestial,

— Dios se lo pagará al señorito; nuestra Señora del Cármen y nuestro padre San José; Santa Rita y las Ãnimas benditas; San Diego y San Isidro labrador, le habrirán las puertas del cielo!

La ciega siguió repitiendo con voz gangosa su invariable y monótona

cantiga:

- Una limosna por amor á Dios!.....

* *

No sé porqué estraña anomalía cuándo un hombre persigue una idea que sea de difícil realización, á medida que mayores obstáculos presenta con más ahinco se desea conquistarla.

Si León hubiera encontrado á la desconocida el domingo siguiente, á

buen seguro que se habría desvanecido rapidamente su ilusión.

Más, como esto no había sucedido, su juvenil deseo era ahora tenáz exi-

gencia de su contrariada voluntad.

No de otra manera esplicamos nosotros la heróica energía del amante desdeñado; talvez hubiera despreciado al objeto de su amor al haber sido fácil conseguirlo.

«Amor despreciado es amor de condenado,» dice un proverbio popular

que encierra tanta verdad como filosofía.

Algunos de nuestros lectores, amigos de la realidad, de lo lójico y natural, no parecerá efectivo lo que narramos, pero se engaña.

Interrogar al corazón con calma desapasionada y se verá chocantes y a surdas pasiones que no reconocen otra ley que la momentánea impresió del momento.

Nervioso y ajitado se encaminaba á su morada Carvajal, pensando en

mil proyectos cual más irrealizables.

— Porqué no la seguí—se decía interiormente,—de ese modo hoy sabria quién es ella pero, juro por Cristo! que mal que me cueste la he de encontrar. Desde hoy tendré, siquiera, algo interesante de que ocuparme.

La iglesia que acababa de abandonar eran las monjas Sacramentinas. Síguió por la misma calle de Santo Domingo hácia el centro de la cindad

Al llegar á la altura de la calle de San Martín miró el reloj de Santa

Ana: eran las diez de la mañana.

Sintió al mismo tiempo el sonido de una campanilla y un ruido confuso de voces.

Esperó. Bien pronto adivinó de lo que se trataba al notar los sagrados

símbolos de la iglesia católica.

Era el Dios-hombre de los cristianos que vá hasta la más humilde choza à llevar al enfermo, pobre caminante que abandona la senda tortuosa de la vida, el consuelo de la religión, la promesa de la inmortalidad!

Si hay un espectáculo que conmueva el alma, seguramente será ver a un rostro pálido, ya sea joven ó anciano, que lleva entre sus manos temblorosas algo sobrenatural y divino que abre al creyente un mundo divino, que fortalece y conforta una alma ántes de lanzarla á las desconocidas regiones de la eternidad!

Almas infelices aquellas que el desengaño hizo escépticas ó ateas!.

Ellas no saborearon jamás ese néetar delicioso de tan consoladora poesía. Pasarán la vida siempre agitadas y marchitas, cual las yerbas que viven y crecen entre las piedras del desierto donde el sol abrasa mas bien que calienta, y donde la noche en lugar de traer el rocio que refrezca y vivifica trae la nieve y el hielo que envejece y mata!

* *

Trás el cura seguía una multitud de mugeres y niños, que recitaban al par que el sacerdote, las plegarias que se acostumbra en tales casos.

Cual si una fuerza sobrenatural hubiera encadenado el alma de León.

seguía á los devotos anhelante y fascinado.

Le parecía que el sacerdote iba rodeado de una aureola de luz que circundaba su frente y que á su alderedor millares de ángeles, ó espíritus invicibles modulaban ese «himno jigante y estraño» con que se saluda á Dios, como ha dicho Becger.

Debemos creer que en esta especie de alucinación era parte principal

el fanatismo religioso inculcado por su padre que había sido uno de esos creyentes de antiguo cuño.

* *

Aquella triste y fúnebre comitiva tomó la calle de San Martín en dirección á la Alameda de las Delicias.

Cinco minutos después se detenía frente á una casa de modesta apa-

riencia. Era talvez la morada del enfermo.

Todos los acompañantes se habían arrodillado cerca del umbral de la puerta donde acabababa de penetrar el sacerdote. Más, luego salió del interior de la casa una joven que cortezmente invitó á entrar á todos los que se habían arrodillado en la vía pública.

En aquellos momentos solemnes reinaba un silencio absoluto y se-

pulcral.

Todas aquellas almas elevaban al cielo sus oraciones por la felicidad

eterna «del que va á morir.»

Pasado un momento vuelve á aparecer el sacerdote, su semblante está ahora tranquilo, risueño é inspirado: acaba de abrir á una alma las puertas del paraíso!

Tras el sacerdote aparece la joven que hace poco hemos visto, le acompaña una anciana que bien puede ser su madre, dado el parecido de sus

semblantes.

Ambas mugeres van á dar las gracias á los que tan generosamente habían acompañado hasta su morada al ministro evangélico.

Estraña concidencia!

La anciana que acababa de aparecer no era otra que la caritativa seño-

ra del templo, que León tanto había deseado conocer.

Fácil será comprender el placer que produjo á León Carvajal aquél encuentro inesperado, en los momentos en que perdía la esperanza de encontrarla.

Por un sentimiento rápido é involuntario saludó á la anciana con una mirada de inmensa gratitud á nombre de todos aquellos desgraciados que

había socorrido su mano generosa.

Aquélla mirada, interpretada por la señora como una muestra de condolencia por la enfermedad de su hijo, fué recompensada con una sonrisa de gratitud que rebelaba el agradecimiento de una alma grande.

Nada hay más preciado para una muger que es madre que el amor ó

compasión hácia sus hijos.

Lo que ahora importaba saber eran algunos antecedentes sobre aquélla familia.

León lo consiguió interrogando á una señora de las acompañantes, la cual había saludado á la jóven que saliera á invitarlos á entrar á su casa

4 4

[—]Señora, si V. no lo tiene á molestía. Conoce V. esta familia?—la dijo Carvajal.

La interpelada lo examinó antes de contestar, pero debió ser muy sa-

tisfactorio su exámen, cuando se apresuró á decir:

—Si, caballero, la conozco mucho tiempo há. Es la señora Mercedes Sánchez, esposa de un capitan de Artillería; tiene su esposo, si mal no recuerdo, otro hermano que tambien es militar. Me parece es teniente de caballería

-Por lo visto toda la familia es de militares-observó Carvajal para

dar ánimo á la señora y continuara sus rebelaciones.

—Así es en verdad caballero... y vea V. lo que es el mundo, quién más

bien debía de pagarle es el que causa su pesar!

—¡Cómo!—exclamó el jóven sin adívinar a qué podía dirigirse la setora.

-¡Pobre doña Micaela!

-Pero dígame señora, si esto no es una indiscresión, lo que hay en el asunto.

-Qué la ha de haber!-exclamó ésta.-Si es una cosa pública. León

se preparó á oir la rebelación que le iba ha hacer.

- Vea V... En estos momentos—dijo aquella señora—en que la patria se vé amenazada de muerte, es un delito, un crímen hablar de libertad, como si nuestros padres no le hubieran comprado con su sangre en cien combates! V. vé que se azota y encarcela á los ciudadanos y se amenaza con la muerte á los hombres que en el Congreso defienden á la República y á la libertad, como si pudieran anular las leyes eternas de Dios! No vé V. á ese demonio ensoberbecido que nos provoca desde la Moneda.
- —Oh! señora... Balmaceda es un hombre execrable—dijo, sin saber donde iría á parar el extraño discurso de aquella muger, León quería contener á la parladora señora.

Sin embargo, esto pareció animarla más y enardecer su sangre.

—Si, execrable, eso es exactamente, caballero; usted lo ha dicho muy bien. Yo no quiero pasar por profeta, pero le auguro muy mal término à la carrera política de ese traficante de comedia!

—La señora que nos ocupa es víctima también de Balmaceda?—preguntó León interrumpiéndola, al notar que hacía interminable su ver-

bosidad.

-Ella personalmente, nó.

-Entonces su marido!.....

-Tampoco, voy á contar á usted lo que sucede.

- Ya era tiempo!—se dijo interiormente el joven Carvajal.

—Nada he dicho á usted sobre un hijo que tiene doña Micaela?.....

-Nó, señora!

—Pues lo tiene y es un guapo chico de quince años que mucho promete, pero cuyas esperanzas ha tronchado el Gran Malvado que hoy por

desgracia nos gobierna.

—Vamos ha volver á lo mismo—pensó Carvajal pero había que conformarse con la charla de la señora, que era por otra parte el tema obligado de todas las conversaciones de esos dias de temores y angustias.

—El hijo de mi amiga—continuó la señora, después de tomar aliento—estudia en el Instituto Nacional, gran establecimiento de educación, que sea dicho de paso, es ateo y no vale lo que nuestra Universidad Católica.—¿No es verdad, caballero?

--¡Si señora!...

—Yo le he dicho siempre á la Micaela «niña no pongas allí á tu hijo que tarde ó temprano cogerá los frutos de la impiedad» «pónlo mejor, en los padres Agustinos, en los Dominicos, ó en los de San Francisco» y en tantos otros como hay aquí en Santiago, por fortuna nuestra.

-¡Oh! hay muchos,-articuló León no encontrando otro modo de con-

testar.

La señora continuó de esta manera:

—Pero cada uno vé las cosas á su modo y dejando esto á un lado, le diré que el joven de que nos ocupamos fué, con algunos de sus compañeros de colegio á las sesiones de la Comisión Conservadora á manifestar á los Walker, á los Irarrázaval, á los Altamirano, su entusiasta admiración por la entereza con que combaten las órdenes liberticias de Balmaceda y comparsa. El tirano dice contar con el pueblo, pero manda como usted no lo ignora, turbas de bandidos, de carrilanos desalmados, que con garrote vayan á ultimar á la juventud, que es siempre la víctima generosa, que en los dias de tiranía va á escudar con su pecho á los representantes del pueblo.

El entusiasmo, el ardoroso patriotismo de aquella muger sorprendió á León que llegó á olvidar por un momento el objeto de la conver-

sación

En el alma de aquella muger que muy bien podía simbolizar á la generosa y espansiva hija del pueblo, dispuesta siempre á sacrificarse por todo lo que es grande y noble; en aquella muger, decimos, habían dos ideas esculpidas en su alma con carácter indeleble: Religión y Libertad.

Antes aquéllos dos ideales sacrificaba todas sos afecciones, todo interes,

todo su amor:

La muger chilena, a semejanza de la espartana, prefiere la muerte, con

todos sus tormentos, ántes de renegar de su patria.

Preferirá el sacrificio de sus hijos, esos pedazos del corazón—mil veces más queridos que la existencia—ántes de permitir que la tierra do descanzan los huesos de sus mayores, sea profanada por la planta maldita de un tirano; por la sombra lúgubre de un Nerón!

Tu hijo ha muerto—se le dice á la muger chilena.

-No importa-exclama ésta llorando-tengo todavía otro más!

-No le mandeis á la guerra-le dice alguno, compadecido de su do-

lor—puede tocarle la suerte del primero.

—¿Es preferible por ventura—contesta la madre con varonil energía—vivir, esclavo! Nó, jamás! Que muera, yo también morireré con él, pero QUE MI PATRIA SEA LIBRE!...

Esa es la muger chilena que ha dado la savia de su vida á todos nues-

tros héroes que són glorías inmortales en la Historia.

Por eso Chile no será jamás vencido ni humillado y sus banderas flomearán gloriosas doquiera el Cóndor de los Andes las conduzca.

Nos hemos apartado de nuestra narración á pesar nuestro. Permitásele al romancero desahogar su alma de patriota y de ciudadano. Rendir un tributo de admiración; un homenage de leal entusiasmo hácia esos oscuros é ignorados héroes de hogar domésticos que se identifican con nuestra suerte!

- Volvamos hácia nuestros personages.

 —Pues bien, señor,—decía á León—fué en unos de estos dias cuando Camilo, este es el nombre de el hijo de Micaela -recibió muchos golpes con palo sobre la cabeza. El cuerpo; áhi! se lo dejaron bañado en sangre, y su delito no era otro que haber dicho «viva Walker Martinez«», «viva Altamirano», «viva la libertad» y «muera la tiranía» en las puertas del Congreso. Los chacales de la Moneda; los cicarios del despotismo, como los animales feroces solo parecían estar satisfecho con ver sangre inocente teñir sus manos: sangre fatricidia que mancha la conciencia!
- -Entonces fué de los jovenes heridos últimamente cuando el discurso del senador por Talca sobre los deberes del pueblo en la presente circunstancia—preguntó profundamente afectado el joven provinciano.

-Si, señor, y á causa de ese incidente provocado por los garroteros.

Camilo se halla en estos momentos al borde de la tumba.

—De esto hará unos quince dias—observó León, por saber si ese habia sido el tiempo en que vió a la anciana y motivo principal de la conversacion.

-Si, eso es más ó ménos-dijo la señora afectada por recuerdos do-

En tanto habían llegado á la iglesia de Santa Ana.

Ambos se pararon en la plazuela junto á la pila. La señora iba á esperar carro, pues vivía en la calle de la Catedral.

Podían aprovechar todavía algunos momentos que quedaban libres. León al despedirse había creido cortéz y prudente dar su nombre y apellido, la señora le dijo á su vez, llamarse Trinidad Valenzuela, y era comadre de Micaela.

-Es usted madrina del joven enfermo?-preguntó con interes León. -No caballero, soi de la hermana, que fué la joven que usted debió ver salir. Es un querubin, un ángel del cielo, apénas cuenta dieziocho años y es el encanto de sus padres.

-Es mui bella-murmuró el joven distraidamente.

-¿Qué es bella? ya lo creo, pero más bella es todavía su alma-agre-

gó doña Trinidad puesto que ya hemos dado su nombre.

-Pero aqui está el carro-exclamó de pronto viendo acercarse tranvia -adios, señor Carvajal, ya sabe usted, vivo Catedral, número.....cuando usted guste, mi casa está pronta.

-Mil gracias, señora, acepto el ofrecimiento-exclamó Carvajal inclinándose profundamente ante doña Trinidad.

El carro, en fanto se alejaba.

—Es un joven bastante apreciable y que no está contagiado con el envenenado espíritu del siglo—se decía interiormente doña Trinidad.

León por su parte también hacía la signiente reflección apropósito de

lo que acaba de pasar:

—La señora es algo parlachina, pero, es un excelente sugeto que parece amar á su patria más que á sí propio.—Pobre de tí Balmaceda sí cuentas con enemigos tan abnegados como éste; doña Trinidad ha dicho «la carrera política de ese hombre será fatal». El tiempo lo dirá—murmuró tristemente para su capote y........

带着

Carvajal llegó á su casa contento y de buen humor.

Había satisfecho uno de los caprichos más ardientemente deseado y todo aquel día pensó en el dolor que esperimentaba aquella madre al ver moribundo al hijo de sus entrañas, víctima de la tiranía impuesta por un mandón insolente.

Otro recuerdo vino ha herir involuntariamente el corazón del joven Carvajal: fué este el recuerdo de su madre ha quien no había tenido; suerte de conocer muchos de los recuerdos insiertos y poéticos de la infancia vinieron á su imaginación, tiñiéndo de encendido carmín sus pálidas megillas.

En la noche, al tiempo de acostarse, pensó en el inefable placer que se esperimenta en familia, al tener á nuestro lado corazones que laten sin pasión ni interes, por las desgracias ó los placeres que esperimentamos en

los golpes de la desgracia ó en los azares de la suerte.

Todo esto pasó por su corazón teñido con los colores del íris.

Pensó en la bella y hechicera joven que viera horas ántes al lado de su anciana madre llena de las más nobles y bellas cualidades.

Se complajo en repetir las palabras de doña Micaela.

—«¿Qué es bella? ya lo creo; pero más bella es todavía su alma!»

Se durmió acariciando dorados y risueños proyectos de ventura y de felicidad.

* *

Al día signiente León Carvajal se levantó muy de mañana.

Había tenido un sueño delicioso: estaba al lado de su madre que le miraba con amor, y ¡cosa rara! tenía en sus brazos á una joven que le cra

conocida... no era otra que Rosa, la hija de la anciana Micaela.

—Balla—pensaba el joven interiormente—es una necedad que tanto me preocupe la chica. Es cierto que es hermosa como todas las hijas de esta tierra...pero, quién sabe si ya tiene un amante....No quiero tener rivales!

Aquella idea lo hizo estremecer. Tembló por vez primera de su vida, el sensible y honrado provinciano.

3

Era verdad que León no tenía ningun derecho para mezclarse en los asuntos intimos de aquella familia.

Pero el corazón rara vez es vencido. Es un tirano despótico y capri-

choso que siempre domina á la cabeza.

El joven concluyó creyendo que no tenía Rosa amante alguno, ni po-

día ser moral y decente el tenerlo.

El sol se ocultaba ya entre las doradas brumas del oriente, y entonces Carvajal dedicó un suspiro á una madre que perdía en aquellos momentos á su hijo que volaba al cielo con el último rayo de la luz del sol; su sudario sería el manto tenebroso de un déspota sin conciencia ni honor arrojado en una noche nublada y triste; su rocío serían las lágrimas amargas de una familia acongojada, y los sollozos desgarradores de una madre desconsolada, la plegaria que se elevaba al cielo á su memoria.

La noche de aquel mismo día, pocas horas después, moría también bajo la mano de hierro de los sayones de la Dictadura otro joven sacrifi-

cado en la flor de la vida.

Ambos habían sido amigos de colegio, de sus juegos infantiles y de corazón.....

Ambos lo eran también ahora de martirio y de sacrificio......

Se amaron en la vida é identificaron su destino en la muerte. Lucharon como buenos y cayeron valientemente en el campo del

La tierra guarda sus restos mortales, el Dios Omnipotente, el Jehová de la eternidad, sus almas inmortales, y la Historia de la Patria ha escrito entre sus páginas más gloriosas, sus nombres y su sacrificio!

CAMILO SALINAS, el mártir de la Historia de estas páginas de la Dictadura, como Isloro Ossa Vicuña, el mártir del deber cívico, murieron ámbos en un mismo día, con solo horas de anticipación bajo los golpes de la guardia pretoriana de la dictadura......

La culpa del uno era haber dicho «viva la libertad y sus defen-

sores!».....

La culpa del otro era haber dicho en un club politico «Chile no es la tierra de los Nerones, sinó la Patria de O'Higgins y de Freire.»

CAPITULO. IV.

El templo de la muerte.

El sol doraba ya las cumbres de nuestras montañas cuando León Carvajal abandonó la cama.

Aquel día debía cumplir un sagrado y penoso deber.

La tumba en que descansaban los restos mortales de sus padres había sido olvidada por unos cuantos dias, hoy iba á narrarle las mil impresiones que había esperimentado durante muchas largas horas.

Se nos olvidaba decir que León ántes de abandonar su provincia natal había conseguido el permiso de la autoridad respectiva para tras-

ladar al cementerio de la capital, los fétebros fúnebres de sus desgraciados padres. Leon compró un hermoso sepúlcro de estilo bizantino, que él acostumbraba á cubrir de flores todas las semanas: era el tributo del amor filial rendido más allá de la vida.

Cualquiera de nuestros lectores que tenga un sér querido en ese lugar de paz y de tranquilidad habrá experimentado ese secreto pavor que embarga el alma al traspasar los umbrales del recinto de la muerte; habrá notado que la emoción pone trémula la voz; que lagrimas ardientes caen de las megillas al recuerdo de los que fueron nuestros padres ó nuestros amigos!

Infelices són aquellas almas que no se conmueven ni saben llorar, porque junto con el hiclo de la muerte que llevan en sus entrañas, vá

algun roedor y cruel remordimiento!

El joven Carvajal se dirigió pensativo y pausadamente hácia la tumba

de sus padres.

Una brisa suave y helada movía con perezoso y melancólico compás las ramas de los fúnebres cipreses, que parecían besar con amor y cari-

ño las lozas sepulcrales.

Al llegar á la tumba de su familia, León sintió que sus ojos se llenaban de lagrimas y por mucho rato olvidó al mundo material; olvidó sus penas y sus fatigas. Había fijado la vista, cansado y anhelante, creyendo en algo ideal y poético como el ensueño del espíritu; distinguir, allá, en lontananza un porvenir risueño!

Las flores que cubrían los fétebros, aunque marchit is, esparcian suave y embriagador perfame que parecía ser el hálito adormecedor de ultra-

tumba!

—; Madre mía!—exclamó el joven cayendo de rodillas al pié de uno de los atandes que tenía á su frente—dispensa á tu hijo si por vez primera ha dejado que vuestras flores se marchiten; yo siempre conservo vivo y ardiente el recuerdo de tu bendita memoria!.....

El canto de una diuca interrumpió las palabras del joven; el alado cantor se columpiaba graciosamente sobre una rama de pino que brinda-

ba su sombra al sepúlcro.

Pasado un momento de mudo silencio en que solo se oía la respiración agitada de un hombre entre la quietud y el reposo de cuatro generacio-

nes que han pasado, León Carvajal continúo diciendo:

—Λ quién podré dedicar una vida que se consume sin provecho,—

continuó León con creciente exaltación—sin amparo, sin luz y sin apovo......

Los oidos del joven parecían que zumbaban y sus ojos principiaban á

nublarse.

Y como si álguien se condoliera de su dolor un grillo dejó oir su lú-

gubre chillido.

El joven era superticioso y creyó distinguir algo como un lamento, ó un suspiro de su madre en el grito de aquel fiel animal que acompaña al hombre hasta las negras y profundas cavernas del fondo de la tierra.

El grito se dejó oir de nuevo, triste y melancólico, como la vez pri-

mera.

Carvajal se estremeció violentamente y exclamó cruzando las manos:

—No hay duda,...¡Dios mio!...es mi madre la que me habla desde el Cielo.....

El grito se repitió por tercera vez y tan lúgubre como ántes.

El joven provinciano no pudo resistir más.

Su sistema nervioso estaba profundamente alterado.

León dirigió su mirada vacilante, agitada, temblorosa, hácia los atau-

des que tenia á su frente.

Sugeto á una horrible pesadilla y á la situacion exepcional en que se encontraba su alma, tendió los brazos en busca de una sombra imaginaria que solo existía en su fantasía: encontró el vacio en torno de sí unicamente.

Un temblor convulsivo agitó todos los miembros de su cuerpo y cuál sí estuviera sugeto á la atracción magnética de una pila galvánica esclamó con voz desesperada:

-: Mi madre!...; Dios mio!...Ah!...Me magnetisa!.....

Vacilando sobre sus pies como una estátua que de pronto se le ha reto

el pedestal, cayó al suelo sin sentido.

Si los espíritus vuelven a la tierra, á buen seguro que la madre de Leóu Carvajal estaba en íntimo coloquio con la sombra de su hijo.

¿Cuánto tiempo permaneció el joven dentro de la tumba de sus mayores? No lo sabemos, ni él lo supo jamás.

Carvajal despertó de su letargo cuándo la noche principiaba á cubrir de

sombras el basto cementerio.

A favor de una vaga é indecisa claridad, apénas se distinguían las estátuas de ángeles y virgenes que cual fantasma sobre-humanos gozaban apasible sueño sentados en sus pedestales de mármol y de granito.

Involuntariamente vienen a la memoria los versos del poeta:

¡Para el pobre que se muere No puede haber mejor cama Que la tierra en que se tiende Y la piedra de su almohada!

Las piedras tumulares riyaban á la pálida luz de la luna. Sin embargo, este espectáculo no conmovía á Carvajal. ¿Porqué faces alternativas había pasado su espíritu y su corazón? ¿Qué ilusiones se forjó su acalorada imaginación en esas horas de fiebre? ¿Su espiritu se había remoutado al cielo en alas de la ficción?

Qué vió escrito en el libro del destino?

Cuál otro Dante habría arrancado al cielo el secreto de la inmortalidad?

Misterio que nuestra pobre imaginación no alcanza á comprender!

Es cierto que nuestra alma y nuestro pensamiento se elevan más allá de 10 finito en busca de la verdad positiva y matemática; pero tambien es cierto que cual el Icaro de la leyenda, desendemos casi ciegos de tanta altura.

Lo que podríamos decír con verdad respecto á nuestro heróe, ya que no queremos pecar de inverosimiles es: que su alma tan combatida por diversas emociones había reunido el pasado con el presente y de aquel consorcio nacía un porvenir más en armonía con la verdad y la filosofía humana.

Había asimilado á los auteros principios políticos de su padre toda esa enérgica espresión que el patriotismo comunicaba á las obras y palabras

de doña Trinidad.

De aquella unión de ideales, de aquella unidad de aspiraciones nació el convencimiento de que la patria necesitaba purificar su sangre corrompida y de amputar todos sus miembros gangrenados para que lozana y joven cumpliera su destíno.

El corazón había despertado á impulsos de una emoción desconocida

completamente para él.

En aquella emoción había algo indifinible como la esencia del poeta.

Algo como la armonia ritmitica 'arrancada al alma por la mano del artista.

En fin ese algo que encierra el corazón del hombre, cuyo termino técnico no lo tiene el lenguaje humano; habíanse mezclado á un hecho cuyas consecuencias presenció dias ántes: el martirio de Camilo Salinas.

Todos estos pensamientos al parecer sin iliación, como si solo obedecieran á la fantasía del *romance* són, sin embargo, las ideas que agítaron á muchos hombres y en cuya lójica llegaron hasta rendir la vida.

León Carvajal había transformado en pocas horas su alma que poco ántes pequeña no comprendía el destino del hombre síno dentro del hogar doméstico, al lado de la familia.

Bajo aquellos principios se desarroyaron las sociedades del coloniage.

La libertad conquistada en 1810 no fué bastante para borrar los resabios de una era que ya solamente pertenecia al pasado y a la Historia.

Aquel es el ideal antiguo.

La vida del joven provinciano no sería estéril ni infecunda.

El había dicho en un momento de exhaltación: «las pasiones desbordadas amenazan la ruina de la patria, pero no llegan hasta mi ni el grito de sus orjias ni el llanto de sus desgracias»—para agregar en seguida:—
«mi vida se consume sin provecho.....sin esperanzas.....sin una luz...
sin un apoyo»...

Mas la situacion había cambiado.

Los consejos de un anciano moribundo y el noble sacrificio de un niño producían aquella trasformación.

En este cambio ¿qué participación cabía á la escena del cementerio

que poco ántes hemos bosquejado?

Una muy principal. Bajo la acción fascinadora de un sonambulismo práctico, desprendiéndose por un instante de la túnica material, de tolo aquello frájil y mundano había comprendido la frase del poeta:

«Qué dulce es morir por la patria»!...

Su espíritu se identificaría con el espíritu de la patria; ba á gozar en los triunfos de la libertad y mas tarde daría la vida, arrastrado por el huracan desvastador de la dictadura militar que ya se cernia fatídica en el horizonte político.

Lucharía con la esperanza del éxito de la victoria de la vieja bandera

parlamentaria.

Iluminaria su camino la Estrella solitaria del pabellon nacional y el amor naciente que se agitaba confuso en su pecho.

Su sostén, su apoyo, el ángel tutelar que vela los destinos de Chile. Hemos hecho esta lijera digresión para esplicar la conducta futura del joven Carvajal.

El provinciano es el hombre de ayer.

El hombre de hoi es el que se conmueve ante la tumba de Camilo, flor arrancada por las pasiones políticas en hora temprana.

Este á su turno es el ideal moderno que hoi ajita á la sociedad.

León Carvajal se retiraba por entre las calles llenas de tumbas, inscripciones y epitafios funerarios cuándo á su lado oyó una voz que decía con acento adolorido:

«; Mira otro desgraciado!...»

Estas palabras aunque pronunciadas en voz muy baja y apenas perceptible, fueron oidas.

León quedó sorprendido de que se pudiera haber leido en el fondo de-

su alma los dolores del corazón.

Grande fué la sorpresa de Carvajal al ver casi á su frente á la anciana Micaela v á su hija Rosa.

Estaban paradas al pié de una fosa recien abierta por el enterrador.

El joven llevado de un sentimiento de espontánea compasión, se acercó á aquella madre herida de muerte por la desgracia, cuyo único consuelo era un ángel celestial que batía sus alas tan blancas como el armiño emblema de la inocencia.

León había adivinado un terrible secreto.

—; La compadezco, señora!—la dijo Carvajal con trémula voz; al mismo tiempo dos lágrimas de compasión iban á humedecer la tierra que cubría el cadáver de un amigo desconocido, pero no por eso ménos querido, ni ménos simpático.

Aquella muestra de esquisita sensibilidad impresionó grandemente á

Micaela.

Se preguntó interiormente quien era aquel jóven que parecía demostrarle tanto interes.

Le había visto arrodillado el día en que el sacerdote llevó á su casa el pan de la Eucaristía á su hijo moribundo.

Había observado la emoción que produjo su presencia.

Por último, lo encontraba ahora en el cementerio el dia mismo en que ella dejaba allí á «su Camilo», al hijo de su amor.

Las lágrimas de Carvajal cayeron sobre una sepultura y en el corazón

de una madre.

Que más necesitaba Micaela para comprometer su eterna gratitud?

Nada; aquello era bastante.

Esta escena no la podría olvidar mientras viviera.

León fué impuesto por Micaela de todo lo que el joven ya sabía respecto á la enfermedad y muerte de Camilo como de su profundo dolor por aquella gran desgracia.

Por una delicadeza que es fácil de esplicar, Carvajal no hizo ni alu-

sión siguiera al incidente de la señora Trinidad.

El provinciano para corresponder con igual franqueza la dijo que él tambien guardaba allí á los seres más queridos: sus padres, y que los visitaba con frecuencia.

Esta agradable conversación se prolongó por largo tiempo.

Juntos anduvieron todo el camino que média entre el cementerio y la Cañadilla, que es el ramal central de las líneas del Ferro-carril Urbano.

Allí tomaron respectivamente, León un coche de la posta y Micaela

con su hija un carrito «plaza».

Antes de despedirse de Rosa la madre de esta había ofrecido su casa al joven.

Ofrecimiento que agradeció profundamente Carvajal, y que desde lue-

go pensó hacer uso de él lo mas pronto posible.

Nos parece escusado decir que aquellos momentos parecieron cortísimos á todos nuestros personages.

La madre y la hija se fueron prendadas de su delicadeza y sencillez.

—El tambien—esclamó Micaela mientras se alejaba el tranvía—viene

al Templo de la Muerte á orar por sus deudos. Es un corazón cristiano y generoso!......

—Hija mía—agregó la anciana con acento emocionado, despues de un momento de silencio—yo le ví rogar por mi hijo; levantar al cielo sus ojos llorosos y he visto dos lágrimas sinceras y ardiente s regar las hojas de laurel de una corona funeraria!.....

—Yo tambien lo he notado, madre mía— dijo Rosa con pensativa y

melancólica espresión de dolor.

—Con qué fervor tan verdadero estaba arrodillado sobre la tumba de sus mayores rogando por el alma de sus padres. El tiempo no ha podido ahogar la llama de un amor verdadero.....;Oh!...la vida de los padres con la de su hijo se identifica!.....

Esta conversación se hacía á cada instante más dolorosa.

Era necesario cambiar el jiro que tomaba

Rosa lo consiguió trayendo á la conversacion asuntos diferentes sin interes ni analogía para la novela,

Por las palabras de Micaela se comprende que León fué visto en la tumba de su familia en el momento que oraba, ó que poseido del vértigo y la facinación de su espíritu modulaba palabras de las cuales no tuyo conciencia despues.

De esa manera se esplica el porqué de las palabras de Micaela al ver-

lo pasar á su lado.

CAPITULO V.

LA PRIMERA VISITA.

Dos días han pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena que bosquejamos en el capítulo anterior.

León ha ido á visitar á Micaela usando del permiso que ésta le conce-

dió, como no habrá olvidado el lector.

La señora estaba en cama enferma de fiebre pero cuando recibió la tarjeta de Carvajal mandó fuese introducido inmediatamente á su presen-

Talvez se podrá creer un paso precipitado el introducir al joven en su

primera visita al dormitorio de la anciana.

Pero esto solamente puede demostrar la sencillez de una familia cuyas

costumbres conservan la pureza antigua.

Micaela con la cabeza atada y muellemente recostada en una espaciosa v cómoda cama, tendió hácia el joven su mano pequeñita y flaca que la fiebre daba un color rojo subido.

León Carvajal al pisar el umbral de la puerta se inclinó seremoniosa-

mente ante la madre y la hija.

Luego adelantó dos pasos y dijo: -; Dios guarde á V. señora!

— Gracias! Siéntese V.—Micaela señaló una silla colocada á su frente. Despues se cambiaron los cumplimientos que són de estilo en tales ca-

Rosa respondió con benevolencia el saludo que se le hizo.

Siguió un instante de silencio que en aquel caso era perjudicial.

El joven trató de salir de él.

-Mil perdones por haber hecho uso tan pronto del permiso que V.

me concedió-dijo el jóven y huérfano provinciano.

-Yo soy-contestó con benevolencia Micaela-la que debo dar á V. caballero, las gracias, pues se ha tomado el trabajo de venir á mi casa. «Este es un favor, junto con otro que no quiero recordar en este mo-

mento, que jamás olvidaré.

Cumple V. las obras de misericordia que manda consolar al triste. Sabia que en esta casa hay una madre desconsolada por la pérdida del hijo de su amor, y V. se apresura á traerle palabras de aliento.

-Aleje V. señora, de la mente recuerdo tan doloroso-esclamó Carva-

vajal impresionado ante el acerbo dolor de aquella infeliz.

-Me parece que V. no puede dar un consejo semejante...

-Perdone sinó comprendo el porqué.....

-; Como! El hijo que á pesar del tiempo va á la tumba de sus padres á pagar el tributo de sus lágrimas y de su amor, me dice:

-«¡Olvide V!».....

-¡Vamos. ¿Dígame V. lo que diria á la persona que le dijera:

-«Rie, olvida, que el recuerdo de tu madre que hoy te destroza el alma será mañana una flor marchita y sin perfume!...

-¿Qué hay? ¡Dígalo V. con franqueza!

Carvajal nada contestó.

Su silencio era demasiado elocuente. Estaba encerrado en un terrible dilema.

Si respondía con palabras evasivas mentía engañando á la anciana.

Si por el contrario confesaba la verdad él mismo declaraba su derrota.

Micaela al ver el silencio del jóven esclamó sonriendo: -¡Ah! ¿No tiene V. el valor de confesar su debilidad?

-Pues bien-contestó con acento impetuoso Carvajal-la persona que me dijera tal cosa era una insensata que no sabía comprender los sentimientos del alma adolorida...... Micaela sonrió con satisfacción.

Habia ganado la partida.

Ella á su vez iba a morificar el amor propio del jóven.

¡Bien! ¿Y V. cree menor mi amor hácia mi Emilio cuando me aconseja que olvide?-la voz era trémula de la pobre madre, pues el recuerdo reabria las heridas de su corazón.

Carvajal comprendió la justa y amarga ironía de aquellas palabras. Quién sabe si por la mente de Micaela pasó la idea de que se tenía poca fé en su energía.

León Carvajal trató de borrar aquella mala impresión. Por lo demás, Micaela parecía guardar una esplicacion.

-¡Nó señora! El persarlo sería un absurdo y una ofensa á la grandeza de su alma.....pero V. comprenderá que hay en la muerte de su hijo algo grande y sublime que conmueve y engrandece!-dijo el joven con vehemencia.

Luego agregó con creciente entusiasmo:

-Camilo, su hijo, esa flor arrancada violentamente del regazo maternal puede ser la ofrenda, el cordero inocente de la reconsiliación de la familia chilena y que ante esa sagrada victima de la libertad se depongan los odios y las ambiciones de los unos y el bélico ardor de los más.

Micaela que seguía con viva ansiedad el pensamiento de Carvajal se

atrevió á murmurar debilmente:

-; Ah! ¿Si esa sangre fuese inutil?...... Micaela temblaba al pensar que podía ser esteril el sacrificio de su hijo.

Qué sus lágrimas calleran sobre la fosa de un héroe anónimo y sin

o stail actions bereggla percel same a mine

Eso era terrible!

Ella ambicionó para su hijo un pedestal de gloria.

En Camilo cifraba todo su porvenir.

Entre el fragor estrindente de una noche de lucha se apagó aquella existencia dejando trás de sí un mar de ajitadas pasiones que hacía temblar al ánimo de más entereza por la suerte futura de la República.

—¡Nó señora! esclamó Carvajal, respondiendo á la pregunta anterior No lo será! No lo es jamás la de los héroes del deber!...Puede suceder que la ceguedad de un malvado y de una gavilla de picaros, esplotadores de la riqueza nacional traten de conducirnos á un abismo.

«Talvez lleguen á atentar contra las leyes fundamentales de la Nación; encender la téa de la guerra civil, armando el brazo del ciuda-

dano con arma fatricida, aunque yo no lo creo.

«Pero sea á donde nos lleve el destino; en las horas de prueba el sacrificio de vuestro hijo será, señora, el que nos señale como se ama á la Patria y como se la sirve; en los dias de tritunfo cuando nuestro Chile respire tranquilo el aire de los libres, glorificaremos su nombre colocando, su efije en el bronce y esculpido quedará para siempre en el mármol su sacrificio y su muerte!

-En verdad!.....pero, era mi hijo!-mormuró Micaela levantan-

do al cielo su mirada.

—Como á tal le sentireis señora—prosiguió diciendo Carvajal—eso cs natural, pero debeis estar tambien orgullosa de él porque se sacrificó en el puesto del deber.

«Prat murió sobre la cubierta del Huascar, entónces enemiga nave, se-

ñalando al marino como el chileno defiende el tricolor Nacional.

«La gloria que circunda las cienes del héroe inmortal de Iquique fué el egemplo que dió más tarde á nuestro egército las victorias memorables de la guerra Perú-boliviana.

«Sabeis señora, lo que dijo otro hombre padre de un héroe de la homérica victoria del 21 de mayo de 1879 al pié del grandioso monumento con que el pueblo agradecido commemora y recuerda esa gloria nacional

y ante la urna funeraria del hijo muerto por la patria:

«Decis que mi hijo ha muerto?—nó...es falso!.......Vive en las pájinas de la Historia Nacional...aquí al pié del templo de la inmortatidad estará jóven y grande mientras exista la virtud y el patriotismo, para ejemplo y enseñanza de la posteridad!

Y aquel viejo venerable, señora, lloraba sobre la metálica caja dó su hijo Juan de Dios Aldea descanza en brazos de la muerte; lloraba al contemplar la gloria de ese digno émulo de Prat, héroe del tipo popular

de alma grande y pura como la del pueblo!.....

Las últimas palabras fueron pronunciadas por León Carvajal con acento a penas perceptible, pues el jóven deseaba aparentar una serenidad que en ese momento no poseía.

Pensamientos tristes y dolorosos como la emoción del momento pasaban

cual ráfagas de fuego por el alma de Micaela.

En su pecho luchaba el egoismo santo de la madre con la ambición de una gloria merecida por el sacrificio de la existencia,

Las palabras de Carvajal aunque satisfacían en parte el amor propio de la anciana no eran bastante para apartar de su corazón un recuerdo que duraría toda su vida; y aun más, apesar de que esto es un absurdo.

¡Qué són los cuadros enimitables del Dante y las sombras negras y pa-

vorosas de su Infierno......

¡Qué los arranques de satánica armonía del génio potente de Byron... ¡Qué el sarcasmo y la ironía que a raudales brota de la acerada palabra de Voltaire......

¿Qué són, en fin, esas tradiciones terribles y conmovedoras que narra el «Libro lamortal» de los cristianos ante el mudo dolor de una madre

que llora la pérdida de su hijo?

Pigmeos, enanos. Tienen sí, toda la grandeza que es dable al espíritu del génio, dar á sus obras más perfectas, pero distan algo de la realidad; porque aun en el idioma más perfecto no tienen signo matemático la rabia y la desesperacion que lleva al hombre a atentar contra su vida ni la causa que impulsa al martirio y al sacrificio; ni el secreto del amor que une dos corazones distintos, ni de toda esa serie de pasiones que agitan el alma humana.

Micaela sufría horriblemente los tormentos del martirio y solo á veces

dejaba escapar algun lamento.

Cuando Carvajal terminó de hablar los o os de Micaela estaban llenos de lágrimas.

Solo Rosa no había tomado parte en la conversación aunque seguia instintivamente las emociones de su madre y de León.

Rosa era de corazón ardiente y apasionado y por lo tanto participaba

del entusiasmo del jóven.

Ella muchas veces había manifestado á Micaela ideas semejantes.

León Carvajal acababa de dar más cuerpo y latitud á igual pensamiento. Si dijiéramos que estas razones dejaron satisfecha á Micaela, mentiríamos.

El corazón de una madre es muy exijente puesto que su amor es esclusivamente egoista.

Ama más allá de la idolatría y no olvida jamás á sus hijos.

Solo los dolores ajenos són motivos para que se adormezcan los suyos. Así debió comprenderlo Carvajal, puesto que esclamó dirigiéndose á la anciana Micaela:

—El joven Camilo desde el cielo le sonrie i le ama. Consuele á V. el pensar que hay otros hombres que sufren tanto como V. y que han sufrido todavía más.

Micaela le miró con estrañeza.

Le parecía imposible que alguien pudiera sufrir lo que ella en aquellos momentos sentía.

Carvajal comprendió aquella mirada.

Era un desafio.

Podia traducirla en estas palabras:
—«Te desafío á que lo proveis».

-Hay seres desgraciados -se á presuró decir el joven que nacen y viven alumbrando su existencia una estrella fatal.

«Yo apénas nacido tuve la desgracia de perder á mi ma lre: por mi

dió la vida v solo con lágrimas pagarle su sacrificio!

«Desgraciado es aquel que no siente jamás sobre su frente el ali ento cariñoso de la madre!

«Aunque mi padre me amaba mucho no satisfacía mis aspiraciones

este amor.

Mi níñez fue árida y desierta; alejado del ballicio de las cindades solo conocí los placeres del campo; mis amigos y mis relaciones no pasaban de cuatro ó cinco servidores de la familia.

«Al llegar á hombre vuelvo á esperimentar el rigor de la fatalidad: mi padre muere en mis brazos despues de una corta enfermedad!..

«Héme aqui, señora, triste i solo en este valle de lágrimas sin tener es peranza de que combiará mi suerte, esperando solamente, el instante en que pueda reunirme con mis padres.

«En cuanto á V. todavía tiene que dedicar sus cariños i sus cuidados:

su hija los necesita en esta vida...

Rosa y Micaela estaban tristes, i cuando el joven dejó de hablar, parece que se había estinguido el último acorde de una armonia débil y agonizante.

Los recnerdos de otros tiempos más felices volvian á la imaginación.

Madre e hija les parecia el joven un antiguo conocido.

El silencio se había hecho general.

Micaela miraba con atencion la noble frente de Carvajal en que se lesa la franqueza y la bondad.

Mas, era necesario terminar aquella visita que se hacia demasiado larga. León se despidió de ámbas señoras protestando ser dispensado por

haber abusado de su venevolencia.

Micaela le contestó que se alegraba por haber hecho amistad con una persona que respetaba tanto á la desgracia y le rogó, si esto no fuera moestia, volviera á repetir sus visitas.

Aquella era la oonsion que el joven deseaba tener.

Trató de aprovecharse de ella.

Aquel día era miércoles.

La dijo vendria el domingo próximo.

León Carvajal tué despedido afectuosamente por ámbas mugere.

Carvajal se retiró de la casa de la honrada señora profundament complacido de las finas atenciones que había recibido y tambien de la afable cortesía de Rosa.

La idea de que pronto se volverían á ver hizo sonreir de satisfacción al joven.

Nosotros nos vamos á quedar por un momento en la pieza de Micaela, aunque sea esta una indiscreción.

Dejemos seguir á León el camino de su casa.

-No me había engañado, Rosa mía-decía la anciana á su hija,-al asegurarte que no podia dejar de ser este joven un sugeto exelente.

-¿Te he dicho acaso yo lo contrario? -pregnató Rosa candorosa-

mente.

—Nó, ya lo se...tu eres siempre de mi misma opinión...pero esta vez, telo confieso, has tenido razón!

-: Ah! ¿Con qué V· se permite tener ideas poco razonables?—esclamó

la joven sonriendo.

—No lo olvidaré!

-Poco importa-le dijo Micaela afectando una forzada y cómica serie-

dad—creo que no te declararás rebelde.....

—En verdad señora, que no lo ne pensado, al menos por ahora—Rosa trataba de detener el pensamiento de su madre de las ideas dolorosas del pasado.

Como su madre nada le dijera agregó con enfásis:

—Puede estar seguro con mi palabra de honor...

—Dejemos las chanzas, dijo Micaela.—Qué este joven ha sufrido mucho, es indudable; me agrada su conversación que es ingeniosa sin pendenteria i cuando habla de si propio lo hace sin afectación. Por lo demás creo que este joven tiene un negocio en la calle de San Pablo, de mercaderias abarrotes. Le he visto vender varias veces en el mostrador.

—Así me parece replicó Rosa—eso nos prueba que es juicioso y trabajador, cualidades que hoy por desgracia poco abundan entre la juventud, porque cuál más, cuál ménos parecen desearan sobresalir en osadía y mal-

dad! Esta es mi opinion.

-¿Qué le parece a V?-agrego riendo mientras jugaba con el abanico

que sostenía entre sus sonrosados dedos.

—Ha estado V. muy elocuente—contestó Micaela—pero ya es tarde i necesario es aquello del poeta:

«Descanso, oracion i paz»...

Rosa hizo á su madre un pequeño saludo, miéntras sus labios se plegaban con sonrisa picaresca.

Despues de haber arreglado los cobertores de la cama de Micaela, Ro-

sa se retiró á su habitacion que era la contigua á la de ésta.

Un momento despues se oía la acompasa la respiración de dos persona que dormían el sueño de los justos.

CAPÍTULO VI

Una pájina de Amor

Han pasado cuatro meses desde la muerte de Camilo y de la amistad de León Carvajal con la familia Salinas.

León como se dice vulgarmente, se habia hecho de la casa. Todos los dias visitaba á las señoras á quien encantaba su trato afable v sencillo.

No era ya solamente el estraño compasivo que se conduele de la desgracia agena.

Sinó un amigo de confianza á quien se deben favores que jamás se

podrán olvidar.

Los tres muchas veces habían ido al cementerio á orar y á depositar coronas sobre la tumba de los padres de Carvajal como tambien á la del pequeño hijo de Micaela.

Juntos habían orado sobre aquellos restos que le eran tan queridos i

juntos habian mezclado sus lágrimas y sus supiros.

Se conocieron en momentos de inmenso dolor y sus almas se habían compredido.

Las amistades contraidas en tales circunstancias son eternas y verda-

deramente sinceras como los generosos sentimientos que la dictan.

Muchas veces cuando caminaban pensativos por las alamedas cubiertas de flores, donde las avecillas van a beber la líquida gota de rocio que en ella ha dejado la mañana, los jóvenes Léón y Rosa se sorprendían al notar que dos suspiros se escapaban de sus pechos.

Aquellas dos almas se confundían elevando el espíritu á Dios.

Micaela como madre había adivinado, la pasión naciente en el corazón de Rosa.

Comprendia mui bien los sentimientos de León Carvajal que eran nobles y caballerescos como los de un hombre de honor.

Por eso vió desarrollarse con placer la sincera inclinación de los jovenes.

Sabia que tarde ó temprano Cupido llamaría á la puerta del corazón de su hija.

de su hija. Si hasta aquel tiempo su vida se deslizó tranquila y sin emociones no

era cuerdo pensar que esa situación fuera eterna.

Debemos, sin embargo, hacer una declaración en honor á la verdad y á la austera virtud de Micaela.

Jamás los dos jóvenes estuvieron un momento solos y por lo tanto no había mediado entre ellos palabras de amor.

Pero el amor verdadero no se puede ocultar jamás por mucho tiempo siempre que los que se aman tengan testigos observadores.

Son vendidos por la mirada, ese mudo y elocuente lenguaje mucho

mas espresivo talvez que las palabras del idioma humano.

Un día, despues de haber hecho una visita al cementerio Carvajal con Micaela y Rosa habían quedado por la primera vez solos, ámbos jovenes en la ante-sala, pieza que servía tambien de estudio á Rosa.

Micaela fué á su dormitorio á cambiarse el vestido. Varios dias hacian que León estudiaba dibujo.

El jóven quería trazar sobre el lienzo, dar animación y vida á los mil ensueños de la imaginación, principio por bosquejar los perfiles del rostro bumano.

Cuando ya comprendiera el arte divino de Míguel Angel de y Murillo, trabajaría el retrato de sus padres. Cosa esta mui fácil para él que los tenía fielmente gravados en su corazón.

Antes de entrar al estudio, Rosa había tomado de mano de una criada

un ramo de rosas blancas para el altar de la Virjen de Purísima por la cual tenía especial predilección.

Al colocar el ramo de flores frente á la imágen, León la dijo:

Oh! qué hermosas flores! parecen acabadas de arrancar del rosal y su perfume es delicioso y embrirgador!

-¿Con qué le gustan?

—Si! Mucho. —Entónces, si tanto le agradan voy á regalarle una!—y la joven arrancó del ramo una hermosa rosa blanca que pasó á León con su eterna sonrisa.

León llevó con delirio la flor á sus labios.

-Esta rosa-la dijo-jamás se apartará de mi; ella me traerá á la memoria el nombre de la que fué su dueño; sus hojas aunque marchitas

serán en mi vejez el recuerdo de la juventud!.....

-No dé V. tal importancia a esa modesta florecilla; está condenada á durar una mañana, i cuando mustia y sín olor pierda su gracia, su atractivo entonces... la arrojará por inútil sin que de ella vuelva à tener un recuerdo!...

Aquellas palabras dichas con sencillez i melancolia exaltaron el amor

tanto tiempo comprimido en el pecho del joven.

León en aquel momento lo olvida todo.

Perdió aquella timidez respetuosa que tanto agrada á la doncella.

Habia Hegado el momento tanto tiempo esperado por el desgraciado huérfano.

Una esplicación se hacia necesaria en aquel momento.

Las circupstancias la traian espontaneamente, sin afectación.

El dado estaba tirado.

El joven impaciente, como la audaz juventud trató de saber su destino.

Con la mirada hácia bajo, colocada, ruborosa i tímida parecía una de esas madonas que adora el pueblo romano.

Carvajal sintió que una sacudida nerviosa ajitaba todo su cuerpo.

-No perderá su perfume-dijo el joven provinciano con profunda emoción-Esta querida hora que lleva su nombre es el emblema de su existencia!... La conservaré siempre como un recuerdo de V. señorita a quien tanto he amado y aquien adoro en este momento con locura.

«Dispénseme que sea tan fresco y tan franco para manifestar mis

sentimientos ... 1 sol a offiborar o digara 1- sobargas no salempagnos

Me he contenido tanto tiempo!...

«Aun quisiera... ¡insensato! ahogar en mi alma esta pasión que nació

en mi pecho desde el momento en que la ví...

«V. no puede imajinarse cuánto he sufrido solo, allá en una oscura vivienda de mi hogar al pensar en mi destino siempre incierto y fatal... «No he podido comprender ni el dolor de mi alma ni el amor de mi corazón! labar sios nas norseba effenpe na adminingia on sessio ab suc

«Talvez esté condenado á vagar solo y sin rumbo como peregrino sin patria.....

«Hoy he abandonado mi habitual reserva dispuesto á todo.....

«Quiero, confesarle mi amor que es el primero que profeso à mujer al-

guna despues de mi madre!

¿Pero qué tiene V. que no me contesta?..... parece estar triste y contrariada... ¿es mi cariño odioso a V?..... Dígalo pronto que le juro arrancaré de aquí este corazón, aunque el alma se destroce!...

La emoción no dejaba pronunciar palabra alguna a aquella tierna y cándida paloma; casta flor que no habia abierto su corola todavia a los

rayos del amor.

Nunca habia remontado el vuelo lejos de las lindes del hogar. Al oir las palabras del joven sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquellas lágrimas eran las primeras de un corazón de doncella.

Si León hubiera sido un seductor esperimentado no le hubiera cabido

duda por aquella prueba elocuente de que era amado.

El amante es siempre mui desconfiado.

León no sabia a qué atenerse.

Esperaba temblando como el reo de un crimen las palabras del juez.

—¡Llora V. amiga mia—esclamó Carvajal desesperado—soi la causa de su dolor!...; Qué podré decirle yo en este momento cuando mi cabeza arde; como pintarle mi pasión, sus temores, sus esperanzas...

«Mi amor será eterno; no lo vencerán, nó, ni el desengaño ni el tiem-

po... no habrá poder humano que me aparte de su lado.

«Su voluntad será la bala sagrada que me detenga... pero V. no me impondrá una crueldad porque es demasiado buena...

«Sin embargo—; Dios mio; —V. nada me ha dicho... prefiero que me

diga que me aborrece á este silencio que me mata...

«Nô,... mas bien calle V... nada me diga, si no me ama déjeme esa dúlce ilusión.

«Seré feliz pensando que aun me ama a pesar de este rechazo!

«He sido un incensato al hablarle así... debia haberlo ocultado a todas las miradas como oculta el avaro su tesoro. Si es necesario me alejaré de esta casa para siempre... pero ántes me perdonará V., no quiero vagar cual el Judio Errante con la maldicion de una diosa!...

No me ha ofendido V.—dijo Rosa con el acento tembloroso y las mejillas encendidas—jamás, amigo mio, y si ambiciono felicidad es para mi

madre y para aquellos a quienes ella y yo amamos!

—Rosa, por Dios, tu me destrozas el alma; por la memoria de aquellos seres que te son sagrados—Carvajal se arrodilló a los piés de Rosa y tomando una de sus manos agregó con acento que hacia inseguro la emoción—quiero... se lo ruego si me amas... o nó... ¿dí?...

Rosa levantó hácia el joven su bellísima cabeza, fijó en él una mirada en que se trazlucian todas sus emociones: era como el poema íntimo y

candoroso de una alma virjen; exaló un suspiro y esclamó:

in - León! le in entle

¡Qué de cosas no significaba en aquella ocasión esa sola palabra! Eran cuatro letras que encerraban un mundo de felicidad, de amor, de esperanza! Aquella palabra modulada con indifinible espresión, había abierto á Carvajal las puertas del cielo.

-¿Es verdad ó es un sueño lo que mi corazón ha adivinado?

—Nó... er verdad que te amo—dijo Rosa en voz tan baja como si temiera ser oida—Esté amor es grande y puro pues lo alberga mi alma, por lo tanto no debe avergonzarse mi pecho ni mi conciencia... V. es caballero y sabe el camino del honor!

En las últimas palabras estaba retratada la energía y virtud de aquella

alma.

Su delicadeza era en estremo esquisita y noble.

León Carvajal había comprendido el sentido de las palabras de la joven, por lo que se apresuró á decir:

-Bien mio, comprendo tu pensamiento, tu serás mi esposa, para cuyo

fin pediré á la señora Micaela su permiso.

—; Estás conforme?—agregó Carvajal.

—!Sí, amigo mio,—contestó tímida y ruburosa la joven.—Pues bien, yo tambien voy á dar a V. una prueba del interes que me inspira: el amor que hoy consume mi pecho no es emoción del momento, data de

tiempo atrás.

«Recuerda esos inolvidables momentos en que orábamos sobre la tumba de tus padres, me parecía que los restos encerrados en aquellos féretros eran de algunos miembros de mi familia; no te puedes figurar cuán dichosa era en esos instantes en que veía tu rostro iluminado con la aureola del amor filial.

«Más que hombre, en esos instantes supremos, eras una creatura celestial que identificaba mi alma con la tuya....

«No quiero tener secretos con el hombre a quien amo!...

«Sentía que palpitaba en mi seno tu corazón, y el aliento tibio de tu pecho se me figuraba ser el ósculo apasionado y fraternal del hermano; «Cuando nos retirábamos con el silencio poético de la tarde; cuando las flores batidas por la brisa esparcían su perfume embriagador; cuando respondias á las preguntas de mi madre, me parecía notar en tu voz un tinte de melarcólica desesperación como eco de los recuerdos de antaño: te compadecía y sufría con tus dolores; tu virtud y amor filial me sedujo... voy á terminar abriéndote por completo mi corazón...

-: Habla! -- murmuró Carvajal emocionado por el acento candoroso de

la joven.

-Cuando sola en medio del silencio de la noche elevaba á Dios mis plegarias, tu nombre venía involuntariamente á mi memoria; te mezclabas

en la oración de mis labios zen las afecciones de mi pecho!...

«Hoy tu has descorrido el velo misterioso del pasado... has presentado ante mi vista un panorama delicioso.... que sea un oasis de cristalinas aguas en medio de las luchas y tormentos que nos devoran y que temple el ardiente y belicoso entusiasmo de tu corazón...

«La senda que hoy recorres está sembrada de abrojos, de espinas y de escollos; pero puede ser que mañana esté tapizada de flores y de coronas de laurel...; amigo mio!... fé y esperanza que el porvenir será nuestro...

-; Gracias, Rosa querida! Tus palabras han devuelto nuevos brios á mi ya cansada enerjía.

Lucharé por mi pátria y por tí...

· Cuando sus libres instituciones se de arrollen á la sombra de la libertad v del derecho...

Cuando la sombra maldita del dictador que hoi empaña el brillo de la

solitaria Estrella del Sur...

Cuando haya desaparecido de la arena política ese remedo de tirano....

Cuando no alumbre con su luz siniestra nuestros campos y ciudades la tea sangrienta de una lucha fratricida... y cuando las armas invencibles de Iquique y Pozo Almonte despedacen á las hordas de aventureros que sostienen al tirano é imperen en el Palacio de los Presidentes de Chile las sagradas leyes de nuestros mayores, entónces, Rosa querida,... serás mi esposa!...

-Di: ¿lo aceptas?...

-¡Sí, León!-Contestó la joven con débil voz.

— Bien, guarda mi palabra de honor!—dijo Carvajal; por un rápido é inspirado movimiento se acercó á la joven y tomó una de sus manos imprimiendo en ellas un dulce y apasionado beso!

Era la primera y casta primicia de aquel cariño.

Era la primera demostración de amor que recibía Rosa de un hombre. A pesar del sencillo y respetuoso ademán del joven, la hija de Micaela sintió que su frente se teñía de rubor.

Aquella escena principiaba á ser difícil para ámbos jovenes.

Para fortuna de ellos, se sintieron los pasos de la anciana.

Micaela volvía nuevamente al lado de su hija.

Ni sospechaba siquiera el grave suceso que acaba de tener lugar en su misma casa.

Dos almas á quienes había unido estraordinarias circunstancias se digieron lo que sus corazones sentían.

Micaela entró tranquila y sonriendo al estudio de Rosa.

Esta, al ver á su madre salió á pretesto de no haber dado de comer á sus pajaritos.

Presentía que León iba á confesar á su madre lo sucedido.

Sin embargo, habría dado la mitad de su vida por permanecer en aquel lugar, pero las fuerzas la abandonaban.

Salió.

Casi sin saber á donde iba se dirigió á su dormitorio.

Allí se arrodilló á los piés de una imágen de la Virgen del Carmelo.

Talvez iba á orar por su felicidad.

Más, respetemos nosotros las palabras y sensaciones de una doncella.

Volvamos á ver á León Carvajal, que, como se sabe, quedó con la anciana Micaela.

El joven estaba perplejo sin saber cómo dar principio á la conversación. El valor era necesario en aquel caso.

Carvajal confesó, por fin, á la anciana el amor que sentía por Rosa y

como era correspondido por ella.

Con voz elocuente y persuarsiva le pintó sus temores y esperanzas. Tenía la elocuencia ardiente y apasionada del que implora ó defiende su amor ó su vida.

La caritativa señora le escuchó con atención y benevolencia. Micaela estaba aturdida con lo que su amigo le acababa de decir.

León terminó con estas palabras la esposición de su amor:

—Yo amo con todo mi corazón á la hija de V. y ella siente por mi igual sentimiento. Creo, señora, que V. no se opondrá á nuestra felicidad; deseo á Rosa por esposa. Soy solo y á nadie tengo que dar cuenta de mis acciones, solo será un obstáculo vuestra voluntad...

Micaela no respondió, contentándose con llamar á Rosa.

La incógnita se iba á despejar.

El dado había mostrado su faz benévola y el porvenir del joven sería dichoso.

Cansada su estrella de verlo siempre sufrir premiaba su constancia. Rosa era el angel predestinado por el destino para servirle, cual Beatriz al Epico Florentino, de ideal y de guía en la tortuosa senda de la existencia.

Es las luchas civiles de los pueblos cada cual pesca algo.

Algunos arrastrados por el patriotismo y la desgracia van á terminar la carrera de la vida á manos del verdugo, en las negras tablas del cadalzo.

Otros á quienes la snerte les sonrie y el triunfo corona sus esperanzas, son llevando en triunfo en los brazos del pueblo delirante, y ven levantarse monumentos á su memoria, aunque pocos tienen la suerte de ver ratificada por la Historia, esa gran vengadora que absuelve y condena sin distinción á la altura en que estuvo el delincuente ó la víctima, si es merecido el renombre que en un momento ó en un día conquistaron.

A Carvajal le tocaba algo mejor y menos fragil que la gloria que se

copquista á costa de la sangre de sus mismos hermanos.

El laurel del guerrero en las luchas civiles cuando la embriaguez del triunfo ha pasado, y se encuentra solo en apartado retiro, lejos de la hipócrita adulación del cortezano, es un hierro candente que quema su frente.

Fuerza es que terminemos estas reflecciones pues ya se sienten los pasos de Rosa que acude al llamado de su madre.

Al entrar aquella, Micaela la dijo:

—Hija mía, acabo de ser impuesta por nuestro amigo León Carvajal que te ama y me pide tu mano de esposa...

La joven como avergonzada fué á esconder su cabeza en el regazo ma-

ternal.

Era muy feliz en aquel momento.

-Yo nada haré-continuó Micaela-sin tu espresa voluntad. Este es un acto demasiado serio y mucho tino necesita el que desea ser feliz. -Voy hacerte una pregunta que deseo contestes con la franqueza que has usado siempre con tu anciana madre...

-¿Es verdad, hija mia, que le amas? - agregó con solícito acento la

bondadosa señora.

Rosa se agitó nerviosamente.

Levantó sus llorosos ojos impregnados de amorosa voluptuosidad hácia el ser que le diera la vida y abranzándole con ternura esclamó:

-; Si le amo!...

En ese momento Rosa estaba soberbiamente bella.

Las suaves trintes del pudor que coloreaban sus blancas y palida megillas, semejante á esas flores de hojas blanquicimas como la nieve, cuya corola se asemeja á una mancha de sangre. En sus labios vagaba esa sonrisa celestial y candorosa que el inmortal Murillo dejó impresa en el semblante de sus virgenes. Sus ojos que brillaban con todo el fuego de la juventud cautivaban y atraían con magnetismo irresistible. Su seno inhiesto y virgen palpitaba presuroso y violento, prometiendo los mil goces de una alma pura y sin mancha.

Rosa habría podido animar, no diremos á un hombre, sino hasta el

hielo de una estatua de mármol.

-; Arrodillados, entonces, hijos mios, que voy á bendecir vuestra unión!

Los jovenes doblaron la rodilla á los piés de la anciana.

Micaela, la virtuosa y caritativa señora, de pié, con semblante inspirado y á sus plantas dos jovenes, casi niños, era un cuadro de inimitable poesia, de íntimo amor que habría impresionado al más fanático materialista.

—¡Hijos mios!... yo los bendigo en nombre de Dios!... ¡Sed felices!... Estas palabras dictadas por el corazón, impresionaron grandemente á

la anciana

La hija de su amor, la niña mimada ya no le pertenecía enteramente. De sus ojos se desprendieron lágrimas ardientes que fueron á bañar el semblante de León y de Rosa.

Estos tenían sus manos entrelazadas y habian pronunciado el juramento de amor que debía más tarde un sacerdote ratificar al pié del

altar.

Todos aquellos seres confundieron sus almas en una sola aspiración: el porvenir feliz que les aguardaba.

Micaela tendría un seguro apoyo en sus dias de vejez.

La fatalidad le arrebató á Camilo. El amor le ofrecía á Carvajal.

La juventud pensaba en sus amores v en su dicha futura.

Olvidaban que tras las flores más bellas se esconden punzadoras espinas!

La vejez, aunque tiene más esperiencia, le entusiasma la ilusión.

La anciana se forjaba mil ensueños!

¡Felices los buenos porque ellos pueden gustar de la dicha en este misero mundo! El criminal podrá ahogar en la orgía con los vapores del alcohol, el recuerdo de sus maldades, pero tarde ó temprano

......«el remordimienio»
«Cruel y pertinaz verdugo»

roerá la conciencia del culpable.

Antes de terminar volvamos la vista hacia el ayer desgraciado huérfano y hoy feliz y dichoso enamorado, León Carvajal.

El joven estaba radiante: Rosa, ese angel de inocencia, de candor y

de bondad dentro de poco le pertenecería.

Pero ¿aquello no era un juego de su imaginación calenturienta?

El lo había oido.

a support of the contract of

Escuchó las palabras de Rosa que le decía:

-: Te amo, te adoro!...

Tambien él, en unos de sus trasportes de amor se atrevió à imprimir sobre la frente de la joven un beso, que era el primer tributo de su ardiente pasión.

Desengaños, temores, pasarían cual las nubes de colores cenicientos por un cielo de verano é impelidas por suave brisa irian á morir, allá entre la nieve de la cordillera ó entre las nubes vagorosas del océano!

El amor y la ilusión serian los dioses del porvenir.

Cuando más ensimismado en estas reflecciones se encontraba el joven oyó un gran ruido.

La puerta del salón se abrió con estrépito.

La figura de..... però esto merece capitulo aparte.

Allá vamos, con permiso del lector.

CAPITULO VIII

Una gloria nacional.

Deciamos que la puerta del estudio de Rosa se abrió con gran ruido. No tuvieron tiempo de imponerse de lo que sucedía, pues, una muger con el cabello desordenado y de pálida frente apareció en el umbral.

Era la señora Trinidad que hemos dado en otra ocasión á conocer. Pero más que dificil hubiera sido reconocerla en aquel momento.

Estaba completamente desfigurada.

Era indudable que una emoción demasiado violenta la dominaba.

La mirada de todos estaba fija en la recien llegada.

Una inmensa ansiedad los dominaba.

—;Oh!.... Micaela, esto es horrible!—esclamó la señora Trinidad, fijando su estraviada mirada en el asustado semblante de su comadre.

-; Por Dios! ¿qué sucede?...

-¿Qué tiene madrinita?-agregó con cariñoso y salamero acento la

joven.

— Digo que es una infamia!—siguió diciendo la estraviada señora, sin contestar á las preguntas que le dirigían.

— Una infamia!...pero ¿qué sucede?...;qué hay?...; Dios mio!...hable V.

- El espíritu maléfico!...

—¡Ah!—Del pecho de Micaela se escapó un suspiro de satisfacción. Creyó haber adivinado aquel misterio.

Pero se engañaba.

No era el *Espiritu Maléfico*, segun unos y, segun otros, Satanás, el que traia tan alarmada á la señora Trinidad, como enseguida lo vamos á ver

Trinidad, sin tomar en cuenta la esclamación de su comadre, con-

tinuó:

-: Es la obra de un canalla, de un.....

— Pero, cálmese V., señora, y nos cuenta lo que hay—dijo León que participaba de la estupefacta ausiedad que á todos dominaba, con aquella estraña escena.

—Parece una pesadilla terrible—esclamó Trinidad, como respondiendo á un íntimo pensamiento—que marinos, que chilenos, echen sobre sus nombres semejante responsabilidad histórica...

-¿Por qué habla V. de marinos?-dijo León Carvajal, interrumpién-

dola y estraordinariamente pálido.

—; Una nueva infamia! —mormuró sordamente Trinidad, dejándose caer con desaliento sobre un sillón.

- Por Cristo! cuente lo que sabe...

Carvajal estaba desesperado!

Respecto á los demás personajes, todos estaban alarmados.

En aquel tiempo de la lucha civil, se esperaba momento á momento

noticias de los sucesos del norte.

Cualquier noticia, que perjudicara ó favoreciera a algunos de los bandos que se disputaban la victoria, era recibida con la mayor ansiedad, aun por aquellos mismos á quienes favorecia, porque redundaban en perjuicio de Chile, la patria comun!

Aquella escena se habría prolongado demasiado á no intervenir un

nuevo personaje.

-V. nos vá ha decir lo que sucede - esclamó Micaela, dirigiéndose al nuevo personage.

Era una joven de edad casi idéntica á la de Rosa.

La recien venida saludó con una ligera inclinación de caheza.

-Hay una gran noticia-dijo la interpelada.

-¿Del norte?

-Si, de la Escuadra!

—Cuente V., cuente V.,—digieron á una voz todas aquellas personas, quienes se prepararon á oir con la mayor atención.

-En la mañana del 23 del presente, se ha consumado un drama san-

griento en la rada de Caldera...

--: Dios mio!--dijo Micaela, estremeciéndose.

León Carvajal con más serenidad se atrevió á preguntar:

-: Un combate!...

-Nó, una sorpresa aleve y traidora protegida por la bruma de la mañana!...

- Cómo! Las Torpederas, talvez... y León no pudo concluir la frase.

—Si, las Torpederas que comanda el traidor Moraga—dijo la joven recien llegada fijando una mirada ardiente y profunda en Carvajal—han sepultado en medio del océano á la nave capitana de la Escuadra Constitucional de Chile!...

Una sacudida terrible agitó á todos aquellos desgraciados patriotas.

—Qué dice V. que el «Blanco» ha sido echado á pique?—esclamó Carvajal, levántandose de su asiento cual si hubiera sentido la mordedura de un aspid.

Rosa y Micaela exalaron un pequeño grito que ahogó la esclamación

del joven.

—Sí, amigo mio; el vencedor de «Angamos», el captor del «Huascar», el viejo defensor de la bandera chilena, acaba de ser sacrificado por las pasiones políticas!.....

Nada podía en aquellos momentos haber producido una impresión más

grande y terrible que lo que se acababa de oir.

En aquellos momentos en que la mirada de Chile entero estaba fija en el mar, la pérdida de un barco era un duelo nacional.

Pero había más.

El «Blanco Encalada» era una joya história que simbolizaba los dias de gloria y de triunfo de la Marina, y era ahora una esperanza de redención.

Sobre el puente de esa nave querida, los patriotas del Congreso del 90,

clavaron la bandera de la Constitución de 1833.

Entre sus blindados muros se guardaba el arca santa de nuestro destino. Sus mastiles y sus velas dieron sombra protectora á un Waldo Silva y á un Barros Luco que á nombre del Congreso Nacional, declaraban traidor á la Patria, al Presidente de la República.

Sus cañones fueron los primeros en saludar la enseña de la Patria re-

dimida.

¡Y aquella gloria caía hoy noble, pero traidoramente en la rada de Caldera!...

¡Un chileno que vestía el uniforme que con su sacrificio inmortalizaron Prat y Aldea, en un barco que llevaba, ¡sarcasmo del destino! el nombre del héroe de «Punta Gruesa» privaba á la República de una de sus más sólidas defensas......

Por eso no debe causar sorpresa la terrible impresión que produjo á

Micaela tan fatal suceso.

Conocido nos es su profundo patriotismo por la Causa Constitucional. El 7 de Enero, cuando la Escuadra dió el grito de Rebelión y de Guerra aquella muger habia llorado de placer.

Signió despues, con el alma y el pensamiento, las diferentes peripecias

del Ejército Restaurador.

Creía en el triunfo de la Revolución como en la venida del ángel al valle de Josafat el día del juicio final.

Más, aquel terrible contraste la anonadó.

Nubes de sangre pasaban por su imaginación.

En aquellos momentos Trinidad deseaba ser hombre.

Asi le sería dable poner su pecho al frente de los cañones y balas fratricidas de sus hermanos!...

El humo de la batalla, el estruendo del combate era lo que ambicionaba aquella alma guerrera.

Mas, su sexo era una valla.

Encadenado cual Proneteo en la roca del Caúcaso veía al buitre mitolójico roer las entrañas de la patria sin que pudiera oponerle su debil contingente.

Quien sabe todavía cuántas desgracias irreparables á nuestro Chile

guarda el genio del mal en su oculto arcano!

El porvenir era un enigma que se presentaba triste y sombrio.

Las pasiones eran cada día más exigentes y exaltadas.

Estaría condenado este pequeñito y apartado rincón de la tierra a desaparecer del ház del globo terrestre por la mano de sus mismos hijos?...

Donde estaba ahora el hada misteriosa que vela por la concordia de

los hijos de Chile?

Micaela hubiera dado la vida por leer en el gran libro del destino la suerte futura que el Dios de las naciones le reservaba á nuestro querido terruño natal.

Pero apesar de todo no perdía las esperanzas de que trás la tempestad vendrían dias más venturosos y felices; que la paz y un olvido generoso retañarían las heridas de la lucha!

¡Qué diremos de Micaela, la desventurada madre cuvo hijo fué la pri-

mera víctima que se ofreció en sacrificio!

; Cuales fueron las ideas que su mente acarició en esos momentos de

Talvez tuvo deseo de abandonar la tierra é ir ha hacer compañía á su

hijo Camilo.

El, más feliz que la madre, aspiraba otra atmósfera más pura y diafana.

El furioso vendabal que tantas existencias tronchaba y tantas esperanzas destruía, podía, de un momento á otro, arrastrarla al precipicio, á la ruina, al abismo!

Talvez la tierra que regó con su sangre Camilo Salinas sería por síem-

pre hoyada por sayones crueles é ignorantes...

Talvez sus cobardes asesinos se pasearían impunes por calles y plazas ...

Talvez en báquicas orgías se recordaría su martirio y su muerte sien-

do motivo su memoria de ridículas chanzonetas...

Por lo que hace a Rosa, su dolor no era ménos grande ni menos terrible. La joven esperaba su felicidad con la vuelta del Régimen Legal.

Sus sueños de amor solo serían realidades cuando desapareciera la ominosa tiranía que oprimía a la República y asesinaba á la libertad!

Solo cuándo bajo la sombra benéfica de la paz y de la concordia; cuando el rifle v el cañon enmudecieran guardados en nuestros arsenales: cuando en los campamentos y en los fuertes no se oyera el «alerta» de campaña de los centinelas; solo cuando la Escuadra Nacional no izara en sus palos, al viento del océano, la insignia lagre y nego a de la destrucción y de la muerte, Rosa sería la esposa de León Carvajal!.......

Pero, según el sesgo que tomaban los acontecimientos, esto parecía todavía estar mny distante: y ann más: la suerte favorecía evidentemente en esos momentos á la mala causa, y justo con el «Blanco», podían ir desapareciendo los otros buques de la Escuadra, que eran el sostén y la esperanza del partido revolucionario, siendo imposible, por lo tanto, el restablecimiento de la vieja y querida Constitución del 33.

Adios entonces, sneño de color de rosal..... Adios ilusiones y esperanzas quiméricas!.....

Adios lazos sagrados del himeneo!.....

Vosotros sois solamente imágines de un espejimo ilusorio...

Vosotros sois solamente, nubes, y humo que la brisa arrastra en su

Y León Carvajal? Hostabas la o roma un'

El honrado provinciano había identificado su suerte con el destino de la patria.

Su espíritu se había trasformado desde aquel día en que conoció á Rosa. No era ahora el despreocupado patriota que hemos dado á conocer en el comienso de esta historia.

Ahora, anteponía al interes de la patria el propio!...

Ahora, gozaba con los triunfos del derecho y de la justicia!...

Ahora, Iloraba en sus desgracias y en sus reveces!.....

Solo les quedaba á aquellos desgraciados chilenos una esperanza,

aunque mny debil.

- Oh! Si la noticia fuese falsa? esclamó León, con acento desesperado, como el náufrago que confia su salvación al débil madero que flota en la superficie del Océano, merced al capricho de los ondas la caprich

La jóven que trajo tan fatal noticia se sonrió con amargura.

Le inspiraba compasión. De antida oldaibivana nata out acciviled-iro 1

-Tome, lea V!.... I says patronal sections als salusting so goods a sal same Lucía, que tal era el nombre de la recien llegada, alargó á Carvajal

Era un suplemento á la «Nación».

El joven lo leyó con viva y creciente ansiedad. Lucin era, pues, una bijo adordiva

La verdad era evidente.

Ante la palabra oficial no cabía duda posible.

Lo del «Blanco» era, pues, una terrible realidad!....

El semblante de León Carvajal se contrajo de un modo violento.

Parecía que toda su sangre afluía al restro. de cidad odon aongo de

Estrujó con mano nerviosa aquel fatal papel y 1) arrojó léjos de sí....

-; Lo veremos!-dijo con terrible energia como si contestara á un enemigo invisible, y dirigiéndose á las asombradas señoras, agregó conacento más dulcificado:
—Señoras, mis respetos...; hasta luego!... é inclinôse ligeramente.

Antes de salir tropezó con Lucía que le dijo de un modo rápido, sen voz muy baja que él solo pudo oir.

-¿Adonde vás?... ;te prohibo hacer una locura!...

León miró con sorpresa á la que tan de improviso le hablaba.

Vió á Lucia.

Una nube negra y sombría cubrió la frente del joven; pero nada contestó, saliendo apresuradamente de aquella casa donde dejaba sus espe-

ranzas y al objeto de su amor!

Dejémosle partir tranquilo que, en los dias venditos de la dictadura, no era gran cosa lo que podía andar libremente un ciudadano aquí, en la Capital, sin que una turba de alguaciles le cortara el paso en medio de la vía pública!

CAPITULO IX.

Tu amor ó el cadalzo!.....

Vamos á llenar un vacío que se habrá notado en nuestra narración. Desde el capítulo de la visita primera que hizo Carvajal á la familia Salinas, á la declaración de amor á Rosa, habían mediado algunos meses Lo que en ellos sucedió, lo vamos á decir en pocas palabras.

Carvajal repitió sus visitas con mucha frecuencia, y en una de éstas, encontró en la casa de la anciana Micaela á la señora Trinidad, que fué la que, como se recordará, proporcionó al joven tantos detalles sobre la vida

de su comadre.

Pero Trinidad no estaba sola esta vez.

Una joven la acompañaba.

Era Lucía Lopez y Salvá, sobrina de su esposo.

Doña Trinidad era viuda.

Su esposo fué un oficial, como tantos otros, que regó con su sangre los campos de Pisagua, Arica, Chorrrillo y Miraflores, en la magna guerra Perú-boliviana, que á tan envidiable altura colocaron el nombre de Chile ante las naciones civilizadas de ambos hemisferios. Había ido á morir, por último, cargado de gloria y de coronas á la ciudad de los Reyes, á la orilla del bullicioso Rimac, cuándo las armas victoriosas de Chile, después de cinco años de incesante lucha, consumaban su grande obra!

El matrimonio del valiente oficial no había tenido sucesión.

Lucía era, pués, una bija adoptiva, cuyos padres habían muerto algunos años ántes.

Aquella niña creció en el hogar de Trinidad y amaba á la señora como á su propia madre.

Ninguna nube había empañado hasta entonces el cielo azul de aquel

hogar.

El carácter de Lucía era dulce y afable.

Se distinguía solamente del comun de las mugeres en que poseía una energía indomable, que tomada una determinación jamás volvía la vista hácia atrás.

En el hogar doméstico, sin embargo, no había tenido choque alguno con

su madre adoptiva.

Por un fenómeno que nos sería muy difícil esplicar, Lucía llegó á amar con locura á León Carvajal, apesar de saber que tenía una rival afortunada.

Del joven, en repetidas ocasiones, había recibido francos desdenes, que

solo sirvieron para acrecentar más aquel incensato y loco amor.

El amor á León era en Lucía una idea tiránica que la dominaba por completo.

A ese fin dirijía todos sus esfuerzos.

Pero sin resultado alguno.

León estaba cada día más enamorado de la hija de Micaela, y por lo

tanto, no prestaba atención á las demás personas que le rodeaban.

No se crea por esto que Lucía fuera un ser prosaico, ordinario, sin valor físico alguno.

Léjos de esto.

Era, si se quiere, más hermosa que la hija de Micaela.

Su hermosura tenía algo de varonil que hacía resaltar su figura apuesta, gallarda y desenvuelta.

Su rostro era bellísimo; pero con esa hermosura del ángel caido. Sus grandes ojos negros despedían rayos de dominadora energía.

Solo para León su mirar era dócil y sumiso. Era la esclava dominada por la altivez del amo.

Talvez si León no hubiera amado á Rosa habría aceptado el amor inmenso y exigente que bullía en el alma de Lucía.

Se habían conocido en hora desgraciada para ámbos.

Más adelante tendremos oportunidad de manifestar hasta que estremo es capaz de conducir á una muger el desengaño y los celos.

A esto se había agregado un hecho casual y de mucha importancia.

Lo vamos á narrar brevemente.

* *

Un día en que León acompañaba á Micaela y á Lucía en un asunto de suma importancia, estuvieron espuestos á ser víctimas de una desgracia.

Se dirigian tranquilamente por la calle de San Diego, hácia el Matadero; al llegar al «Camino de Cintura,» se vieron de repente amenazados por un gran peligro.

Tenían á su vista una vaca brava que, furiosa, se venia sobre ellos.

El peligro era inminente.

Carvajal lo abarcó de una mirada. Solo había una salvación posible.

Al frente de ellos se levantaba un edificio á medio concluir, y sus murallas tendrían solamente una elevación máxime de ciento cincuenta centímetros.

Micaela, al ver al terrible animal se desmayó.

Carvajal la tomó en sus brazos y con hercúla fuerza la dejó caer al otro lado de la muralla.

Pero no había tiempo de salvar á Lucia, pues el animal estaba á pocmétros de ellos. _evilgobs sthum

La salvación era imposible. Tib rum class son sup connoced un rol

La vaca dió un bramido terrible y envistió à la jeven.

Una nube cubrió la vista de León Carvajal.

Por un sentimiento espontáneo, el joven había tratado de defender a Lucia, escudándola con su cuerpo. pa sam namecema arag noreivia oles

Pero ésta adivinó su intensión y se opuso á que el joven la ejecutara.

— Muramos juntos!—le dijo con indicible emoción, abrazándolo.

Carvajal vió venir sobre sí al furioso animal, y trató de esquivar el cuerpo; pero lo consiguió apénas, es decir á medias. Obrallasa una orast

Lucia era arrastrada por uno de los cuernos, lejos del joven. Estaba herida...) onp senosted semes all a notones adatate on total

Y la vaca volvía sobre ella u angul alond any osa not asso sa od

El instante era decisivo: León Carvajal saca un revolver y apunta al animal que cae al suelo herido de muerte.....

Esta escena había sido rápida, podemos decir intantánea. 98 18 1818

Muchos curiosos, que nunca faltan en estos lances, se acercaron á ver lo sucedido, y entre ellos, dos guardias civiles. Blenzueseb z abrallan al

León levantó à Lucia en sus brazos. Os oraq comisillad era ora-os ne

-¿Está herida la señora?-preguntó con curiosa interrogación uno de los guardianes del órden. Dalmus y libble era garim na nost araq olos -¡Sí, está herida?-repitió el otrola al roy abaniscob avalusa al and

-¿Habrá que llamar al oficial?—volvió ú esclamar el primero.

-Habra que llamarlo-dijo el otro guardian que parecía un eco del anterior, es decir, de su companero sagab and de obiconos asidad es

-No se incomoden Vds., señores; esta joven es mi hermana y voy a conducirla à mi casa. N. Offignes el desengato. N. Casa de conducirla à mi casa. N. Offignes el desengato.

-¿Y la vaca?-di o el guardian con sourisa estúpida. del se oses A

-Eso es, zy la vaca?

-Esa quedará aquí hasta que su dueño la reclame. Todos han visto que no he hecho otra cosa que defender mi vida y la de esta señoracontestó Carvajal. ional is y classille is adanaquiosa nond enp ne aib ul

Los dos guardianes parecieron haberse conformado. siona roqui suns

Pero un contratiempo inesperado vino á darle otro carácter.

-: Calle... si es un paquete!-dijo un muchacho de los curiosos que ronor um gram peligror. deaban á los jóvenes, con voz chillona.

Y son suplementos de la «Escuadral» suu alaiv us a nainel

Un sudor helado corrió por las venas de Carvajal mai ero orgito del

Había adivinado en aquel momento un terrible secretols ol lajavia)

-¿Qué dice?-esclamaron las mugeres á coro rodeando al muchacho.

elistom el ob obal o

Pues digo que son diarios de la oposición..... se sollo el estrent la

at - De la oposición! - repitieron admiradas, etuemalos marabaet salla

-; Y son muchos!-agregó el rapazuelo con sonrisa maliciosa.

-¡Qué leu! ¡qué lea! sí, que lea!-gritaron algunas. Tev la sleasil

Mejor es llevar al chiquillo á la cárcel!..... 19 00101 al lajavia

El que acababa de interrumpir era un hombre de cuerpo de jigante y de rostro colorado por el exceso de las bebidas alcohólicas. Is solo al se sp

De todas partes se le dirigieron miradas amenazadoras.

-¡Qué caye! ¡qué caye!-repitieron à coro cien voces, que formaban

un murmullo aterrador.

Algunos niños, envalentonados con lo que oian, se atrevieron a tirar algunas pedradas, que hirieron en al frente al hombre, con gran aplauso de los señores guardianes.

Pasado un momento, todas las mugeres volvieron á rodear al rapazuelo

que, poco antes, encontró los suplementos. 1908 ast nos suos mi essort

- Qué lea!... ¡qué lea!... sí, qué lea!-volvieron à repetir como en vez primera.

la vez primera.

El muchacho levantó en alto un papel y leyó con voz hueca:

«El fin del bellaco Balmaceda se acerca, los soldados voluntarios, vencedores en Pozo-Almonte van á despedazar á la gnardia pretoriana de la Moneda.» «Esos soldados dirigidos por Canto irán al combate y á la victoria, y en Chile se acabará, para jamás volver, la raza maldita de los tiranos. y statistical and second

Aquel pasage fué vivamente aplaudido, y talvez el audaz muchacho se preparaba á leer más, cuando apareció un capitán de egército.

No causaría más espanto, á buen seguro, á Baltazar en el banquete de Babilonia la misteriosa mano que dejó escrito en el muro las tres palabras bíblicas que profetizaban la ruina del imperio babilonio.

Con aquella brusca aparición la escena cambiaba por completo.

Todos principiaron a retirarse por temor de verse comprometidos en un proceso militar que en mando de los «gobiernistas» como ellos así propio se denominaban, llegaron á ser fan terriblemente célebres.

objeto de sa amo En aquel momento estaba à merted de la voluntad de Lucia.

Dejemos por un momento á los guardianes entretenidos en dar fieles explicaciones de lo sucedido y volvamos la vista hácia otro lado. Como se recordará, Carvajal tomó en sus brazos á Lucía.

La joven había sido herida ligeramente en el pecho.

Carvajal notó con temor que los suplementos opositores que llevaba en el ceno la jóven eran los que el chico había encontrado y que en ese momento leía, entre los aplausos de la multitud.

Lucia llevaba dos paquetes, uno al «Constitucional» y el otro á la «Revolución», periódico, éste último, según se decia, era tirado á lance...

-Dame esos papeles-dijo con voz rápida León Carvajal, temiendo un registro.

-¿Para que los necesitas?—contestó con amargura la joven.

-Es necesario salvar á toda la familia...

— Eso es!—dijo Lucía con ironía—y tambien à Rosa!... ¿verdad?...

— Lucía ¡por Dios! los instantes son preciosos!

— Nó, jamás lo permitiré!...

No, jamas lo permitiré!... aborteq one supol soinates ob let nois Te lo pido por favor!

- Es inútil cuanto intentes: - en los ojos de Lucia brilló un relámpago de satánica alegría.

-Es posible que así nos sacrifiques á tu capricho!-esclamó León

desesperado ante la tenaz energía de la doncella.

-No, es a mi amor!...

No sabes, infeliz, que mi corazón no es libre!... que amo á Rosa.
 Y te atreves ha confesarlo en mi presencia! — exclamó Lucía con

acento desgarrador.

—Pues bien—agregó con diabólica energía—ya que tú sin piedad destrozas mi corazón, vas hacer sacrificado á mi amor!.....

-No deshonre esa palabra tu labio impio porque cometes una blasfe-

mia,-la repitió Carvajal.

En ese instante llegaba el capitán que hemos visto.

La situacion se comprometía.

Para que se comprenda el temor del jóven Carvajal, diremos que llevaba correspondencia de la Escuadra; traía muchas cartas á los promotores de la Revolución; las instrucciones para las partidas de montoneras que debían inutilizar puentes y líneas telegráficas que impidieran la concentración, en un momento dado, de las fuerzas balmacedistas; y muchos otros documentos importantes del «Comité Revolucionario de Santiago.»

Esos suplementos que había encontrado el muchacho eran al «Constitucional,» diario que tanto dió que hacer á la policía, siendo la eterna pe-

sadilla de los dictatoriales.

En aquel tiempo los papeles que traía Carvajal eran una sentencia de mnerte, no solo para él, sino también para la familia Salinas, á quien no trepidaría sacrificar la implacable Lucía.

Si solo se hubiera tratado de la vida de León, éste no habría temblado en sacrificarla; pero era algo más santo y sagrado para él, cual lo era el

objeto de su amor!.....

En aquel momento estaba á merced de la voluntad de Lucia.

Era necesario a loptar un partido que lo librara del terrible poder de los verdugos de la dictadura.

-¿Dí: qué deseas?-dijo León con voz angustiada por el peligro que

corrian.

-Que renuncies al amor de Rosa!-exclamó Lucía.

-Nó, ¡uunca! esto es imposible!...

—Ah! Prefieres su muerte!... y la jóven se sonrió con una serenidad espantosa.

-Si, monstruo, si, la prefiero!... antes morir que renegar de la fé ju-

rada...

Una mirada altanera y despreciativa manifestó á la joven que cuanto intentara en aquel sentido sería completamente inútil.

-; Ingrato! yo que tanto te amo...

- Calla, Lucía, no provoques al cielo!...

—Pues bien... ámanos entonces á las dos si tu corazón es tan grande para el amor de dos mugeres!—dijo la enamorada doncella con una expresión tal de satánica locura que parecía alimentar algo del fuego del in-

fierno, pues en aquel pecho bullían todas las pasiones, todos los sentimientos que pueden agitar y conmover el alma de una muger en las situaciones más difíciles de la existencia.

-: Bien!...

—Ya que el infierno te lanza en mi camino, dejaré que me arrastre tu fatal estrella...

- León!...

-Calla, que los momentos son supremos!...

-: Pero tú estás loco!...

Tal lo creyó Lucía al ver el cadavérico semblante de Carvajal, pero éste, sin atender á su exclamación, dijo:

-Desde hoy, la mitad de mi corazón te pertenece...

-Gracias, amigo mio!... Esconde en mi seno estos papeles...

Y Lucia le alargó una centena de cartas que hasta ese momento había tenido en su mano como una amenaza, como una sentencia de muerte.

León, casi fuera de sí, hizo lo que le decía.

Al inclinarse sobre el pecho de la joven, se juntaron sus labios, y una corriente de fuego corrió por todo el cuerpo del infeliz provinciano.

* *

Así terminó aquella excena tan breve y rápida como las circunstancias exigían; pero de tan grandes consecuencias para el futuro.

Y era tiempo.

En aquel momento llegaban los dueños del animal y, al encontrarlo muerto, fácil será imaginarse su rabia.

Los dos abasteros juraban y perjuraban como unos condenados.

León y Lucía daban la espalda á aquel grupo, y por lo tanto, no habían visto el semblante del oficial que, momentos antes, llegara atraído por el grupo de curiosos, del cual ahora no se veía un egemplar, pues todos, como digimos, se dispersaron, temerosos de ir á pasar la noche en la peusión municipal de la calle de San Pablo, ó sea en la Policía, «reten del infierno» como algunos la llaman y quien sabe si con manifiesta injusticia!...

* *

- Señores-dijo el oficial tocándole el hombro ligeramente-acabo de saber que Vds. han sido víctimas de una desgracia...

-Yo he visto al animal venirse furioso sobre el señor-y el guardian

señalaba á Carvajal.

—Yo también lo he visto!—agregó el otro guardian como un eco. Al ver al oficial, el rostro de Carvajal se serenó rápidamente y contestó con la mas perfecta tranquilidad:

-Mil gracias, y es verdad cuanto han dicho á V...

—; Pero, ¡calle! ¿está la señora herida?—exclamó el oficial mirando á Lucía con verdadero interés.

-No, es solo un ligero rasguño, sin mayor importancia-dijo ésta sonriendo con amabilidad. En aquel momento se acercaban al grupo formado por nuestros perso-ges, los dueños de la vaca.

nages, los dueños de la vaca.

- Voto apanzas! - lijo uno -el animal está muerto, y bien muerto... já mi cargo!... y toda esa carne se perderá sin que yo aproveche medio cobre!...

-: Lastima grande -- agregó el otro -- que un animal bonito, gordo, rollzo, haya encontrado una muerte tan trágica, sangrienta, terrible, conmovedora, en medio del camino!...

El oficial se sourió, y luego dijo con acento intencionado:

-Pero Vds. no podrán negar que este caballero y su esposa estuvieron en inminente peligro de ser despedazados por el animal...

-Si no hubiera sido por nosotros habría muerto! -agregó el guardia

dándose importancia.

-Claro que habría muerto! -repitió el otro ponieudo los brazos en jarra. -1Es decir-esclamó el abastero con desesperación-que voy á perder mi animalito!.....

-¡Ha costado ochenta pesos!... y es de las crias del ilustre, virtuoso, caritativo y generoso don Enrique!-dijo el otro abastero que parecia gustar tanto de los adjetivos.

Aquella charla principió á importunar al oficial, por lo que esclamó con

mal humorado acento:

-Señores, tendrán la bondad de retirarse y de llevar su «animalito» en una carreta, porque de otro modo me veré obligado á hacer que sea dera trempo. conducido al Cuartel de San Pablo... Uno de los abasteros contesto prontamente:

No se incomode V!... nos vamos... Hasta otra vista!...

-Adios!... Qué la salud de la señorita tenga una fácil, prouta, rapida mejoríal—agregó el otro saludando seremoniosamente,—âmbos se retiraron más que ligero.

En aquel momento, vino à unirse al grupo de jovenes la anciana Micaela, que había vuelto de su desmayo, gracias á los cuidados de algunas caritativas personas.

La madre de Rosa, al encontrarse frente al oficial, quiso hablar; pero éste se lo impidió, diciéndole con precipitación, cual si adivinara que iba á decir algo impropio:

-Estamos impuesto de todo, señora, y nada tema... Tome V. un co-

che... y á su casa con la señorita, inmediatamente: ¡lo exijo!...

Ante el ademán imperioso del jóven oficial no había réplica. -Youre visto al annual ventue

Micaela y Lucía se retiraron sin decir palabra, aunque algo amostazada de la brusquedad del oficial.

León, al despedirse de éste, le dijo rapidamente en voz baja y con

acento cariñoso:

-Gracias, amigo mio, V. me ha salvado!... -Valla V. con Dios-le contestó en voz alta y se retiró de los jóvenes, vendo hácia el grupo formado por los dos guardias que, meros espectadifficiants mod object dores, estaban á respetable distancia esperando el resultado, como unos grandes señores.

-Todo está arreglado con felicidad-les dijo el oficial, luego que hubo

llegado á su presencia.

-Si, mi capitan!... ya lo veo -esclamó el guardían.

-Si mi capitan, repitió el eco.

—Harán muy bien Vds. de no dar parte en el cuartel, sobre los papeles del muchacho porque les podría costar muy caro la travesura!—y el joven oficial rió irónica y maliciosamente.

-Si, mi capitan nos darian una tanda de azotes y palos de Dios en Cristo...!-respondió compungi lo el guardia, haciendo ademán de llevar

la mano á sus ojos.

-Eso es, no darian una tanda de azotes!-repitió el otro guardian., trata do de imitar el cómico ad man de su compañero.

-Lo que a mi no me agradara ni nucho ni poco!-agregó el primero.

-Ni á mi tampoco ... crea o mi capitan!...

El oficial se sourió.

Todos se retiraron enseguida.

Y ciaco minutos despues solo se ofan los comentarios que los curiosos hacían sobre aquel dramático lance.

* *

Para que se comprenda la fría imparcialida I del militar sobre un asunto tan serio como lo era en aquel tiempo el relacionado con la prensa revolucionaria, nos bastaría decir que dicho oficial era cuñado de Micaela, y su nombre era Pedro Salinas.

El joven Pedro Salinas—(de quien en adelante tendremos oportunidad de ocuparnos más estensamente)—comprendió inmediatamente lo que sucedía á sus amigos; no dudó un momento que aquellos papeles que le presentaba el guardian eran de Lucía ó de León, y como la casualidad lo trajera á él para librarlos de una cruel y dura prision, los salvó sin vacilar desatendiendo las quejas que recibía sobre el estraño suceso.

De ese modo se esplica que no hiciera ni alusión sobre aquel incidente. Si León Carvajal hubiera adivinado que era Salinas el llamado á dar remate final á la aventura, no se habría comprometido tan imprudente-

mente.

Desde aquel día el amor de Lucia fué más tiránico y exigente....

Amaba à Carvajal más que á su propia vida y por eso le había hecho esa recomendación de que no hiciera algo compromitente que pudiera llevarlo á manos de la autoridad...

'Ya que creemos haber esplicado suficientemente los sucesos pasados, siendo fácil comprender los que siguen, vamos á reanudar nuestro relato

interrumpido por la brusca salida de Carvajal.

Penetremos al salón en que tuvo lugar la escena que narramos en el capítulo anterior.

constant and a capital Capitalo X dalagra & cadide

Lo que són dos mugeres que aman á un mismo hombre

Cuando Carvajal abandonó la casa de Micaela, era más ó menos las 7 de la noche.

Lucía y Dolores estaban solas en la habitación.

Difícil sería encontrar en el mundo real dos mugeres hermosas, jóvenes, exitantes, unidas por la fatalidad á un idéntico destino con muy diferentes aspiraciones. La una podía ser el tipo de la muger virtuosa, santa y generosa, colocada por Dios como un ángel de consuelo, de esperanza, de ventura en medio de la áspera senda de la vida; el amor de Rosa era una luz que alumbraba sin quemar, mostrando la belleza de un mas allá, durable y eterno, hasta donde no llega ni el engaño ni la falsía; puesta la confianza en Dios era una virgen, una martir que dejaría entre los zarzales y abrojos los jirones de un despedazado corazón, más nunca la fé y la esperanza; podría ir al sacrificio sin murmurar, y en la prosperidad no le envanecería ni el halago ni el dinero; era correspondida por el hombre que amaba, y cual la candorosa alondra, no pensaba que el nido de sus ilusiones colocado en la copa de un árbol vigoroso y joven podía arrancarlo violentamente los huracanes del helado invierno; su amor era un elemento de vida que todo lo tornaba color de rosa, que todo lo poetizaba prestándole mágicos atractivos ...

Lucía, más bella si se quiere que su compañera, pues reunía á la hermosura de un angel las pasiones turbulentas de una vacante, al génio dulce y apacible de una doncella, las tempestades de una naturaleza de oriente; llevada por el amor habría subido sonriendo la escala del patibalo siendo capaz del heroismo y del martirio; aguijoneada por los celos y el desengaño, habría prendido fuego á Roma, al tener la certidumbre que entre sus ruinas había de encontrar carbonizado al objeto de su odio; el amor que sentía dentro de su pecho, pasion inmensa y exijente, eminentemente egoista, que necesitaba, no una parte más ó menos grande, sino todo: inteligencia, aspiraciones, enerpo, alma: el todo sin valla ni límites: no podía verse satisfecha por cuanto tenía una rival afortunada; ese amor era un tósigo mortal que envenenaba la existencia y que á cada momento le representaba á una muger aborrecida, pero con la cual estaba condenada á compartir un cariño, una vida, un hombre: único ser que había doblegado su infleccible voluntad: único ser que domeño la satánica pasión de

su alma ...

A Lucia, ni siquiera le quedaba el consuelo de Dios, pues marchaba por mala senda á ciencia cierta y conociendo el peligro; la amante desdeñada conocía que Rosa era inocente por cuanto jamás trató de atraerse el amor de Carvajal, ni con halagos ni con mentidas promesas: todo era obra de la casualidad. Tiene culpa, acaso, el pobre pajarillo que vuela confiado por los prados y valles, entonando himnos al Creador, si cae herido de improviso por la bala del cazador? Evidentemente que nó; sin embargo, desatendiendo la lójica, oyendo solo las inspiraciones del corazón, Lucía con-

denaba sin piedad á su amiga!... egoismo, misterio insondable del alma-THE SHE SHE de una muger! ..

Tal son los personajes que se encuentran frente á frente el uno del otro.

Lucia se acercó á Rosa y le dijo en voz baja:

- Sabe V. adonde iria León?

-Es difícil adivinarlo-contestó con melancólica sencillez la inteperlada fijando sus grandes ojos negros en Lucia.

-Si irá á esponerse!-esclamó ésta como si pensara en un peligro

evidente.

- Qué día tan desgraciado apesar de que mi porvenir está asegurado!.

Del pecho de Rosa se escapó un suspiro de dolor. Aquella esclamación picó la curiosidad de Lucia.

Tras aquellas palabras había un misterio que presentía, pero que no se trevia a suponer como efectivo.

-; V. en adelante va á ser más feliz? ;y por qué?.....

-Una de las aspiraciones de mi corazón está satisfecha.....

- Podremos saber! - dijo Lucía con voz trémula - quiero participar de tu felicidad!...

-¿Me promete V. gnardar el secreto? Rosa allegó su silla á la de su amiga.

La jóven necesitaba desahogar su corazón y estaba lejos de ver en Lucia una rival.

Alma candorosa y virginal, no conocía las pasiones del mundo. The service teleporters served

-¡Se lo juro á V!.....

-Yo amo a un hombre.....

-Sí, ; lo sabia!

-Cómo!... ; lo sabía V?

-Si, hija mia.....

-Pero yo no he dicho a V. nada!-replicó Rosa candorosamente.

-No habia necesidad que V. me lo dijera... hay cosas que se adivinan á la primera mirada...

-La mirada vende á la doncella-agregó Lucía con acento de despecho.

-No lo sabia!—dijo Rosa pensafiva. -Pero, siga V. que esto no hace al caso.

-Pues bien... ese hombre corresponde con idolatría el amor que siento

-¡Feliz V.!

-Me ha dado una prueba elocuente de lealtad.

-¿Qué prueba es esa? -El de pedir mi mano!

-; Qué dice V.....

-A mi madre se lo contó todo y le dijo que deseaba ser mi esposo. -Pero... ese hombre... ¿quién es?-preguntó temblando Lucía,

-V. le conoce!

-Yo.....

-Es su amigo.....

-Mi verdugo más bien!-pensó interiormente Lucía.

—¿Qué dice V.?—esclamó la hija de Micaela mirando á su amiga pues le había visto mover los labios.

—; Nada!... Deseo saber quien es ese hombre que la pide por esposa— Lucía recalcó en la última palabra toda la ironía de su corazón desengañado.

-El hombre que ha pedido mi mano... el hombre que dentro de poco

será mi esposo es.....

-Concluya V.....

—Es León Carvajal!—murmuró la hermana de Camilo en voz sumamente baja, cual si aquellas palabras fueran un suspiro del alma; y en verdad que eran el aliento, la vida de una doncella.

Todo aquello lo sabía Lucía desde mucho tiempo antes; talvez lo adi-

vinó primero que la misma Rosa.

Además, León se lo había dicho todo en cierta ocasión, que Lucia no

podía olvidar.

Sin embargo, había querido apurar el caliz de la amargura hasta las heces.

¡Estraño capricho del corazón de la muger!

Ante aquella injénua y franca declaración, Lucía no pudo contenerse y de su pecho se escapó esta enérgica y violenta esclamación:

- Es un traidor!

—¿Quién es traidor?—preguntó admirada Rosa, por la salida de su amiga.

Lucía comprendió, aunque tarde, que había dicho una necedad.

Era necesario un golpe de audacia para borrar aquella mala impresión, y la jóven lo empleó con oportunidad.

-Pues lo eres tú!-dijo.

— Cómo..... — Lo he dicho!

Esplíquese V.!
 Voy á hacerlo.

Lucía se había preparado para una salida cualquiera: adoptó una entonación semi-seria y sentimental.

-¿Cree V. que no me dá derecho mi título de amiga para calificar á

V. de ese modo?

- —Lo dijo entonces por mi?—eclamó Rosa mirando á su amiga con cierta duda, no escenta de desconfianza.
 - -Es claro! -Yo crei....

- Que se dirigía... ¿á quién?

-A León!-murmuró con algun embarazo la hija de Micaela.

—Ah!... se engañó V.... yo no he podido menos que sentirme herida al saber que no lè merecía confianza alguna!... Lo que ahora me resta es pedir á V. mil perdones, y creámelo... lo digo con verdad... que les deseo

mucha felicidad!...; Si!... Que sean muy felices!—agregó la joven Lucía con estraña y terrible ironía.

4 4

En aquel momento la puerta se abrió, apareciendo en su dintel la figura apuesta de un hombre vestido de negro.

Lucía miró al recien venido y al reconocerle esclamó con forzada sonriza:

-Salinas!... ¿V. por acá? ¿desde cuando?

—En este momento acabo de llegar de la estación. El viaje fué solamente hasta Valparaiso—contestó afablemente el joven; y luego al mirarla esclamó con galanteria:

-Y V., Lucía, cada día más hermosa!

-¡Vaya!-y con un mohin encantador se plegaron los labios de la

joven-jentonces el espejo me ha engañado?

—¿Qué le ha dicho à V. ese caballero?—preguntó riendo el oficial, (porque era el mismo que vimos en el capítulo anterior intervenir en el lance de la vaca).

—Que soy muy horrible!.....

-La engañó á V. villanamente y de una manera cobarde.....

-Lo cree asi?

—¡Oh! con todo el alma, y le juro, señorita, que al encontrar á ese tunante, hoy mismo acababa con su vida!—la entonación de la voz del jóven Salinas era teatral.

-No olvidaré su promesa... ¿y si algun día reclamo su cumplimiento?

—Seré su caballero!—Salinas llevó con quijotesca dignidad su mano derecha á la empuñadura de la espada que colgaba de su cintura.

-Parece que siento hablar á su mamá en la otra pieza-esclamó Sali-

nas, al sentir la voz de la señora Trinidad.

-Si, hemos venido juntas hace algunas horas.

—Con el permiso de V., voy á saludarla—y el jóven se dirigió á la puerta.

Rosa hacía un momento que había salido tambien.

* *

Lucía quedó sola en la pieza.

Su corazón era un volcan donde las mas encontradas pasiones bullían desordenadas; hasta aquel momento había creido que no sería engañada por Carvajal. No fué sincera la promesa que el jóven le hizo meses ántes, acosado por la necesidad, y solo en aquel momento comprendió su ninguna lealtad.

Verdad temible, por cierto, para la doncella que había llegado á iden-

tificar la vida de su corazón al amor de Carvajal.

Rosa, con el candor de la inocencia de sus cortos años, y su ningun conocimiento del mundo, había confiado un secreto que debió tenerlo siempre oculto, al menos para Lucía.

Más, como ignoraba el amor que su jóven amiga profesaba á Carvajal,

no encontro inconveniente en decirle que era feliz, pues su amor era corres-

pondido.

Fué una imprudencia de esas muy comunes entre las jovenes de su edad. Aquella revelación era una sentencia de muerte para Carvajal, ó al menos una fuente de disgusto sin cuento para ambas familias, pues Lucía no permitiría jamás que el joven se uniera á otra muger que no fuera ella; solo Dios sabe los tormentos de su alma al conocer el amor de Rosa y León.

Lucia fué capaz de decir en un momento de arrrebato.

cAmanos á las dos... ámame á mí y á ella... si tu corazón es tan grande para amar á dos mugeres!.....

Y Carvajal optaba hoy por una!

La jóven se veía despreciada por el primero y único hombre que amó en su vida... y talvez sería mas tarde aborrecida!

Esto era horrible.

—¡Dios mio!—pensaba Lucía, cubriendo su rostro con ambas manos él no me ama... me desprecia...¡Qué fatal estrella alumbró mi cuna cuando me condena en la infancia de la vida ha llevar dentro de mi seno el agudo puñal del desengaño!... Si yo hubiera sido más hermosa, talvez me hubiera amado!... pero ¿por qué otros se arrodillan á mis plantas ambicionando una sonrisa de mis labios?... será que tienen un gusto menos esquisito?... no lo creo! Hay solamente un destino fatal... Sin amor, sin ilusiones, sin esperanzas, que me resta hacer si nó morir!... ¡si! la muerte

puede ser mi consuelo!.....

—Sin embargo, voy á permitir—siguió diciendo Lucía—que ambes se unan para siempre... que hasta la eternidad llegue el eco de un beso de amor, de una caricia... nó... eso jamás... que los dos beban la hiel de la amargura que envenena mi seno; que sufran las penas del infierno!... La venganza! eso es... me vengaré, pero de un modo terrible y sangriento que escarmiente á futuros burladores!... Será un nuevo espectáculo para el pueblo ávido de emociones y de dramas trágicos, y mañana los diarios llenarán sus columnas con una narración que muchos creeran novela, pero que es en realidad el romance de una alma inteliz, desgraciada y huérfana!.....

La calma de la jóven era espantosa y terrible.

Ni una lagrima asomaba á sus grandes ojos, negros como el azabache.

Por eso su dolor era más intenso.

Pasado un momento en que Lucía pareció reconcentrar toda su alma en un pensamiento, esclamó con fiereza:

-Este es el modo... el infierno me ilumina: es preciso que muera y...

:morirá!

¿Qué quería decir la jóven con aquellas misteriosas palabras?

¿Qué pensaba hacer? Una cosa horrible!

León Carvajal iba á ser una victima sacrificada por el amor insensato de una muger á su capricho, y los verdugos del tirano serian los encargados de realizar aquella mezquina venganza!

Missen aquellos semblix OUTIPAD se notaba ni el tentor ni el

Los mártires de la Revolución.

Como creemos que el lector tendrá deseos de saber á adonde se dirigió Carvajal, lo vamos á decir enseguida.

Se recordará que León, antes de salir, recibió una indicación de Lucía:

pero el joven no hizo caso de ella, y talvez no la comprendió.

Su ánimo estaba profundamente afectado con el suceso que le había comunicado Trinidad, sobre la catástrofe del «Blanco».

Ante ese pecho alevoso, su patriotismo se sublevó.

En su mente había nacido una idea grande y sublime, como su álma inmortal.

En los mismos momentos en que su amor era correspondido y cuando su felicidad podía considerarse asegurada iba, á afrontar los azares de la lucha contra el omnipotente poder del usurpador.

La casa de Micaela, como creemos haberlo dicho en otra ocasión, estaba

situada en la calle de San Martín.

El jóven se dirigió por dicha calle hasta llegar á la Alameda de las Delicias; por esta hermosa avenida siguió hasta la altura de la estátua del ilustre general don José Miguel Carrera, donde tomó por la calle de Nataniel, con un paso bastante rápido.

Se dirigía á la casa número... de un conocido caballero á aquien todo el mundo tenía por un buen dictatorial; pero que era en realidad un terrible

revolucionario.

Su nombre era Salvador.

¿Y su apellido?

¿Y su apellido? En este momento no lo recordamos, ó mas bien preferimos dejarlo en el tintero.

A esa casa se dirigía León Carvajal.

Vamos á solicitar la indulgencia del lector para introducirlo á un lugar poco cómodo y nada conveniente para la salud: vamos á asistir á una reunión opositora celebrada en Santiago, en la noche del día en que se supo el hundimiento del «Blanco», por el torpedo de una nave nacional.

Has me gran arrecto en preparación que e

Nos encontramos en una bodega subterránea, húmeda y triste: allí hay una veintena de fóvenes, casi niños; de rostros nobles, de mirada altiva y serena, sus maneras elegantes y desenvueltas dan á conocer que no pertenecen á la clase baja del pueblo, sino á familias de la aristocracia, de la sangre ó del dinero.

En el centro de esta estraña habitación se ve una lámpara de escasa y mezquina luz que ilumina con pálidos reflejos el rostro simpático de

los imberbes revolucionarios...

Parece que se asistía á una reunión de esas en que se reza por el alma de los difuntos! Ameli sol a alassara y suas de salara à aparen lassal

Más, en aquellos semblantes jóvenes, no se notaba ni el temor ni el dolor.

Sobre sus cabezas se sentía el ruido de las herraduras de los caballos

de la guardia pretoriana del Cesar.

Colocados frente á una mesa de color pardo oscuro, se veían tres hombres sentados en sendos sillones: era la mesa directiva, con su presidente v dos secretarios.

El presidente de aquella estraña asociación era el único hombre anciano, cuva cabeza ya blanca por el tiempo le daba un aire de bondadosa

nobleza, agitó una campanilla diciendo al mismo tiempo:

-Se vá á abrir la sesión.

-Tiene la palabra el capitan don Pedro Salinas.

El jóven, al oir su nombre, se levantó de sobre un saco de patatas en

que se apoyaba yendo á colocarse junto á la mesa.

-Voy á dar cuenta á los hermanos de lo que he hecho y visto en mi viaje à Valparaiso, -dijo el jóven Salinas, que no era otro que nuestro antigno conocido—que creo ha sido fructifero para la santa causa que

«He hablado con el señor E. (*) y me ha asegurado que dentro de cinco días más tendremos aquí las carabinas en número de 50... ¿cómo ven-

drán?... ni vo mismo lo sé.

«Entregue la carta del comité à don M. M. y me encargó decir à los amigos que podiamos mandarle con cierto palanquero del Ferrocarril, que me indicó, unos doscientos ejemplares del periódico «Amigo del Pueblo», para repartirlo, en algunos cuarteles de esa ciudad; he recibido, además, de manos de dicho caballero, la suma de dos mil pesos para el sostenimiento de la prensa; le dí las gracias en nombre de todos nosotros.

Las tres señoritas V. L. y A., hermanas, como se sabe de nuestro amigo v compañero el señor secretario - Salinas señaló á un joven sentado al lado izquierdo del presidente—han conquistado para nuestra causa al

coronel P.

Este mozo creo que es de Valdivia ó Chiloé, forma parte del Estado Mayor de Alcérreca; me ha mostrado cuadros completos de las fuerzas del dictador, de su armamento, munición y equipo, y me aseguró que el día de la prueba estaría á nuestro lado.

«Hay un gran proyecto en preparación que creo se llevará dentro de poco á feliz término, se trata de inutilizar las torpederas del gobierno. porque es preferible que desaparezcan esos dos barquichuelos, antes que

los poderosos y costosos blindados de la Escuadra Constitucional.

^(*) El lector dispensará el que solamente nos vamos ha servir de iniciales, pero así lo obliga la prudencia y modestia de los que en ella tomaron parte. Hay otra razón mas en apoyo nuestro: La «Historia Contemporanea» podrá narrar estos hechos de reciente data con los nombres verdaderos de los mártires y de las víctimas pero La «Novela Contemporanean le resta solo aprovechar los hechos y no las personas directamente, lo cual heriría á muchos sin causar provecho á los demás.—El AUTOR.

«La correspondencia traída por el ultimo vapor contiene noticias importantisimas sobre asuntos diplomáticos que podreis conocer, pues hace solo momentos que la he entregado al señor presidente, y está a la dis-

posicion de los amigos.

«Respecto al deteriodo de los cañones de los fuertes de Valparaiso son ciertos, aunque no tienen la importancia que muchos le atribuyen; esos desperfectos los creo más bien obra del descuido y torpeza de los artilleros que á una segunda intencion. Tal ha sido la opinion que he comunicado en una corta nota al Ministro y al Comandante General de Artilleria.

«Por hoy no ha sido posible hacer más, pero como nos queda tiempo antes del dia de la lucha, trataré de hacerme digno del honor que dá la confianza que en mi humilde persona habeis depositado!—he dicho».

La asamblea manifestó unanime aprobacion al jóven Pedro Salinas

significandole que había hecho bien.

Parco y modesto en palabras narraba con una sencilléz encantadora.

Todos estaban contentos con su proceder.

Se condujo como hombre de honor.

* *

Casi al mismo, tiempo otro jóven ocupó el lugar que dejaba vacío el capitan Salinas.

Su aspecto era marcial y sereno, su apostura se adaptaba á las cir-

cunstancias.

Era uno de nuestros conocidos.

El pobre y desgraciado huerfano, el oscuro é ignorado provinciano era el que iba á hablar...

Voy á molestar, señores—dijo León Carvajal—un momento vuestra

atención, por lo que solicito vuestra indulgencia...

«En estos momentos, en que se juega el porvenir y la suerte de la patria, es necesario adoptar enérgicas resoluciones; es necesario que libremos al pueblo del abismo á que lo conduce un malvado y pérfido gobernante: ya no se retrocede ni ante las flagelaciones más terribles á cindadanos inermes é indefensos, ni ante la matanza de niños inocentes, que no tienen otro crimen que el de un patriota AMAR A SU PATRIA!...

«Hoy nos ha comunicado el telegrafo un hecho que será eterno baldon para sus autores y cooperadores... ¡El glorioso vencedor de Angamos, el héroe de la homérica jornada de 1879, vace insepulto en la rada de Cal-

lera!...

¡En la mañana del 23 ha perdido el pueblo de Chile á una de sus glo-

rias más brillantes!...

El «Blanco Encalada» es la víctima que hoy sacrifica la dictadura!...
Este contratiempo doloroso ¿nos nará desistir de nuestro propósito? Nó, señores; ¡jamás!... Podrá el hado fatal de la guerra ir arrebatando una á una las naves gloriosas de la Escuadra Nacional, y sepultando en el mar á los dignos émulos de Encalada, Prat, Serrano y Aldea; podrán las balas fratricidas de nuestros hermanos atravesar el corazon de esos jefes y

soldados que riegan con sangre generosa los campos de Zapiga, Huaras y Pozo-Almonte; podrá tambien el cañon del pretoriano talar nuestros valles é incendiar nuestras ciudades; pero no conseguirán jamás que los nobles hijos de Chile acepten la esclavitud!... donde exista un corazon

honrado, habrá un conspirador, habrá un revolucionario!...

La palabra de Carvajal era elocuente, con el calor del entusiasmo patrio; todos aquellos jóvenes estaban conmovidos y pendientes, casi mudos, siguiendo con anhelado afán el jiro caprichoso de su pensamiento. Las ideas acudian en desordenada confusión á su cerebro, cual si una fuerza misteriosa las impulsara á salir gozando de todas las emociones del alma acalorada... pero punto... que fuerza es seguir el pensamiento de Carvaial.

-Hoy vengo á proponeros la realización de aquella idea tanto tiempo acariciada... vengo á que me ayudeis, tú, juventud entusiasta de mi padre á llevar á feliz término el pensamiento que realizó el guerrillero in-

mortal Manuel Rodriguez, en la campaña de la Independencia!...

«Formemos montoneras, de uno al otro estremo de la República, que lleven á las desmoralizadas hordas del Dictador el pánico y la incertidumbre... vámos, compañeros, al campo de batalla á aprender en el vivac como se defiende el hogar á la familia, á las leyes, á la Constitución!...

«Muchos caeremos; pero esa sangre generosa será la semilla, fructifera de la libertad: ante el altar de la patria se sacrifica todo. Demos á comprender á nuestros amigos del norte que aquí tambien hay almas de patriotas y que no todos los Santiaguinos son viles y cobardes... ¡Yo prefiero la muerte á la servidumbre!... vosotros, ¿quereir ser esclavos?

-¡Nó!... jamás!... jamás!... ;nó!...;nó!-respondieron veinte voces

á un mismo tiempo.

-Jurad por el nombre sagrado de vuestros padres—les dijo Carvajal que morireis al grito de ¡ «VIVA CHILE»!

Todos se pusieron de pié y, descubriéndose, esclamaron á una voz: -¡Sí, sí, lo juramos por la sombra sagrada de nuestros mayores!

Entonces una ráfaga de luz divina iluminó las juveniles frentes de aquellos mártires!

Sus almas inmortales se purificaban en el crisol del amor patrio y sus corazones estaban puros y blancos cual el armiño con que se reviste el sacerdote! Area oup of of the character to specialize a feet woll was a second of the character to the control of the character to the charact

the sure and autores v cooperatered CAPITULO XII. to simmed alob sorbi

La prisión.

Qué acordaron aquellos jovenes en el resto de la sesión? No otra cosa que el sacrificio de su propia existencia!...

Dentro de poco besarían las venerables frentes de sus mamás para no

volver más!

à las once de la noche reinaba un silencio absoluto en la casa del señor don Salvador...

Nadie al ver el modesto aspecto de aquella casa hubiera creido encontrarse ante el cuartel general de la juventud opositora.

No hace al propósito de este corto y rápido romance el ocuparnos de los demás jóvenes de la reunión: nos concretaremos á nuestros conocidos.

León Carvajal se dirigía tranquilamente á su casa.

¡Qué de bellas ilusiones no acariciaba su alma! Talvez su espíritu recordaba otros años y otros lugares diferentes...

¡Quizás pensaba en su amor y en su patria!

* *

Al llegar á la casa, vió con sorpresa que al frente de ésta había un piquete de soldados, al mando de su respectivo oficial.

El oficial se acercó al joven, y con voz respetuosa, aunque firme, le intimidó rendición. La defensa era imposible ante el número y las armas.

León, como hemos dicho, se sorprendió ante aquél aparato inusitado de fuerzas; no había creido ni por un momento que era expiado por la

policía.

Y había motivo para ello: Carvajal jamás había manifestado sus ideas políticas á jente estraña que pudiera delatarlo. Por lo que hace á sus compañeros, los conjurados, estaban tán comprometidos como él, en cuyo caso la delación los arrastraría conjuntamente á soportar un idéntico destino.

Es verdad que en aquél tiempo de la bienaventuranza no había seguridad personal,—en lo mejor del camino, un guardian civil decía al ciudadano, con todo el énfasis de czar de melodrama:

«Pá entro».

Y no había réplica posible.

Pero, á la prisión del joven se la revestía de cierta estraña particularidad, y á pesar de sus enérgicas protestas, León fué conducido á la cárcel. Allí le dieron por habitación un oscuro é inmundo calabozo, y talvéz condolidos de la soledad y abandono en que quedaba, le remacharon á sus pies una barra de grillos,—terrible compañero de sus infortunios.

Un momento después, la puerta del calabozo se cerraba... Se sintieron los pasos de los soldados que se alejaban conversando y... sus últi-

mas palabras las repitió el eco...

La gran cárcel de Santiago quedó en silencio.

Solo se oía á grandes intervalos la voz triste y pausada del alerta del centinela:—«quién vive!»...

* *

¿Qué pasaba en el alma de Carvajal en aquellos momentos? Los sufrimientos del león encadenado, cazado á traición en un momento de descuido.

Estaba prisionero: atado por las férreas cadenas de la dictadura.

Al tomarlo se le dijo obedecían á órdenes superiores.

¿Quién podía ser aquel oculto personage que así había preparado su ruina?

Misterio...

León Carvajal no tenía enemigos. Solo hacía dos años á que había establecido su negocio en la capital, siendo, por consiguiente, muy reducido el número de sus amistades, alejado de la política, por caracter, no podía haber llamado sobre su persona la atención pública.

Por lo demás, al joven no le importaba ni su prisión ni su muerte; era

otro el pensamiento que lo hacía estremecer.

¿Qué habría sucedido á Micaela y á su familia?

¿Estarían como él en una prisión?

¿Dónde estaría su amada en aquellos instantes? ¿Dónde la muger sagrada que adoraba? ¿Dónde su madre bondadosa?

Quién sabe sí cerca de él gemirían en lóbrego calabozo!...

Sus quejas y lamentos se perdían en el vacío.

El leal, amante y noble provinciano ya no les prestaría, cual en otro tiempo, su consuelo y su protección.

Al joven Carvajal se le redujo á prisión en el momento mismo en que

debía principiar su carrera gloriosa de soldado.

Dos días más tarde, Carvajal partiría para Maipo, lugar de la cita, á reunirse con sus compañeros; pero esto era ahora solo un recuerdo irrealizable.

* *

Fué aquella noche para Carvajal de una eterna duración. No le ator-

mentaba el temor ó el miedo, sino la incertidumbre.

Alguno de nuestros lectores, para desgracia suya, le ha sucedido estar con cadenas entre las paredes de un calabozo, en una noche fria, durmiendo, nó, decimos mal, arrojado sobre humedas baldosas que comunican á los huesos el hielo ríjido de la muerte?

Solamente así podrá comprender con toda exactitud lo que debió sufrir

León en aquella terrible noche.

Hay dolores físicos que se comprenden facilmente; pero los dolores morales se necesita haberlos tenido en el alma.

Por fin amaneció el deseado día.

Una vaga é indecisa claridad permitía á Carvajal apreciar su estado, que no podía ser mas precario.

El calabozo sólo tenía de largo unos dos metros, por uno y diez centí-

metros de ancho.

Aquello, por cierto, no era una habitación, ni medianamente higénica, ni nada por el estilo: solo se asemejaba á nna tumba.

Y en efecto lo era.

Allí se sepultaba á un hombre contra su voluntad, obligándole á renunciar de su individualidad.

Allí se aspiraba el olor nauseabundo de un panteón y aquellas miasmas putrefactas eran un veneno: la negación de la vida.

Allí, por fin, reinaba la tranquilidad adormecedora de ultra-tumba.

Eran las cinco de la mañana de el mañana de mañana atendo de madadonf

Todo estaba en silencio, más luego sintió un ruido que el provinciano no pudo distinguir claramente: aquello era algó como notas perdidas de una armonía dolorosa, como lamentos de un moribundo... Aquel triste y estraño rumor era producido por las argollas de los grillos de otros presos que talvez inocentemente se les llevaba al juzgado á prestar las declaraciones que son de estilo en tales casos, y cuya culpa, la que constituía delito, era, las más veces, imaginaria, fruto solo del miedo que atormenta sin cesar á los cómplices de los tiranos: en todas partes creen ver la mano acriada de la justicia, por ellos pronoscrita y encarnecida, que les pide cuenta de sus actos. and y offerd un nedezasenos sojo sus o

A León también le tocaría su turno y entonces se despejaría la incógnita

A same abaricapitulo XIII a brin office III

El interrogatorio. de apo out com a

thi traider y cobarde revolucionario que ha renegado de su l'acrie Así como pasó la larga é interminable noche recostado sobre el húmedo suelo, pasó las horas de la mañana hasta el momento en que se abrió la puerta del calabozo.

El carcelero ó verdugo, hombre de adusto y feroz semblante, apareció en

el umbral: le acompañaban dos soldados armados con carabinas.

Se le indicó que iba á ser conducido a la presencia del juez.

León Carvajal se levanto pesadamente, arrastrando con dificultad das cadenas que dificultaban su marcha. ...ov los ogib sup sas v ...ofred

En verdad que inspiraba lástima aquel desgraciado joven que en la ple-

nitud de la vida se veía aherrojado por la mano de la dictadura.

El día ántes no más, se paseaba tranquilo y libre por calles y plazas, y

hoy, gemía entre los hierros de una dura prisión!... bem dalbut namel

Carvajal atravesó largos y solitarios pasadizos, en cuyos sendos lados, asignados con sus respectivos números, había una centena de calabozos. Durante cinco minutos, anduvo acompañado del carcelero y de los dos soldados, bajo techo, hasta llegar á una pieza de triste y severo aspecto Oncho juez no acostambraba a servirse del scionitado un zeni ododo

No la vamos á describir... t obramad la saisol de mages emprey see

Quién no ha visto, una vez siquiera en su vida, por su mal, la sala de adoptar, en consecucion el partido conveniente al exam.... sobrazil nu Los soldados y el carcelero que raompanaron a León desde el ealaboro

Al penetrar en aquella habitación, Carvajal notó con sorpresa que tres hombres, con grillos como él, le saludaban sin conocerle.

basta alli, no penetraron a la offa pigza: se quedaron de guardia en la

Aquella era una muestra consoladora del compañerismo del infortunio, de la desgracia que sobre sus cabezas se cernía. Tra soltas de sobaccion

Doquiera que se encuentren dos seres desgraciados, en idénticas cir-

cunstancias, con un incierto porvenir, sus almas simpatizarán. 90 09 781

En los tiempos de la dictadura había una doble razon. Todos combatían bajo una misma bandera y por una misma causa, y todos los chilenos

luchaban con gusto hasta sacrificar la vida por lo que creían la felicidad de la Patrial o un china antico sittio un raido que elarrado de la Patrial o un raido de la Patrial de la Patria

Carvajal contestó aquel saludo y sonrió con marcadas muestras de amar-

gurasit long A ... obundigom nu ob setnomai omeo ascrolol al comto non

- En aquel momento sonó una campanilla é inmediatamente apareció en el umbral de la puerta del fondo del salón de espera, un hombrecillo, con perdón, sea dicho, flaco como un esqueleto, delgado como una caña y horrible como un condenado; y el cual vestía de riguroso luto.

Era un esqueleto arrancado del laboratorio de un químico ó del estudio

de un médico, más bien que el cuerpo de un ser viviente.

Sólo sus ojos conservaban un brillo y una fiereza estraña.

A primera vista se le tomaba por el espectro fantástico de un ser so-

El hombrecillo miró á los cuatro reos con mirada uraña. Estos sostuvieron con calma aquel inquisidor examen. Luego dijo con una voz que bien podía ser un gruñido:

-¿El traidor y cobarde revolucionario que ha renegado de su Patria, -León Carvajal?... es quién?... oldanim com o agral el cargo mos la

di León, ante aquel gratuito insulto, sintió que la sangre afluía á su rostro.

Más, aquella emoción fué leve y momentánea; su semblante se serenó, y

contestó con voz impacible y segura; los sob sadañaquesa el : admu fa

-León Carvajal no es renegado ni traidor a su Patria, ni ha sido cobarde porque jamás por temor o por miedo beso el pie del poderosol... saberlo... y ese que digo soi yo.

Aquellas palabras encerraban una enérgica protesta y una dura lección

de independencia de caracter. al roy obajorreda siev es abiv al eb furtin

Pero el hombre vestido de luto no se dignó contestar y solo con un ademán indicó que debía penetrar á la pieza del juzgado.

El que acababa de apostrofar á León era el mismo juez que debía en-

tender en la causa que se iniciaba!

Dicho juez no acostumbraba á servirse del secretario para llamar á los reos, porque, según él decía, al llamarlo trataba de impresionarlos, y así leer en su semblante la energía y el valor moral con que contaban, para adoptar, en consecuencia, el partido conveniente al examen.

Los soldados y el carcelero que acompañaron á León desde el calabozo hasta alli, no penetraron á la otra pieza; se quedaron de guardia en la

primera.

Apendrar en aquello habitación. Carvajai notó con sort

Carvajal entró solo. Examinó de una rápida mirada el aposento: dos estantes con libros colocados en varios rincones; una mesa de color pardo oscuro, con dos sillas á sus lados, una frente de la otra, y cuatro más diseminadas á lo largo de los costados de la pared, completaban aquel sóbrio mobiliario.

El juez se colocó en su asiento, junto á la mesa, y frente á él su secreta-

rio que también servía de vocal en los procesos.

Carvajal se detuvo á tres pasos de la mesa.

El hombrecillo se arrelleno lo mejor que pudo en su asiento y mirando á su secretario exclamó:

-Señor secretario, tome V. nota de la declaración del reo...

Este se inclinó en señal de asentimiento, brog os novoj fob odnom ad

El juez miró á León Carvajal un momento; luego, con maligna y feroz expresión, le dijo: poneabilidad do enfidencia.

Por qué está V. en la cárcel? my mm, astr el stuem na roq de na

and Lo ignoro, señor los selas como seno, silimat as asidmat y sogime

- La Cómo y dónde fué tomado V? riag sal contro obtas maldal sanilas

-Fui detenido por una partida de soldados, al mando de un oficial, en la puerta misma de mi casa, cuando me preparaba á entrar á ella. Apesar de todas mis protestas he sido conducido aquí, sin que se me diga el motivo de mi detención y la orden de quien la manda ejecutar. Se ha atropellado el artículo número... de la Constitución de la República.

—¿Qué participación le cabe á V. en los trabajos i resoluciones del Comité Revolucionario de Santiago? preguntó el juez sin hacer el menor

caso de las palabras de Carvajal.

caso de las palabras de Carvajal.

—Ninguna—contestó el joven con serenidad—é ignoro la existencia Valparaisos - signio pregnutando, con su bablicad seren estado odob de

-¿Cuáles son los nombres de las personas que forman parte del co-

-Me parece que esta pregunta queda contestada con la respuesta anterior—exclamó el provinciano admirado de la terquedad del juez.

Pero el magistrado no se dió por entendido, y mirándole fijamente, le

preguntó, con la mayor calma:

- Cuándo saldría V. al mando de la montonera y con qué recursos contaba para sostener su jente durante la campaña? similaba sicial ozar

Como se vé, era curioso el interrogatorio de aquel proceso militar que

solo en la forma se adoptaba á las reglas jurídicas moibir como emplensonfo

El juez parecia fijarse muy poco en las respuestas del preso, que para nada las tomaba en cuenta, orde Judas mercenarios, de verdugos y de Judas mercenarios, de verdugos y de Judas mercenarios, de verdugos y de ve

Por otra parte, parecía estar en antecedentes de la vida del joven provinciano, pués sus preguntas tenían un fundamento real y verdadere; sobre todo la pregunta del juez, hecha últimamente, era muy signifi-Necesario era destruir de un solo golpe la terrible acusación.

-He dicho al señor juez que ninguna participación me cabe en los asuntos de la Revolución, y por lo tanto, no se á que montonera se refiere, - y León miró con severo y altanero continente al testarudo magistra-Carvaial esperó animiante v ten loroso las palabras di

Este no hizo caso esta vez, como no lo había hecho en las anteriores,

de las protestas del joven. soldel sol sh engelbaser son a lo non adata?

Después de la reunión en la casa de Catón, á dónde se dirigió V?-

siguió diciendo con pausado acento.

Debemos advertir que este era el nombre que los jóvenes revolucionarios daban á don Salvador... dicado de volucionario

Solo en aquel momento Carvajal se consideró completamente perdido. No le quedaba duda que había sido traicionado y vendido á la policía. ¿Por quién? su secretario exelamó;

-Señor secretario, tome V. nota de la declaración del reo., orrataiM

La mente del joven se perdía en inútiles cabilaciones; sobre ninguno de sus amigos ó conocidos se atrevió á echar tan terrible y tremenda responsabilidad de enfidencia.

Pasó por su mente la idea, muy probables por cierto, de que todos sus amigos y tambien su familia, pues como tales consideraba a las señoras Salinas, habían caido entre las garras de las justicia dictatorial de Bal-• For detenido por una partida de soldados, al mando de un ciabosam

Pero, de todos modos, creyó muy prudente no confesar una participación en tan graves sucesos que le atraerían una doble responsabilidad.

León Carvajal estaba dispuesto ir hasta el martirio; estaba decidido á ir hasta el cadalzo si era posible; pero sin comprometer á nadie.

Quería arrostrar solo la desgracia de su suerte.

-No sé de que reunión se trata, ni conozco á ningún Catón-dijo Carvajal, con voz pronta y segura.

Cuáles fueron los informes que trajo Pedro en su último viaje á Valparaiso?—siguió preguntando, con su habitual serenidad, el juez.

- El provinciano ante aquella pregunta se estremeció violentamente pero

No le cupo duda de que su amigo Pedro Salinas estaba también mezclado en el proceso, apres al el oberimba ensienivore la carafere

La situación se hacía insostenible y Carvajal deseaba saber á que ate-

nerse.

Con acento imperioso, ademán enérgico y resuelta arrogancia, dió un

paso hácia adelante, y esclamó con ironía sarcástica:

In La justicia está engañada; el juez divaga; me hace preguntas caprichosas que creo ridículo contestar. El que ha proporcionado contra mi persona tales informes es un vil calumniador, digno, por cierto, de estos tiempos de verdugos y de Judas mercenarios stasas no adamos em aban

- Prevengo al reo que la justicia no tolera frases denigrantes é injuriosas y que tomará medidas de rigor, si éstas se vuelven á repetir: lo

prevengo!—replicó el juez con acento airado y colérico.

Luego se serenó, y volvió á seguir el interrogatorio de esta manera:

-Como una prueba de la benevolencia del juez, voy á decir dos palabras que no són parte del proceso y que serán una respuesta á tu insolente ironía y una lección que sirva de enseñanza, de que no se engaña tan facilmente á la justicia. Juscituos otometla v orsves nos

Carvajal esperó anhelante y tembloroso las palabras del juez, porque

iban á definir una terrible y tirante situación.

Estaba con el alma pendiente de los labios del hombrecillo vestido de

-luto que con tanta y terrible impasibilidad sondeaba su pasado.

Durante aquel tiempo del terror, más seguridad podia tener el crimi--nal bandido que asaltaba en los caminos públicos, que el ciudadano sindicado de revolucionario.

Sobre Carvajal pesaban terribles cargos, más que suficientes para man-

dar á un hombre al cadalso.

Hemos dicho ya que á la muerte no le temía el joven provinciano; pero temblaba por el porvenir de sus amigos, y muy especialmente por Micaela y Rosa.

¡Ah! Rosa, el ángel idolatrado de su corazón por quien rindiera cien vidas, al tenerlas... quien sabe si se veía espuesta á la cruel brutalidad

de los esbirros y verdugos del Tirano!

¡Quién sabe si Micaela, la anciana y virtuosa señora, jemía en oscuro

y lóbrego calabozo, cargada de cadenas!

¡Quién sabe si Pedro, el militar leal y patriota, cuya vida había sido respetada en cien combates por las balas enemigas, caería hoy herido por el plomo fratricida de sus hermanos y su sangre inocente y pura teñiría las tablas del patibulo!

¡Quién sabe si Trinidad, la muger abnegada y entusiasta, pagaría con

su existencia el amor á su patria!

Hasta el recuerdo de Lucía, la bella y encantadora joven que tanto le amaba, apesar de ser despreciada, venía á martirizar su pensamiento con la idea de su desgracia.

El juez había dejado pasar algunos instantes sin dirigir á Carvajal ni

una palabra.

Quería talvez, astuto y sagaz como la serpiente, dar tiempo al corazón para que recordara su pasado y si en él había algo de verdad, que le delatara la emoción.

Pasado aquel momento de inquisidor examen, el magistrado dijo, con

cierto sarcasmo que hizo estremecer al desventurado provinciano:

—El señor León Carvajal es muy ingrato con la señora Micaela y con su novia doña Rosita...

—Pero... ¡Maldición!... ¿Quién á comunicado á V. esos nombres? esclamó el joven con voz terrible y amenazadora, irguiéndose rápidamente.

—¿Quién?...; Satanás mismo!—contestó el hombrecillo con profunda complacencia, pués había ádivinado el terrible secreto que el corazón del joven guardaba con tanto cuidado.

Aquel juez, cual fatídico fantasma de otro mundo, soltó una carcaja-

da diabólica al ver el dolor de su victima.

Aquella carcajada era sardónica, terrible como la de Satanás, á quien sus descoloridos labios acababa de invocar.

La realidad se presentaba.

El antes enigma era ahora un problema conocido y resuelto.

El misterio se había disipado, y al infeliz provinciano ya no le quedaba duda alguna de que todos sus amigos estaban, como él, condenados al sacrificio más atróz.

Aquella verdad, impuesta en fuerza de las circunstancias, era la sentencia moral del joven huérfano.

¿Qué le importaba la vida? nada.

Con gusto hubiera adelantado las horas que le quedaban de existencia, por abrazar, por última vez, á todos los seres de su amor!

—¿Niegas ahora—esclamó el juez, fijando sus ojillos grisis y siniestros en el desgraciado provinciano—tu participación en la labor liberticida de los revolucionarios?

Carvajal no contestó.

Aquellas palabras le eran indiferentes.

Talvez ni las oyó.

Su espíritu, desprendido de la materia, había abandonado el mundo real en busca de la luz de la verdad, y talvez en ese instante, vislumbraba la suerte futura de su destino, el fin glorioso de su carrera mortal!

—Ante la evidencia palpable de los hechos no cabe disyuntiva posible, —agregó con afectada ironía—si niegas, eres un perjuro, un cobarde y, si, por el contrario, confiesas la verdad, reconoceré que eres un valiente, puesto que desprecias la vida.

Aquel era un desafío á muerte á que lo provocaba un demonio que ves-

tía la toga del majistrado.

Las palabras que se escaparan de los labios de León, serían indudablemente la sentencia de su vida.

Pero el joven no reflexionó.

Quería hacer comprender aquel miserable que no es cobarde ni traidor el ciudadano que lucha por las instituciones y por la augusta libertad de

su patria.

—Pues bien, lacayo enano de un tirano de comedia... no temo tu desafío, y que oiga, siquera por una vez, tu negra mente ofuscada por el adulo y la ambición, la voz de la verdad... Sabed que si en mi pecho se anida una alma, es la de los libres, y nó la deprabada y corrompida de la comparsa que os rodea! ¡Asesíname, puesto que se dice que el amo bebe sangre y que el verdugo necesita diariamente carne fresca para saciar el hambre de los amigos...

Al oír aquellas palabras, el juez se levantó pálido de cólera de su asiento é iba ha hacer vibrar la campanilla; pero se detuvo como fascinado por la mirada imperiosa y terrible del joven provinciano, que jugaba su vida

en aquel momento, sin temor ni jactancia.

—Un instante... que sepa el judas miserable que me ha delatado, que le desprecio como á un ser indigno y vulgar!... Y tú, verdugo sin conciencia ni honor, cumple cual Pilatos las órdenes del César; pero... el día del castigo está más cercano de lo que piensas!

Y aquellas palabras las pronunció Carvajal con una calma verdadera-

mente temeraria.

Su rostro estaba contraido; pero en sus miembros no se notaba el menor temblor.

No había fallado su estoica serenidad ante el peligro.

Ni había perdido la audacia en tan críticos y solemnes instantes. Era chileno y luchaba por una idea santa y justa; con su sacrificio esperaba

el premio de la inmortalidad.

El juez, lo hemos dicho, se había levantado de su asiento como tocado por un resorte eléctrico. Las palabras del joven que tenía delante lo hicieron estremecer, cual si un hierro candente tocara sus entrañas.

Aquel acento severo y enérgico, como la voz de la justicia encarnecida era el anatema contra una conciencia dormida, para el bien; en el fondo de su alma existía, talvez el jermen del bien.

Pero al terror y la sorpresa, siguió la rabia y el despecho herido.

—Cara vais á pagar, miserable, tu criminal osadía!—y el de la toga, ajitando con nerviosa mano la vara simbólica de la justicia, rujió, con satánica soberbía y dirigiéndose á su secretario que mudo, sin aliento, trému lo conturbado y anhelante, seguía con suma ansiedad el desarrollo de aquel drama se dijo:

-Qué se lea el sumario!

Este leyó:

—«En la ciudad de Santiago, á trece del mes de... ante el Juez y Fiscal que suscriben, compareció el reo León Carvajal, acusado de conspirar contra las instituciones pátrias y el orden legalmente establecido. Interrogado en la forma que se esplica á fojas... y siguientes; resultando sobre el espresado reo León Carvajal, los siguientes delitos, de los que se halla, además, convicto y confeso:

«De haber sido tomado preso en circunstancias de que acababa de salir de una reunión en que se maquinaba contra la tranquilidad del Estado;

«De tomar una participación directa é importante en los trabajos del «Comité Revolucionario», de esta ciudad de Santiago;

«De tener relaciones íntimas y cordiales con los jefes que dirigen el movimiento en armas contra la estabilidad política de la República;

«De haber concertado, en compañía de otros individuos ,la formación de «Montoneras», por todo el pais, para hostilizar á las autoridades legales;

«De haber tratado y conseguido sobornar á ciudadanos que hoy están

dispuestos á ayudarle en su inhumana y bárbara obra;

«De haber recibido de un acaudalado revolucionario, llamado «Caton», una gruesa suma de dinero para sostener y pagar á su jente, durante los primeros meses de la campaña, emprendida contra el pueblo soberano de Chile;

«De mantener correspondencia con la Escuadra rebelde, por conducto de «Pedro T...», espía asalariado y antiguo infractor de las Ordenanzas

de Policia, y de las Leyes Penales del Código Chileno.»

«De mantener, en compañía de «Micaela», vieja devota que obedece á las indicaciones de frailes revolucionarios, y de «Rosa», su novia, un taller de imprenta, donde se imprime panfletos subversivos, indecentes é inmorales, fundados con el criminal propósito de calumniar á los amigos del orden constitucional;

«Y por fin, firma este sumario conforme á la verdad y á la justicia

el reo:

«León Carvajal»

y además las autoridades encargadas de instruir el presente sumario:

«Yo,-EL JUEZ.»

« Yo,-el fiscal secretario.»

Después de la lectura de aquel estenso documento, donde tan descaradamente se falsificaba la verdad, el juez miró con satisfacción á su secre-

tario: era un digno discípulo de tan perfecto maestro!

-Es una mentira infame y burda la de vuestro secretario... Yo no tengo cómplices... Es verdad que he tratado de combatir al dictador Balmaceda porque lo considero un traidor y un usurpador de las leyes y garantías individuales. Por última vez, declaro no conocer á ininguna de las personas que figuran en el sumario y de haber procedido en todos mis actos obedeciendo sólo á mi honor y á mi conciencia!

-Eso se averiguará con el tiempo!-replicó el verdugo que, por un sar-

casmo del destino, era el encargado de hacer justícia.

-Sé los procedimientos que adoptais con vuestras víctimas; pero al ménos, por esta vez, confesareis que es ineficáz—replicó el joven, y volvióle la espalda con desprecio.

El juez ajitó la campanilla y los dos soldados que habían conducido á

Carvajal hasta alli, aparecieron en el umbral de la puerta.

El de toga, levantando en alto la vara de la justicia, les dijo, con acento imperioso:

-Llevad á ese hombre!

Los soldados obedecieron con prontitud.

León Carvajal, al pasar por frente á los otros tres reos, los saludó nuevamente, y les dijo, sin aparentar emoción alguna:

-Valor el chileno muere al grito de «VIVA CHILE!»

— Estaís condenados,?—preguntáronle. —Si... á muerte!—y León Carvajal desapareció seguido de los soldados

que le custodiaban.

Los otros tres reos se miraron sorprendidos ante la heróica y resuelta serenidad del joven provinciano, y esclamaron casi involuntariamente, rindiendo un homenaje de la más leal admiración:

-Los héroes mueren así; sin quejarse, sin maldecir; con la sonrisa en

los labios, la paz en el corazón y la mirada fija en el cielo.

CAPITULO XIV

Diplomacia femenina.

Aunque ya el lector habrá adivinado ya quien era el autor de la desgracia del leal y valiente provinciano, vamos á esplicar aquí lo acontecido.

Retroceder diez horas ántes, es decir, al momento en que León abandonó la casa de Micaela, sin comunicar adonde se dirigia.

Lucía, la enamorada doncella, al encontrarse sóla, hemos dicho que sintió arder dentro del corazón el infierno de los celos.

En el frenesí de la desesperación, la joven había adoptado una idea

terrible, espantosa.

Sólo necesitaba algunos detalles que completaran su funesto plan y, como si Satán la protegera, éstos los obtuvo sin dificultad y á medida de sus pérfidas intenciones.

* *

Pedro Salinas, el hidalgo y valiente militar, amaba con locura á Lucía,

y ya sabemos que esta le despreciaba profundamente.

Estamos en el momento en que el joven militar, recién llegado de Valparaíso, preguntaba por las señoras Trinidad y Micaela, á la hermosa Lucía.

Pero Salinas no tardó sino breves instantes en volver á aparecer en la pieza que segundos antes abandonara con pesar. Aquel pequeño interregno de tiempo le bastó á la joven para combinar el sórdido plan de venganza.

Lucía se encontraba reclinada sobre el sofá y sus manos cubrían su

bellísimo rostro.

De vez en cuando, su semblante, y los miembros todos de su cuerpo se agitaban con violenta convulsión, cual si recibiera la descarga de la corriente eléctrica de un dimano.

De sus labios se escapaban frases incoherentes que denotaban el estado

febril de su alma y de su conturbado corazón.

Era indudable que en el pecho de la joven sostenían cruenta batalla el amor y los celos; la abnegación y la venganza; el remordimiento y la conciencia, y todo esto bullía en confuso desórden de su ajitado cerebro.

Pedro Salinas encontró más hermosa á Lucía en aquel estado nervioso de conmoción; que cuando tranquila é indiferente escuchaba sus apasionadas protestas de cariño.

La contempló por breves instantes. Luego se acercó y tocó su hombro.

La joven se estremeció ligeramente y levantó azorada sus ojos.

Al ver á Pedro á su lado se sonrió, plegando con inemitable gracia sus labios; pero, cosa estraña: su mirada viva y voluptuosa casi siempre, brilló con fulgor estraño y siniestro. Pero fué esto tan rápido que Salinas dudó si había sido realidad ó solo una vana ilusión de su fantasía.

—Bien, amigo mio—era la primera vez que Lucia daba á Pedro tal tratamiento—puesto que V. abandona la sociedad de las mamás y viene ha hacer compañía á la juventud que es tan curiosa como la muger pri-

mera, tendrá que sufrir mi charla insípida é impertinente!

—Sus palabras no són charla impertinente ni insulsa, como V. las denomina con tanta crueldad, sino las notas dulcísimas de un ángel, ó el acento misterioso y fascinador de una hada divina que convida con sus dulces hechizos al amor!—esclamó Salinas, casi muerto de gozo, pués nunca creyó verse tratado con tanta benovolencia.

-Bueno, deje V. esas!-y la mirada de Lucía se fijó penetrante y vo-

luptuosa en el semblante del joven.

Con sonrisa afectada y con el acento más coqueto que adoptar pudo, esclamó la doncella:

-Voy á poner á prueba la amistad de V. y veremos si es tan franca

como lo asegura

—Bella y encantadora Lucía, disponga V. de mi vida y de mi existencia entera: pués no tengo otra voluntad que la suya! Pregunte V. que será

para mi, mi mayor delicia el satisfacer debidamente su anhelosa curiosidad Lucía se quedó un momento pensativa y de pronto esclamó con febril agitación:

- Me cree, V. amigo mío, tan patriota como las mugeres de la Inde-

pendencia que preferían la muerte á la esclavitud?

-¡Sí!... No me cabe duda! Pero, ¿á qué viene esa pregunta?

— Diga V!...

La joven fijó sus ojos amorosos, por segunda vez, en el semblante inquieto y anhelante de su amigo, y luego, con un mohín de encantadora coquetería, agregó:

-¿Le gustan á V. las mugeres hermosas?

—¿Quién es aquél que no admira las obras perfectas de Dios? ¿quién no adora á los ángeles del cielo que nos anuncian ventura y amor? No estrañe que impulsado por mi ardiente fé me arrodille á los piés de uno de esos querubes, y le pida mi vida y una esperanza para el pobre peregrino!

Salinas, uniendo la palabra al movimiento, se postró á los piés de Lucía.

—Los hombres, —dijo la joven, con cierta amarga espresión de tristeza, que en vano pretendía ocultar, —són egoístas y falsos, sin corazón y sin alma; pero el cielo castiga bien pronto su maldad: una mano vengadora cura las llagas que produce el desengaño y los celos!—y, en los ojos de Lucía

brilló de nuevo una mirada terrible y fascinadora.

Salinas, demasiado preocupado con el jiro que tomaba el asunto, no

se fijó en aquello.

Nunca, tampoco, lee el enamorado en los ojos de la muger que ama, otra cosa que el amor ó el desengaño; todas las demás pasiones que se agitan en el corazón humano son para él sólo vanas ilusiones: las considera como figuras fantásticas de una mágica linterna, que aparecen un instante para disiparce en seguida.

Por otra parte, no podía pensar como raciocina el materialista. En aquellos momentos no estaba sugeto á la voluntad, sino al influjo pode-

roso de las pasiones.

Tenía ante sí, excitante y ardorosa como el deseo mismo á una muger joven y bella, cuyo valor físico era realzado por algo terrible y extraño; pero tan fascinador como los rayos magnéticos de los pardos ojos de la serpiente.

Un ser, tal como Lucía, que sólo obedecía á los impulsos violentos de su corazón, puede llevar al hombre sonriendo al crimen ó al sacrificio; á la virtud que engrandece y eleva ó al abismo del vicio que degrada y mata...

Hay espíritus de tan potente voluntad que domeñan la energía de nuestra alma, y nos vemos arrastrados por el torbellino de las pasiones, sin mirar atrás, y como el viagero de la leyenda Suiza, sin fuerzas, fatigado por la jornada, esclamar, mirando la cumbre de la montaña donde está la luz de la verdad: «adelánte», «adelánte», «siempre adelánte»...

Si Carvajal hubiera amado á Lucía con el amor puro y casto de la esposa, y encerrado en ese esclusivismo, nada hubiera visto ni deseado fuera

de aquel círculo, su felicidad habría sido completa.

Si por el contrario, descendiendo en la escala social la hubiera hecho solamente su querida, habría gozado con la torba hermosura del ángel caído, sumergiendo sus sentidos en el abrasador infierno de la voluptuosidad y del deleite.

Más, Lucía estaba colocada en el camino de León Carvajal como un obstáculo á su felicidad, como un fantasma negro y fatídico que con airada espresión le señalaba las tablas del cadalzo donde espiaría el delito de

no amarla.

El amor de Rosa, como en otra parte lo hemos dicho, no era menos grande que el de Lucía. Este amor, decimos, todo pureza y candor, pués lo sentía una muger que era la personificación de ese tipo poético que inmortalizó el cristianismo, habría hecho feliz y dichoso al provinciano.

Pero, «el hombre propone y Dios dispone», dice un adagio popular.

Carvajal lo deseó; pero el destino dispuso otra cosa diferente.

¿De quién sería la victoria?

Triunfaría el bien ó el mal? Un creyente sincero, un moralista intransigente, no vacilaría en afirmar que el triunfo lo conseguiría el primero; pero no siempre sucede así en el mundo real, dando materia estas irregularidades, á no pocas protestas de los oprimidos y perjudicados.

Pedro Salinas creyó más de una vez que León era un rival peligroso para la realización de sus ideas y empresas amorosas, y por eso había tratado siempre de animar el amor de su sobrina para con su joven amigo.

Llegó un día, como sabemos, en que Carvajal pidió á Micaela la mano

de su hija Rosa.

El que más celebró aquella determinación fué el oficial, pués desde aquel momento creyó asegurado el porvenir: esperando con constancia al fin sería correspondido su afecto.

En aquellos momentos de entrevista con Lucía, creyó no haberse en-

gañado en sus cálculos.

Habría jurado de muy buena fé que era amado.

¿No era una prueba elocuente el confiado abandono de la doncella? ¿Sus palabras ardientes no eran el eco fiel de una pasión verdadera?

En aquel momento veía que la callada indiferencia se convertía en tímidas, pero ardientes confidencias. Aquel corazón que por mucho tiempo había sido mudo ánte las protestas de amor ó ánte las frases de galante admiración que arranca en cualquier instante la hermosura, cedía visiblemente.

El hielo de aquella alma se había deshecho, por fin, ante la perseve-

rante energía de un amor sin límites.

Pedro Salinas tenía á su lado, no la visión área y vagorosa de sus noches de fiebre, sinó al ser verdadero y real que parecía acariciarle, y que simbolizaba el ideal de sus ensueños.

La corriente de voluptuosa pasión que respiraba el seno agitado de Lucía, lo envolvía en una atmósfera de desconocidos é ignorados goces.

Por cierto que este placer nada tenia de material ni aún los impulsos

ardientes que enloquecen.

El alma, ó lo que es inmortal en nuestro ser, había vencido á la materia, y trás esa grán aspiración que con poderosa fuerza impulza al hombre á su perfección, como si quisiera elevar su mezquina y pequeña talla á la altura de la de su Creador; sin fijar la mirada en el cuerpo que se prostituye ó se vende por la moneda del día; gozó con la poseción de un amor que reunía la ardorosa pasión del Tasso, cantada en inmortales estrófas á la elevada y ascética del Dante, alimentada durante una centuria, y cuyo fruto es una joya intelectual de precio inestimable.

¿Cuál es aquel hombre tán desgraciado que podrá decir, puesta la mano sobre el corazón, que no á olvidado sus penas y temores, sus ódios y sus venganzas, en el momento en que su corazón se abría á la luz, re-

generado por el amor?

Todos, cual más ó cual ménos, se han sentido agitados, siquiera una vez en la vida, á impulsos de ese *algo* divino que nuestro ser encierra. No importa que sabios, que materialistas hayan afirmado y afirmen que el hombre es sólo materia; degémoslos con sus errores que el remordimiento, ó sea su castigo, les dirá en el seno del hogar doméstico, por los labios de la esposa que acarician: «todo es mentira; mi amor es falso; estudiad la química y analizareis las pasiones del corazón»...

Salinas creía estar bajo el poder de un gnomo ó de una cirena que lo arrastraba al abismo; pero, ¿qué importaba cuando al caer debía ser

acompañado por ella?

Corta, rápida, y violenta fué la lucha en el alma del joven oficial. Pero el hombre, como casi siempre, fué vencido por la pasión y la hermosura de la muger...

El primer paso estaba dado.

La senda de la debilidad es de plano inclinada y, lanzado á ella, es difícil detenerse.

Lucía, con ese instinto peculiar de las de su séxo, comprendió que había obtenido la victoria.

Pedro Salinas, como el «don Juan» de Zorrilla, podía decir:

«Mira á tus plantas, pués, «A este corazón traidor «Que rendirse no creía».

La doncella había dicho con espresión amarga é irónica, como si contestara á un pensamiento íntimo:

—Los hombres són egoístas y falsos!

Pedro creyó que esas palabras se decían por él, y trató de desengañar

á la joven.

—Se engaña, V., Lucía,—la dijo—al creer que todos los hombres són falsos! Es verdad que muchos abusan torpe y cobardemente de la casta inocencia de la doncella; pero tarde ó temprano, como V. lo ha dicho, el cielo castiga su maldad.

—Sólo hay una cosa que no comprendo, siguió diciendo Salinas—, bue no me esplico: ¿por qué dice V. que el hombre es egoista? ¿nó es

acaso, la muger el ser más esclusivista de la creación?

Lucía se estremeció.

Parecía haber creído que su pensamiento había sido adivinado. Talvéz no le convenía que su secreto fuese conocido por su amigo.

Sólo quería ser ella la guardadora de lo que sentía su alma.

La joven, sin poder dominar la ironia amarga de su acento, esclamó:

-Egoístas són los hombres puesto que sólo para ellos está reservada la gloria del artista y del poeta; sólo para ellos el estudio y el conocimiento de las ciencias que les descifra el poema de la naturaleza y de los cielos; sólo para ellos el saber profundo de los benefactores que combaten las dolencias de la humanidad, y sólo para ellos el prestigio y la autoridad del gobernante y el laurel del guerrero... y á nosotras, jinfelices! ¿qué nos dejan?...

–El imperio del amor!... -¡Ah!...Si...el amor!... Pero cuando éste sufre un desengaño, ¿qué nós queda sobre el árido desierto?... El consuelo de encontrar entre las cuatro paredes de un claustro un descanzo como el del prisionero encadenado, sintiendo que el alma la despedaza el recuerdo de una felicidad que huyó para siempre... Sólo en la muerte está el descanzo!... sí, sólo en la muerte!...

Salinas sintió como se estremecía la joven al pronunciar aquellas palabras que las creía hijas de una grande y noble ambición; pero eran solamente la protesta de un corazón desengañado y herido...

El joven estaba emocionado por la profunda tristeza que revelaban las

palabras de la bella y enamorada Lucía.

-- Qué quiere V!—la dijo—así es el mundo; pero consuélese V. con la idea de que el hombre que ha recibido un desengaño, no encontrará lenitivo á sus dolores en los triunfos del artista ni en la gloria del poeta. Podrá ser un genio cual Byron, que arrastre trás sí el aplauso del mundo; sus triunfos serán la gloria del condenado... No encontrarán, nó, en los azares del combate ni en las luchas de la vida literaria, el olvido de sus pesares... Recuerde al bardo megicano, al infortunado Acuña, ó á Larra, el ingenioso escritor, ó siquiera á Espronceda, y dígame si no pagaron con su vida el delito de no amar ó el desengaño recibido de la muger querida?... Como burladores ó burlados el tiempo les preparó cruel sanción!...

Lucia, en tanto, se había serenado completamente.

Era ahora imposible notar en su semblante la más leve sombra de tristeza.

Cuando el jóven terminó de hablar, los labios de Lucía se plegaron á impulso de una sonrisa nerviosa y se pudo notar dos hileras de pequeños y blanquísimos dientes perfectamente conservados.

-He sido una necia, amigo mio; yo tengo sobre el particular ideas es-

trañas; pero hablemos de otras cosas.

La jóven volvió á sonreir.

Acercó su silla un poco más cerca del asiento que ocupaba Salinas.

Pasado un instante le dijo:

-Amigo mio, hablemos de lo que á todos nos interesa, porque no olvide

V. que soy chilena y que me intereso por la suerte de la patria: ¿qué noticias nos trae de Valparaíso?

—Algo se ha hecho,—respondió el joven—pero no de mucha utilidad; dentro de pocos dias más principiará nuestra verdadera obra de salvación.

-Pero, ¿qué piensa hacer V?-preguntó con interés, Lucía.

-Nada!... es decir, poca cosa...

V. me engaña!Nó, amiga mía.

—Nó, amiga mía. —Una locura irrealizable...

-No tal.

-Se atrevería V. á jurarlo?

Lucía dió á éstas palabras una espresión tal de interés, que el oficial sintió latir de gozo su leal y franco corazón.

-Incapáz de mentir no se atrevió á levantar la vista.

Tampoco le era acaso dable vender el secreto que guardaba por cuanto éste no le pertenecía enteramente.

Creyó más prudente desatender la pregunta que la doncella le dirigía.

Esta, al ver el estado indeciso de Pedro, esclamó:

—V. me lo vá á decir ahora mismo; le exijo como una... interesada en verlo feliz...

Lucía se detuvo con deliberada intención para interesar más á Salinas.

—No se detenga V!—dijo éste ansiosamente, como si vislumbrara una esperanza para el futuro.

-Si le hablo con franqueza ¿hará V. lo que yo le diga, ó al ménos, me

contestará con ingenuidad?...

Y la hija adoptiva de Trinidad fijó en su joven amigo una fascinadora mirada que acabó de rendirlo.

-Se lo juro á V!-esclamó fuera de sí, el enamorado oficial.

—Pues bien, como... amiga...que desea su felicidad le pido me diga...
¡Dios mio!... no me atrevo!...

-Hable, V. hermosa Lucía!...

-Pedro ...

-Habla ángel de amor...

-Pedro, amigo querido... dime... ¿cual es tu pensamiento; qué piensas hacer?

-Nada puedo negar a V!-la dijo el oficial, trastornado por la satánica

hermosura de aquella divina muger.

—Voy a confiarle un secreto que importa mi vida y la de cien de mis compañeros... Soy demasiado leal para confiar en que jamás haréis traición, ¿no es verdad?...

-No vaciléis!... Ten confianza en mi lealtad...que yo algún día... sí, al-

gún día tendré compasión de V!...

-Y acercándose á Pedro casi hasta juntar sus labios al oído del joven, le dijo con acento cariñoso y tierno, difícil de esplicar:

—¿Le agrada esa promesa?

-Salinas sintió como su rostro ardía.

Una llamarada de fuego, recorrió su cuerpo al recibir el eléctrico alien-

to, tibio y perfumado que salía del pecho de la doncella á impulsos de la pasión que bullía dentro del alma.

-Pero ¿me promete V. que no se opondrá á mis deseos?-la dijo Pedro,

que creia de buena fé en el amor de la joven.

—Nó, siempre que ellos sean razonables y de provechosos resultados para la patria—contestó Lucía con cariñosa benevolencia.

— Vamos á formar montoneras... —¡Dios mio!... V. se espone sólo...

—Cuento con su promesa anterior,—esclamó el oficial con acento de reproche, pues creyó que la joven reprobaba su determinación.

- Esponerse... sólo...

—Nó, hermosa Lucía, he dicho vamos y no voy. Me acompañarán muchos amigos adictos á la santa causa.

-Sí, amigos que mañana venderán á V. por un puñado de oro!...

Lucía llevó el pañuelo a sus ojos como si tratara de enjugar sus lágrimas. Ante aquella prueba esquisita de sencibilidad, se desvaneció hasta la más ligera sombra de desconfianza, y no trepidó en dar á Lucía todos aquellos detalles que deseaba para el mejor éxito de su venganza.

-No son traidores, dijo con cierto orgullo, Salínas—los que luchan por la «Constitución Política»; además són jovenes, hijos de familias acauda—

ladas que «nó venderán su conciencia por un puñado de oro».

-Nos acompañará también León Carvajal...

- —¡Cómo!...El también!—esclamó la joven estremeciéndose involuntariamente.
 - -Sí será capitán de una montonera como yó.

-Como ya no tengo secretos...

—Esos són proyectos imposibles y sólo una quimera de jovenes!

—Es muy fácil, oiga V!

—En la calle de Nataniel vive un caballero llamado Salvador... nosotros le decimos simplemente «Catón». En dicha casa es donde se celebran nuestras reuniones; siempre que aparezea en la sección de la crónica de «La Nación» cierto aviso que ya conocemos, se acude al local indicado. Nos servimos, como V. vé, del elemento oficial, y, apropósito de ésto, hoy tenemos reunión—y mirando un rico reloj de bolsillo, Salinas esclamó:

—Són las ocho, á las nueve debemos estar todos reunidos, y como no

deseo llegar atrasado, voy á tener el sentimiento de dejar á V.

—Gracias, amigo mio!... El favor que V. me ha prestado no lo olvidaré jamás, y si con el tiempo llego á ser feliz, entónces... nó... imposible!... ivaya V. donde el deber lo reclama!... que yo deliro... adios!—y la joven abandonó casi corriendo la habitación.

Pedro Salinas se quedó asombrado y pensativo; luego esclamó con

cierta amargura mezclada de sincera curiosidad:

—Es un enigma... es un ángel!... En su vida hay un negro misterio que me parece adivinar en sus últimas palabras: vamos, el tiempo lo dirá si me engaño ó nó—agregó interiormente, oprimiendo con su diestra los latidos de su corazón.

Un suspiro se escapó del pecho del honrado oficial.

En seguida tomó su sombrero que estaba sobre una silla, y salió algo preocupado con la escena que acababa de tener allí, con la simpática y bella hija de Trinidad Lopez y Salvá.

CAPITULO XV

La eficacia de un anónimo delator.

Ya sabemos que Pedro fué, como lo había indicado, á la reunión que se celebraba en casa de Catón.

A León Carvajal también lo hemos visto allá, y sabemos lo que le ha-

bia sucedido.

Vamos ahora á seguir ocupándonos por breves momentos de Lucia.

Como dijimos, la joven salió casi loca de la presencia de Salinas, no porque la vida de éste le importara algo, puesto que ya hemos manifestado que no lo amaba: muy distinto era el asunto que la preocupaba.

Acababa de obtener todos los informes que necesitaba para la obra de

su venganza.

Pero en el momento supremo no se encontraba con fuerzas suficientes para realizarla.

Una idea la hacía estremecer. Era su más terrible pesadilla.

Lucía se decía interiormente y sin poder ocultar su temor:

-Me vengaré de León, pero... me despreciará!...

Más...

¿Cómo consentir que otra muger fuera dueña del objeto de su amor, cuando ella, que lo amaba tanto, consumía su existencia por la fiebre del desengaño?

Verlo en otros brazos modulando palabras de cariño sir poder jamás

refrescar sus acalorados labios en la purisima fuente de las ilusiones!

Se encontraba dentro de un terrible dilema que presentaba sólo dos salidas.

O permitía que el joven Salinas se casará con Rosa y por lo tanto perdía toda esperanza, sufriendo el martirio consiguiente de ver al ídolo de su amor en brazos de una muger que no era ella.

O bien, sacrificaba á Carvajal á su capricho y á su amor.

En este último caso le quedaba la esperanza de que podían morir juntos...

La lucha fué larga y tenaz en el alma de Lucía.

Estaba indecisa.

Era preciso adoptar un partido.

¿Cuál sería este?

La joven lo ignoraba.

Aún no había resuelto difinitivamente lo que debía hacer. Pero todo tiene su término en esta vida frájil y perecedera.

Vencieron, por fin, los celos de un amor sin esperanza de ser correspondida en aquella lucha íntima del corazón.

El sacrificio de León estaba ya decretado...

No habia fuerza posible capaz de arrancarlo de su destino.

La partida se iba á jugar.

El dado negro y fatal de Lucía mostraría la solución del enigma...

* *

La hija adoptiva de Trinidad estaba apoyada sobre una mesa y con nerviosa mano trazaba rápidamente en el pliego de papel que tenía á su frente, signos ó palabras que traducían las ideas y los sentimientos de su corazón.

¿Qué podía interesar tanto en aquel momento á la encandora doncella? ¿Qué idea acariciaba con tan tenáz energía en aquellos instantes de

¿Qué pensamiento inspiraba á su mano febril en ese agitado trabajo? ¡Talvez la realización de su venganza largo tiempo anhelada!...

Talvez los celos y el despecho eran los que le infundían aliento y una esperanza ilusoria!...

¡Talvez la doncella había encontrado la forma y el modo de ejecutar

sus negros designios!...

* *

Aquel trabajo solo duró algunos cortos minutos.

— Ya está concluido!—esclamó la joven, pasando la mano en la enardecida frente.

Leamos lo que Lucía había escrito:

Señor Comisario de Policia

Don B. A. E.

Señor: He tenido conocimiento que hoy se reunen en casa de un caballero llamado Salvador... conocido, entre ellos, por el nombre de guerra, de «Catón», algunos jovenes con el objeto de formar montoneras... El más culpable de todos es... León Carvajal.—Este está de novio de «Rosa», hija de «Micaela Ovalle.»

«Ambas mugeres són espías...

«Me consta que reparten periódicos y cartas de los revolucionarios aristócratas...

«En la confabulación toma una parte activa un joven oficial llamado

Pedro S ...

«Este trajo de Valparaíso, en el día de ayer, la correspondencia recibi-

da últimamente de la Escuadra rebelde.

«El sujeto Carvajal podrá ser tomado, si V. lo quiere, esta noche, al tiempo de entrar á su casa, calle de San Pablo, núm...; Es una muy buena presa!...

«Espero, en bien de la Patria, que hará este servicio al partido del ór-

den.-S. S. y compañero.

Maquiavelo.

Aquella, como se vé, era una cobarde y traidora delación.

Lucía había ocultado solamente los apellidos de sus víctimas, escepto el de León.

Sin embargo, aquellos detalles eran más que suficiente para mandar á una familia al patíbulo.

Aquel fatal anónimo arrastraría á una perdición segura á muchos seres

inocentes, de quienes la joven no tenía queja alguna.

Porque ¿que culpa tenía, por ejemplo, la anciana Micaela, del amor que su hija sentía hácia un hombre á quien no la ligaba lazo alguno de parentesco, que hubiera podido indicar de su parte una imaginaria complidad?

Se comprende que junto con Carvajal hubiera deseado que desaparesiera una rival odiada; pero: ¿era posible que ese castigo debía también alcanzar á destruír la vida de un leal y pundonoroso oficial, que no tenía otro pecado que el amarla, y haber confiado demasiado en su lealtad?

¿Por ventura, no fué Pedro Salinas el que de la mejor buena fé le pro-

porcionó aquellos detalles que utilizó para su venganza?

Y entonces ¿porqué lo sacrificaba tambien á su odio, á su amor desengañado?

No lo sabemos.

Misterio.

Jenialidad, talvéz, del caracter de la muger.

Los desengaños que ésta recibe de un hombre los quisiera vengar en la especie entera.

A todos los considera solidario de la culpa de aquél que la burló!...

Talvéz en ese momento Lucía estaba loca.

Ya sabemos el resultado que produjo la carta de la hija de Trinidad. Dado los minuciosos informes del anónimo, el juéz pudo sorprender el secreto de León Carvajal.

* *

Es la mañana siguiente del dia en que se desarroyaron los sucesos que más arriba hemos descrito.

Casi á la misma hora en que Carvajal prestaba ante el juéz, en el Cuartel de Policía, su declaración, tenía lugar en casa de Micaela la siguiente escena, entre ésta y su hija y el joven oficial Pedro Salinas.

— Señora, yo no sé, á decir verdad, cómo á podido verificarse tán lamentable acontecimiento,—decía Pedro, paseándose agitado por el centro de la pieza-dormitorio de Micaela.

-Aqui hay un traidor,-esclamó ésta pensativa, como si deseara re-

cordar el nombre de un enemigo capáz de tal infámia.

—Sobre ese punto no me cabe duda,—contestó el oficial, afectado con el dolor de la anciana; y después de un instante de silencio, agregó:

—Es indudable que hay un traidor; pero, ¿quién es este?... Misterio que yo trataré de descubrir. Tengo en el juzgado un amigo de confianza, y el nós vá á proporcionar los detalles que necesitamos.

-Bien!... sin embargo...

Y la anciana Micaela parecía vacilar, sin tener el valor de manifestar su pensamiento.

Pedro Salinas notó esta indecisión.

Sentía curiosidad por conocer el motivo.

¿Qué pensó el joven?

Talvéz, que Micaela conocía al delator.

Pero esto era muy problemático y aún absurdo el suponerlo así.

Sin poder tener en aquella ocasión la calma necesaria, esclamó, dirigiéndose á la madre de Rosa:

--¿Qué piensa V? ¿conoce ó presume quién pueda ser el infame que

nós á vendido?... es preciso que yolo sepa!

Y un estremecimiento de impotente rábia agitó violentamente al noble oficial.

Deseaba vengarse... ¿Pero de quién?

Esto no lo sabía... y era casi imposible el adivinarlo!

—No sé, amigo mío—contestó Micaela, respondiendo á la pregunta anterior,—el nombre de ese oculto enemigo que prepara y maquina en la sombra nuestra ruina... Hoi á caido nuestro amigo Carvajal en poder de sus verdugos... Pués bien, mañana caeremos nosotros si no tomamos certeras medidas; además, las declaraciones de León pueden comprometernos terriblemente...

Rosa que hasta ese momento no había pronunciado palabra alguna, devorando en silencio su inmenso dolor, no pudo menos que protestar de que se lanzara sobre su novio, aúnque sin malévola intención, la sospecha de creerlo tán débil que impremeditadamente fuera á mezclar el nombre de personas queridas, en un proceso militar.

Por la imaginacion de la jóven no pasó el pensamiento de que Carvajal podía ser obligado por medio del tormento á delatar á todos sus

compañeros.

Y si lo tuvo, lo desechó, lo consideraba ineficáz por esta véz.

El tormento, ese espediente favorito de todas las tiranías y de todas las dictaduras, y empleado, para deshoro del hombre de Chile, en esta lucha de hermanos, sería, como Rosa lo creía firmemente, de resultados nulos é ineficaces!

Contra las frases soeces é insultantes de una soldadezca sin conciencia ni honor, cuya disciplina había relajado el vicio y el cohecho, formentado por políticos de fé púnica, se le opondría la serena grandeza del que á su conciencia nada acusa!...

Contra la amenaza de horrorosos castigos dignos, de la época fedual y de sus mejores tiempos de barbarie, se opondría, con éxito, la fé inquiebrantable del patriota y la energía y el valor indomable, clásico, nunca desmentido, ni aún en dias de negra prueba, que el chileno posee!

Y contra el tormento aplicado por hijos ingratos de esta Patria que ha alimentado y dado vida sólo á héroes, encargados por el cielo de hacerla á cada momento más grande, más ilustre, más poderosa y rica, se le

opondría aquella frase inmortal del principe de los poetas: «que es dulce y honroso morir por la patria»...

Pero volvamos á la realidad de los acontecimientos que historiamos.

—Se engaña mamá,—esclamó Rosa, cuyas megillas bañaba un mar de lágrimas,—al creer que León confiese algo que pueda perjudicarnos!... Irá hasta el cadalzo sin que una palabra arrancada por el dolor nos delate!.... Nós ama tanto, es tan noble!...

Y los soyozos ahogaron la vóz de la doncella!...

—Tengo la misma opinión de mi sobrina,—esclamó Pedro afectado, pués conocia que era muy leve el consuelo que podía prestar á aquellos seres tán queridos.—Conozco demasiado el carácter noble de León;... ¡pobre amigo mío, quién hubiera pensado que tán pronto irías á caer á las manos de esos malos chilenos, que, infaustados con el poder que disfrutan, no piensan que el hoy dorado sicomoro de la opresión, tiene su base de arena movediza, y que un inesperado vaivén puede reducirlo á escombros el dia de mañena!...pero, ¡tú lo hás querido!... hasta el último momento nos acompañasteis como bueno... los que tenemos todavía algo de libertad, te vengaremos!...

Basta!...

Renunciamos á seguir describiendo una escena de tán íntimo dolor.

La pluma se detiene, timida, vacilante, ánte la terrible realidad del cuadro desgarrador que presenta una familia cuyo destino á llegado á identificarse con nuestro corazón. Crueldad sería pensar que pecamos de parcos en esta ocasión porque no le damos la latitud que debieramos; sin embargo, esto no es difícil, y quién desee más detalles, que recuerde los días de aciaga y mortal incertidumbre de esas familias cuyos miembros fugitivos y errantes comían el pán amargo del proscrito unos; otros más infelices, todavía, que aquellos, morían en el suelo mismo de la patria, cerca de las personas que les eran queridas, y sin tener el consuelo de que una mano amíga endulzara los últimos instantes de su mortal congoja!...

Basta á nuestro propósito el decir que los sufrimientos de la familia Salinas, al narrarlos con exactitud, llenarían muchas hojas de papel y formarían un poema de dolor, tán triste y conmovedor como los bíblicos cantares del poeta de la cautiya Jerusalén!...

* *

Aún en nuestro propósito de terminar, fuerza es que digamos algo de dos personages que desempeñan rolimportante en esta historia.

Nós referimos á Rosa y á Micaela.

Esta última se desmayó al tener noticia de tán fatal desgracia.

Y al volver en sí, impulsada por su ardoroso patriotismo, deseó con instancia el correr presurosa á la Plaza de la Independencia, y allí apostrofar al pueblo de Santiago por su cobarde conducta.

Decía no querer vivir en un país de esclavos y de fantoches...

Mucho trabajo costó disuadirla de tal idea.

Debido á los solícitos cuidados de doña Micasla y de Rosa se evitó algunos graves accidentes de fatales consecuencias.

Lucía, la única y sóla causa de aquella desgracia, estaba enferma de gravedad y se había negado obstinadamente á recibir á Pedro Salinas.

Cuándo entraba á su pieza Rosa ó Micaela, Lucía se cubría el rostro con la ropa de la cama y sólo respondía con monosílabos á las cariñosas preguntas que sobre su estado se le dirigían.

Nadie adivinaba la causa de aquella dolencia, rescondita y profunda,

que minaba sordamente su organismo.

Todos ignoraban el secreto terrible de aquella creatura infeliz... Lo que martirizaba sin cesar á Lucía era «EL REMORDIMIENTO».

CAPÍTULO XVI

Una palabra que no engaña.

Muéstra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pón,
¡Bárbaro! Nunca matarás el alma
Ni pondrás grillos á mi mente, nó.

MÁRMOL

Vamos á penetrar á la Cárcel Central; seis días después de la prisión

de León Carvajal...

Es cierto que la guardia pretoriana no nós permitirá la entrada y que colocará frente á nuestro pecho su acerada bayoneta; pero como no podrán jamás los tiranos poner grillos al pensamiento, la fantasía nós vá á prestar la vara mágica de su poder para atravesar sus sólidas murallas.

Reclinado sobre el húmedo suelo, con el rostro cadavérico, sufriendo amarga agonía, lejos de los suyos y del obgeto de su amor, condenado á muerte por los sicarios del Tirano, encontramos á Carvajal.

El infeliz prisionero que tenemos á nuestra vista no es ni siquiera la

sombra del antiguo provinciano que hemos conocido.

Aquí sólo hay un cadaver galvanizado.

Un ser que respira siendo una negación de la existencia... Aquí hay un cuerpo que palpita, y que es un cruel sarcasmo de la vida en una nación civilizada!...

Las megillas descoloridas, y casi alba como un papel; el pelo desgreñado, lleno de sangre, con el semblante descarnado y lívido como un espectro de ultra-tumba; las piernas aprisionadas por pesadas cadenas y por dos gruesas barras de grillos; el cuerpo cubierto por unos miserables andrajos que despreciaría el más infeliz pordiosero... ¿quién al verlo creyera estar en presencia del bizarro y apuesto galán, novio de la simpática y candorosa hija de Micaela?

La mano de hierro de la tiranía á agotado la sávia de aquella vida. Los tormentos y las flagelaciones hán impreso en su semblante el sello

11

de la vejéz; pero su alma está joven como en los mejores días de la infancia.

Toda la energía de aquella vida estaba reconcentrada en la mirada que

con fulgor estraño brillaba en la hundida pupila...

* *

Es de noche...

La última que se concede al reo que prepara su conciencia para el viage de la eternidad.

En aquellos tiempos no siempre se gastaban tales formalidades, pués un «úkase» bastaba para que un ciudadano fuera inmediatamente fusilado!...

Hay situaciones en la vida que deciden el porvenir de una creatura. La sentencia de Carvajal tenía su sanción penal, al día siguiente.

Diez horas iba á durar el martirio del joven provinciano.

Antes de penetrar al corazón, queremos dar una idea del calabozo en que se encontraba Carvajal, y no encontramos nada mejor que las palabras del poeta, que parecen escritas de propósito: oigamos á Espronceda:

«En silencio gime el reo Y el fatal momento espera En que el sól por véz postrera En su frente lucirá.....

Un altar y un crucifijo
Y la enlutada capilla
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al mísero reo
Medio encubierto el semblante
Se oye al fraile agonizante
En són confuso rezar...

Tal es el cuadro que tenemos ánte nuestros ojos, terrible y conmovedor pero no por eso menos cierto y real.

Al lado de León hay un padre, religioso de Santo Domingo, que presta al

joven los últimos consuelos de la Religión.

Trata de desligar aquella alma de la arcilla tetenal que la envuelve. Sus palabras llenas de unción y mansedumbre: «perdonar á nuestros enemigos» són el rocío bienhechor del cielo que refresca los ardores del corazón.

Aquel oscuro é ignorado sacerdote que sin vana ostentacion de la gloria frágil y mundana de la vida, penetra hásta la lóbrega prisión, donde un desgraciado se prepara á morir, es un héroe digno de eterno recuerdo.

—Hijo mío,—decia el venerable sacerdote con fraternal solicitud, acariciando el cadavérico semblante del infelíz prisionero,—es necesario per-

donar á nuestros enemigos el mal que nós hacen... Dios tambien perdonó á sus verdugos y llevó mas allá su sacrificio, pués, sobre el madero sangriento del Calvario, decía, al beber la última gota de hiel en el cáliz de la amargura:

-«Perdónalos, señor, que no saben lo que hacen».

Aquella voz emocionada, triste, magestuosa, solemne con el silencio pavoroso de media noche; los símbolos sagrados de una religión que es todo paz y amor, contrastando con la fatigosa y anhelante respiración de un hombre, de un joven que moría en los albores de la vida, cuándo apenas principiaba á gustar de los encantos de un amor casto y puro, correspondido con idolatría; la humildad sublime de un Dios que perdona, contrastando con la satánica soberbia de un verdugo que flagela, y con la estúpeda y sardónica risa de genísaros que aplauden...

Allí, con Carvajal, los mohozos grillos que aprisionan las piernas y que al menor movimiento producen ruidos tán lúgubres como sólo puede imaginarlo el pensamiento de aquél que los oyó á la distancia y en el silencio de la noche, cuándo también, abandonado y triste esperaba el fallo del oscuro é incierto porvenir. Las pesadas cadenas que oprimen sus brazos y los miserables andrajos que cubren su cuerpo, completaban aquel cuadro

de terrorifica grandeza, de conmovedora poesía...

Aquí el sacerdote, un ministro de Dios que modulaba con indefinible espresión aquellas sublimes palabras del Hijo del eterno: «perdónalos que no saben lo que hacen» turbando la pavorosa tranquilidad de la noche, llevaban al alma y al corazón de Carvajal, la confianza y la tranquilidad del justo.

Sí, el noble provinciano perdonaba de todas veras á aquellos que prepararon su ruina y que dentro de breves horas le conducirían alpatí-

bulo....

Si la pasión política cegaba hasta el estremo de derramar la sangre indefenza de un prisionero encadenado, en cambio éste tenía la suficiente grandeza para perdonar á la mano fatricida que lo hería... y cómo nó per-

donar si los verdugos eran también chilenos!...

—¡Padre mío!—esclamó Carvajal, respondiendo á las palabras del domínico,—sí, padre mío. yo perdono á mis enemigos; pero no quiero que mi sacrificio sea estéril para la santa causa de la libertad... Deseo que sepan mis amigos como hé cumplido, en les momentos de prueba, con los deberes de ciudadano...que esta relacion fiel y exacta de lo sucedido, sea entregada á las personas que V. conoce...

—Bien, hijo mío; pero que tu testamento sea el de una víctima sin mala intención ni rencores;... que sea la verdad pura y desnuda, tal como á sucedido, que yo te prometo, por mi fé de católico, que llegará á las manos de

tu familia....

—Confie V. en mi, padre mío, que no me dejaré llevar de la idea de la venganza... estoy pronto á volar á otro mundo, y no mancharé mi alma con una mentira y por lo demás, en este caso la verdad es demasiado elocuente!...

Y el joven sonrió con amargura.

El religioso se preparó á oír lo que Carvajal ibaá decirle.

El provinciano principió de este modo á relatar los sufrimientos de su largo martirologio: r smille . vgstaf le alsen orrezh: Fish enarv

-V. sabe, padre mío, cómo y porqué me encuentro en este sitio y en tal estado

Pués bién. Momentos después de llegar á ésta cárcel se me puso una barra de grillos, siendo conducido á un calabozo tán húmedo y desmantelado como

Al dia siguiente, apénas las luces del alba prestaban su indecisa claridad, se me condujo al juzgado del Crimen, allí se me interrogó, y como no quisiera dar noticias sobre algunas personas que me són queridas, fuí amenazado con

Y por esta misma causa el juéz me hizo poner otra barra de grillos y con-

ducir á una carbonera...

Allí insistió que declarara, como era de su deseo, y para conseguirlo, en vista de mi tenáz negativa y resistencia, me puso personalmente esposas, con los brazos cruzados por detrás; amarró con un cordel los dos antebrazos en la parte de los lagartos, y poniendo un palo entre ellos, principió á dar vueltas de torción hasta producirme unos horribles dolores...

A cada pregunta y consiguiente negativa daba una vuelta al palo que

me hacía crugir el pecho y los brazos....

En la desesperación pedía la muerte, porque prefería que me quitaran la vida ántes que decir lo que me preguntaban...

Me contestaba el juéz que mi vida no importaba un bleo...

Lo que deseaba era que yo le digiera quienes eran mis compañeros, que debían ser los del Comité...

En el caso de no confesar me darían tormentos hasta que delatara ó

perdiera la vida...

El juéz siguió dando vueltas nasta que rompió los cordeles, quedando mi cuerpo como no es decible...

Este contratiempo lo contrariaba y arrojando el palo léjos de sí, esclamó:

-«Es de los buenos que tienen!

Enseguida abandonó la carbonera...

Antes de salir me lanzó una mirada que al ser de fuego me habría pul-

Por un momento acaricié una idea lisongera...

Creía que mi martirio había terminado...

Pero nó...

Cruel engañol...

Era sólo la primera parte de un drama!...

-¡Dios mío! ¿qué crimen cometí?-esclamé involuntariamente al ver entrar, con ademán ceñudo, al agente de confianza del juéz, acompañado de-cuatro hombres más.

Mis palabras fueron ahogadas por una enérgica maldición de aquellos

hombres sin alma ni entrañas...

Incontinenti me desnudaron: me tendieron en el suelo y principió la

flagelación por un hombre grande y fornido...

Cada cinco azotes, con unos látigos torcidos groseramente, el verdugo me hacía preguntas y como se repitieran las negativas, continuaron hasta enterar cien azotes...

Entónces el juéz, que en ese momento entraba, mandó me pusieran de espaldas para que siguieran flagelándome en el pecho y en la barriga...

Irritado por no conseguir su objeto, esclamó:

-«Terminaremos!»

Hicieron entrar dos soldados y me vendaron la vista... Enseguida me ordenaron que me arrodillara yo mismo....

En aquel momento creí que el último momento de mi vida había lle-

gado ...

En la locura de mi desesperación me pareció oir el ruido que produce un fusil al ser preparado...

Encomendé mi ánima á Dios!

:Iba ser fusilado!...

El instante era supremo....

Mi alma cansada por la lucha creía distinguir ya los umbrales de la eternidad...

Pasaron unos cuantos segundos...

En aquellos momentos creí vivir un siglo, una eternidad...

Talvéz en la humillante posición en que me encontraba no agradaba á mis verdugos, ó no era la más apropósito para lanzar mi espíritu al mundo del no ser, pués les oí esclamar:

-«Parado mejor!»

Me ayudaron á ponerme en pié; pues como se comprenderá, mi cuerpo no obedecía á mi voluntad...

—«Qué soberbio!... dégenlo!»—esclamaron, pués debió agradarle la actitud en que me encontraba.

Por aquel día mi martirio había terminado...

Pasado un instante de muda contemplación me vistieron, y entre dos me llevaron hasta dejarme sobre una silla, siempre con grillos y las manos cruzadas á las espaldas, con sus respectivas esposas...

De esa manera permaneci hasta las 8 P. M. del día siguiente...

En la mañana de ese dia entró al calabozo el secretario á notificarme que el Ministerio había ordenado que me dieran quinientos azotes y que me suspendieran todo alimento hasta que confesara ó perdiera la vida; y que si se creía conveniente, se me sometiera á otras pruebas...

Ah!...

No era bastante lo sufrido!...

Necesario era apurar el cáliz hásta las hezes!...

El secretario se manifestó afectado por mis sufrimientos, y me hizo notar que en el estado en que me encontraba no resistiría con vida los quinientos azotes...

Le contesté que podían hacer lo que quisieran, pués estaba resuelto á todo...

El resto del día y de la noche lo pasé sentado como el anterior, sin alimento, con esposas y grillos...

Pasé una noche como no es decible... sufrí tanto, Dios mío!

En las primeras horas de la mañana se me dió algún alimento y mé-

dia hora después entraba el juéz, ya más humanizado...

Como una gracia me dijo que se me quitarían, por ahora, los grillos y cadenas y que hasta segunda órden quedaba en estricta incomunicación ...

Era tiempo . . . Me sentía morir . . .

Un martirio más prolongado me habría sido imposible resistir...

Durante cuatro días sólo entraba á mi calabozo el practicante encargado de curar mis heridas...

Por causa de estas y el tormento aplicado á los brazos que afec-

tó el pecho y todo elorganísmo, no podía moverme . . .

No sé si por casualidad ó con intensión recibí azotes en las uñas y en la puntita de los dedos...

La parte flagelada del cuerpo quedó hecha una sóla llaga...

Con la presión de las cuerdas que hacía el juéz, con toda su fuerza, y con la rábia de la impotencia por no conseguir lo que deseaba, la sangre se localizó con fuerza en las estremidades quedando los brazos y piernas como palo...

Así es que cuándo de repente las cuerdas se cortaron, la sangre se agolpó al corazón y al cerebro produciendo una terrible impresión que creí me

causaba la muerte (*) ...

* *

Carvajal se detuvo un momento cansado con el esfuerzo que acababa de hacer.

Su voz se había ido debilitando poco á poco como el sonido lánguido de una harmonía que se aleja. El domínico que había escuchado con creciente ansiedad las diferentes peripecias del martirológio del reo, acercó su rostro al demudado y agonizante del provinciano, y besándole en la frente esclamó:

—Hijo mío, yo te compadezco con toda mi alma . . . yo también, como tú, soy chileno!. . . si dable me fuera con mi vida, con mi sangre, arrancarte de esta prisión no vacilaría un instante . . . pero en mi impotencia, ya que nada material puedo hacer por tí . . . mira en este anciano que escucha con religioso respeto tus últimas confidencias al ministro del Señor que en nombre del cielo te bendice, y repite conmigo las palabras del profeta:

--«¡Señor, más vale morir que ver la vergüenza de la Patria!» Carvajal permaneció un momento abrazado con el buen sacerdote.

^(*) Todo lo que antecede y que hemos puesto en boca de Carvajal es histórico y completamente verídico. Lo hemos tomado de un notable documento público—NOTA DEL A.

Si durante su vida León había cometido una acción reprobada, á buén seguro que aquel instante de místico arrobamiento le bastó para purificar su alma.

Calmada la emoción que dominaba al joven, esclamó:

-¡Padre mío, ya que con tanta benevolencia habeis escuchado mis

anteriores palabras, permitid que concluya!...

—Habla con confianza, hijo mío, que tu padre espiritual te escucha!—respondió el domínico, acercando á los labios del reo una jícara llena de agua fresca.

Carvajal, á quién devoraba la fiebre, bebió con ánsia el saludable lí-

quido.

* *

—Ayer se me puso en capilla,—esclamó Carvajal, después de un momento de silencio,—pués debo ser fusilado mañana. En presencia del sepulcro que se abre ante mi vista, juro ser verdad cuanto dejo dicho!...

Perdono á mis enemigos por que creo en el triunfo de la libertad y del

derecho, y en la redención de la Patria.

A todos mis amigos, á todos aquellos con quienes debía compartir más tarde los peligros y azares de la lucha contarle, padre mío que muero con

el alma pura y el corazón contento.

Decir á Micaela, la anciana y virtuosa señora, cuyo hijo fué la primera víctima de la tiranía, que se consuele de mi desgracia, con el pensamiento de que voy á reunirme con su Camilo: me compadecí de su suerte: lloré sobre su tumba, hoy el destino nos une en una fosa comun!

Decir á mi amigo, el valiente y pundonoroso militar, que no desmaye en la senda que recorre por que es la de la justicia y de la gloria! ... La patria agradecida, en día no lejano, inmortalizará en el bronce el sacrifi-

cio y las victorias de los leales!....

A Trinidad, la jenerosa muger, símbolo del tipo popular, madre de esos héroes anónimos, oscuros, que viven y mueren en el olvido, trabajando por la felicidad del suelo que los vió nacer, decirle que si hoy entona el «Miserere» por los que caen en la lucha, mañana nuestros templos se cubrirán de banderas, y las voces de tres millones de chilenos elevarán al cielo el «Te-Deum» en acción de gracias por la libertad obtenida! ...

Decir á Lucía á esa noble joven que con tanto valor como desinterés me acompañó en actos difíciles y peligrosos, que agradezco sus bondades

y que deseo con toda mi alma su felicidad!...

A Rosa, la angelical y candorosa doncella á quién mi corazón ama con todo el ardor de los veinte años, decirla que muero amándola y que á su memoria dedicaré el último suspiro: decirla que antes de morir la eximo del compromiso que con ella contraje, y que solo ruego como un supremo favor que no abandone jamás á su madre, y como un recuerdo á mi memoria, que trate de cicatrizar y curar á los heridos, sin escepción, que caigan en los campos de batalla bajo la bandera tricolor de la Patria!"

Por último, padre mío, despedirme de todos mis amigos, de todos aquellos que en la adversa ó buena fortuna compartieron conmigo el

martirio de su suerte ó de los que luchando consigan la victoria!... Despedirme de todos aquellos seres que llegaron á formar parte de mi hogar, y que les convido á celebrar aquí ó allá el triunfo de mi Patria!...

CAPÍTULO XVII

Donde se vé como Carvajal cumple la promesa

hecha á su padre.

Tal fué la relación del desgraciado joven dictada al fraile agonizante.

Ni una palabra de rábia ó de venganza se escapó de sus labios. El leal provinciano no conoció jamás las perfidias del corazón.

Todos los hijos de Chile se confundían en una ánfora de amor: en el regazo maternal de la Patria!

Moría por ella y bendecía su nombre!

El domínico sentía que un sudor frío bañaba su rostro y que su cuerpo temblaba ante el cuadro desgarrador que presenciaba en esos momentos su vista.

Allí agonizaba un hombre en toda la plenitud de la vida:... la guadaña de la muerte iba á segar una existencia útil y de grandes esperanzas!

Aquel cuerpo joven, robusto, y ágil en otro tiempo, estaba ahora herido con las flagelaciones y cargado de cadenas!

Pero, ¿cual era su delito ó su maldad? Sólo amar á su Patria y á su libertad!...

Por ese crimen se levantaba para él un cadalso!...

¡Oh!... tiempos de fructifera enseñanza para el pueblo que vió tales cosas!... Quiera el cielo que aprenda á conocer cual es el camino de su grandeza y que, si con su sangre marca la vida crucis de su marcha, sea, él, por fin, el símbolo de redención, de ignaldad y de justicia en la vida política de la nación!

León Carvajal iba á cumplir la promesa que había hecho á su padre moribudo: ser digno de su nombre!

Se recordará que el anciano antes de morir le dijo, reconcentrando en

esas palabras toda la energia de la existencia que se instingue:

-Júrame, hijo mío, que jamás te apartarás de la senda de la virtud... que en todas circunstancias darás tu sangre por tu Dios y su Religión... y por la querida Patria que guarda las cenizas de tu madre... que pronto guardará las mías!... Lucha y muere por la libertad de Chile, el suelo que te vió nacer... si llega un día... ¡qué Dios no lo permita!... á verse amenazado con las cadenas de la esclavitud por el despotismo de un tirano!...

Hoy cumplía la palabra dada al anciano. Había luchado é iba á morir, pués la planta de un dictador profanaba la tumba de sus mayores!

THE PERSON AND ADDRESS OF THE PARTY AND ADDRES

Esta tierra clásica del patriotismo y de los héroes se estremecía indignada al dar asilo á un ciudadano indigno del nombre chileno, y que nunca, en verdad sea dicho, fué un héroe popular, ni mucho menos el apóstol ó el mártir de la democracia nacional, pués ella no le mereció, siquiera, ser pronunciado su nombre en los últimos instantes del presidente suicida, como un recuerdo, como un tributo de las íntimas convicciones del magistrado que se sacrifica por sus ideas.

* *

En tanto, había pasado aquella noche de terribles dolores.

Las primeras luces del alba dicipaba las tinieblas de la noche.

Nubes de nacar, encendidas como el arreból se veía aquí y allá, desiminadas en el cielo.

Todo era calma y quietud.

No se oía cual en los campos el cantar de las aves que dan animación y vida al despertar de la naturaleza.

Pronto la luz del sol iluminaria el lóbrego calabozo y talvéz un rayo

cariñoso iría á saludar al infeliz prisionero.

Aquella era la última mañana en que podía contemplar la luz del cielo

y las obras enemitables de la naturaleza.

Sin embargo, aquella voluntad de hierro no temblaba ante el negro destino que le esperaba: no temblaba en aquellos momentos supremos en que por instantes se contaba su existencia por que tenia fé y esperanza en el porvenir.

¡Qué le importaba morir cuando iba á renacer á nueva vida!

¡Qué le importaba subir las tablas del cadalso cuando aquellas iban ha ser los peldaños de la escala de su gloria!

¡Qué le importaba morir en el patíbulo afrentoso de los criminales si

el templo de la inmortalidad le habría sus puertas!... Nada!

* *

El momento de la ejecución se acerca.

Se oía el lúgubre tañido de una campana que tocaba á muerte.

Entónces el sacerdote se acercó á León Carvajal y tomándolo en sus brazos le dijo, con toda la unción y la dulzura del amor paternal:

— De rodillas, hijo mio!... el fatal momento se acerca!... Levantemos

el alma á Dios antes de emprender el viage de la eternidad!...

Carvajal se arrodilló ayudado por el fraile.

Entónces el jóven, como inspirado con el acento de ultra-tumba, esclamó:

--¡Patria mia, voy á morir en afrentoso cadalso por tu nombre y por tu gloria!... si no he hecho por ti cuanto debía, te pido en estos momentos que me perdones!...

El destino lo ha querido...

Pero, yo confío en que las armas victoriosas de Pozo-Almonte vencerán en buena lid al egército mercenario.

!Oh! ... Chile querido! ... no voy á ver tus victorias ... no voy á ver flamear el tricolor con su estrella solitaria en el templo de la justicia! ...

¡Qué esta guerra fatricida, patria mía, te sirva de enseñanza y egemplo para el futuro!...

¡Que comprendan todos tus hijos que esta no es tierra de tiranos ni de

Oh!... Dios de las Naciones: cuando el fragor del combate haya pasado, que todos los hermanos se unan con fraternal abrazo! . . . Qué cesen para siempre los rencores que dividen á la gran familia chilena; ... qué todos, sin escepción de ideas y de principios, trabajen juntos por hacer la felicidad de la República, desde el cielo los mártires y todos los héroes bendicirán su sacrificio y su muerte!...

-Tú, santa virgen del Carmelo, patrona de nuestro egército, no abandones jamás á los leales,-siguió diciendo Carvajal, después de un instante de silencio, - guía siempre sus banderas al combate y á la victoria; y á Vós, Dios de la misericordia y de la justicia, entrego mi alma y mi sacrificio: recibelo benigno.....

-Amén, así sea!-agregó el sacerdote entre sollozos, abrazando al jo-

ven Carvajal.

Así permanecieron un momento aquellos dos héroes: el necesario para confundir en una sóla sus dos almas grandes y generosas!...

Un ruido lejano, como el de gente que se acerca, vino á turbar el tétrico silencio del calabozo.

Un segundo después la puerta de éste se abrió pausadamente.

El momento de la prueba había llegado!

León Carvajal levantó su cabeza y mirando á los soldados esclamó:

-Gracias! ...

Trató de levantarse, lo que consiguió ayudado por el buen domínico.

Se dirigieron al cadalso!

El semblante del joven provinciano respiraba ese valor audáz y severo del chileno que muere por su patria.

La cabeza, de frente ancha y erguida, daba á su presencia cierta noble

altividéz, no exenta de donaire.

Sus ojos negros y ardientes brillaban fascinadores, como si desearan, antes de cerrarse para siempre, gravar con fidelidad los objetos y las cosas.

Sus labios, que sonreían con cierta nobleza, le daban un aspecto de cari-

ñosa impasibilidad.

Llegaron, por fín, al pié del banco fatal.

León Carvajal se acercó al domínico y le dijo muy quedo, no sin profunda emoción:

-No olvideís, padre mío, el encargo que os he hecho; . . . decirles que

muero contento! ... y ¡adios! ...

· - Muere tranquilo, hijo mío, que haré lo que tú ordenas! . . ; Confía, mi hijo querido en el Dios Omnipotente que te vá á salvar! ... ¡Confía en María, la virgen inmaculada, que ella nos dará la victoria!... Olvida á tus enemigos y perdónalos!... olvida las miserias de este mundo!.. pensad que pasado un instante las puertas de la desconocida eternidad se abrirán para tí! . . . joye, hijo mío, la palabra enternecida de este humilde anciano que en el nombre del Hacedor Supremo te promete el paraiso!... Decir á los «Padres de la Patria» que los hijos són dignos de sus abuelos! ...

El venerable sacerdote no pudo terminar porque los sollozos ahogaban su voz; pero ánte la sublime grandeza del deber que en aquel instante debía cumplir, sintió renacer la gastada fortaleza; y mirando al cielo, donde el sol de medio día brillaba con todo esplendor, esclamó con el acento inspirado que debió escuchar San Pablo, al oír la voz del Señor:

-Si un mal hás hecho en tu vida, hijo mío, yo en nombre de Dios te perdono!....

Pigneos ante el drama que se desarroya, vamos á decir por la pluma de un escritor nacional, que era una gloria de su patria y de América, cómo muere un héroe chileno:

«Todo estaba ya listo en aquel instante!

León se puso de pié delante del banco y apartando con indignación al verdugo que se acercaba á vendarle los ojos, y á quién el oficial, que había hecho adelantar cuatro tiradores, obligó á retirarse con una impaciente mirada. Colocó con sublime reposo la mano derecha sobre el corazón, y fijando en las cumbres nevadas de los Andes, que se ostentaban á su frente con la luz de la mitad del día, una mirada de supremo adios, en que parecía decirá aquellos jigantes de granito fueran testigos que moría grande como ellos; entregó á Dios su pensamiento, su génio, su nombre, su destino v su inmortalidad . . . estino y su inmortalidad . . .

Oyóse entonces un redoble de tambor . . .

Los tiros habían partido .. .

El cadaver del héroe cayó de bruces sobre aquel suelo que vió tantos

Ninguna de las cuatro balas se habían perdido, atravezándole dos el corazón y despedazándole el rostro los otras dos sin dar lugar á la agoand the control of th

societaticheries kohapivis itilia solit

León Carvajal había entregado su alma á Dios!

.....

Lucia se había vengado terriblemente del joven provinciano!

La dictadura se había convertido esta véz en verdugo de una pasión desengañada! Designio inescrutable de la Providencia!...

a leaving communication for the cultivate along local action of the communication and th

EPÍLOGO

secretic secretations production parque les sollores ala calent

sempling angled genguer is gestude ciertalices; y corrected at cieles

stant de aredio dia brillaba con todo asplandore esclarad bon el cinerarada que debió escucios Am Pallo, al on terros del Scans

Vamos á dar una ligera noticia de los personages que han figurado en la presente novela; pero, queremos decir una palabra antes que el amable lector doble la última hoja de esta desaliñada narración, de hechos verídicos y conmovedores que nuestra humilde pluma de principiantes sólo ha podido, no diremos darle ni siquiera los pobres y pálidos colores y los pocos artísticos razgos que presta el pincel á un pagano del arte, sinó desfigurarla hásta menoscabar su mérito: insuficiencia que deploramos; pero que ésta franca confesión del que vé, aunque tarde, que no salió hermoso como lo pensaba el hijo de su fantasía, disculpe en parte los vacíos y defectos de la narración; hecho ésto que creemos un deber de conciencia, principiamos.

Shiando en las combres nevadas ,IIIos Audes, que se estentaban a su

El domínico que prestó á León Carvajal los últimos consuelos de la religión, cumplió su palabra entregando á Pedro Salinas la relación escrita que le dictó el provinciano, en la noche anterior á su ejecución.

La señora Trinidad, que ha sufrido una larga enfermedad á consecuencia de cierta terrible revelación hecha por su sobrina, está ahora mejor y

no hay ya peligro por su vida.

De Lucía, la cruel y vengativa doncella, que impulsada por sus celos no trepidó en sacrificar á Carvajal, tenemos el sentimiento de decir que al saber la muerte del hombre que tanto amaba le dió un acceso de fiebre, que pronto se convirtió en locura.

Por este motivo está en el Manicomio de Santiago; pero, aún en su delirio, no ha olvidado á León Carvajal: es el único recuerdo que conserva

de su pasada existencia.

La pobre Trinidad á gastado todos sus ahorros en la esperanza de po-

der curarla de tán terrible enfermedad.

Muchos de los alienistas más notables són de opinión que jamás recobrará la razón: todo hay que esperarlo de la misericordia de Dios!

III.

El egército constitucional se ha cubierto de gloria en los campos de

Concón y la Placilla, y la guardia de Pretorios que sostenía á la dictadura

á mordido el polvo de la derrota.

El génio de Canto, Holley y Körner ha triunfado y nuestra patria está redimida. A todos nos asiste la esperanza que el vencedor hará su felicidad, tanto política como moral, y que por fin el pueblo tendrá la libertad que tanto ambiciona, negada y proscrita por todos los gobiernos anteriores. Confiemos en que la sangie vertida por diez mil chilenos no será infecunda!

IV.

Micaela y Rosa han cumplido los deseos de su amigo León Carvajal: hoy las encontramos vestidas con el humilde hábito de la hermana de caridad, curando á los heridos de las dos últimas batallas, sin escepción.

Rosa, cual un ángel, es el consuelo de aquellos mártires gloriosos. Nadie como ella tiene tanto amor, tanta ternura y cuidado para con los enfermos. No ha olvidado á León Carvajal y apesar de la recomendación de su nóvio que la desligaba de su compromiso, á jurado no casarse jamás, de-

dicando su vida al servicio de los que sufren. Su madre la acompañará eu esa obra humanitaria y noble.

V.

Nuestro amigo Pedro Salinas, que contribuyó de una manera inocente á la muerte de Carvajal, cumplió el compromiso hecho de abandonar en la

primera ocasión el campo dictatorial.

La noche anterior á la batalla de Concón, Salinas, que al mando de una compañía de caballería estaba «de avanzada», se unió á las fuerzas constitucionales prestando servicios de importancia en las dos batallas siguientes.

En Placilla salió levemente herido en una pierna; fué conducido á la ambulancia, y gracias á los cuidados de Rosa y Micaela está hoy fuera

de todo peligro.

Sólo de véz en cuando, entre amigos de confianza, cuenta ésta triste

historia en que le cupo formar parte.

Ha perdido la alegría y es hoy reflexivo y melancólico; permanece en el egército porque no podría aspirar otra atmósfera que la del cuartel.

Creemos fundadamente morirá allí; y por lo demás es muy querido de

todos sus jefes por su moralidad y disciplina.

Respecto de los demás jóvenes que se preparaban con Carvajal y Salinas á formar montoneras, en su mayor parte murieron en la «Matanza de lo Caña» donde fueron traidoramente sorprendidos!...

INDICE

Cap.	I.	El testamento de un padre	Pág.	3
a	II.	Las obras de misericordia	(5
"	III.	Consecuencia de la casualidad	(8
«	IV.	El templo de la muerte	(18
	V.	La primera visita	(24
«	VI.	Una página de amor	(29
«	VIII.	Una gloria nacional	(37
	IX.	Tu amor ó el cadalso!	«	42
«	X.	Lo que són dos mugeres que aman á un		
		mismo hombre	a	50
a	XI.	Los mártires de la revolución	"	55
a	XII.	La prisión	(58
"	XIII.	El interrogatorio	"	61
"	XIV.	Diplomacia femenina	•	68
"	XV.	La eficacia de un anónimo delator	•	70
"	XVI.	Una palabra que no engaña	•	81
7	XVII.	Donde se vé cómo cumplió Carvajal la		
		promesa hecha á su padre	. «	88
		Epílogo	_ «	92

ERRATAS

PAG.	LÍNEA	Dice	DEBE DECIR
7	21	Por su sentimiento	Por un sentimiento
•	36	para violar el mundo	para volar al mundo
17	20	su madre ha quien no	su madre á quién no
		había tenido; suerte de conocer	había tenido la suer- te de conocer:
22	27	«¡Mira otro desgracia- do!»	-«Mira: ahí tienes á otro desgraciado!»
28	4	y solo con lágrimas pa- garle su sacrificio!	y sólo con lágrimas he podido pagarle su sacri- ficio!
«	33	Aquella era la oonsion	Aquella era la ocasión
31	30	colocada, ruborosa	colorada, ruborosa
•	34	Esta querida hora	ésta querida flor
«	37	tan fresco y tan franco	tán brusco, tán franco
61	10	la mano acriada de la	la mano airiada de la
		justicia, por ellos po- noscrita	justicia, por ellos pros- crita.
82	36	de la arcilla tetenal	la arcilla terrenal